

BÁLSAMO

Juan Antonio Vallejo Narváez



D.J.57

Bálsamo

Juan Antonio Vallejo Narváez

Todos los derechos reservados.

*Para mis dos Libertades y Marc.
Sois mi vida.*

1

Despierta de forma brusca.

Una explosión sacude la madrugada del trece de julio. Shaveson Bálsamo se incorpora, pero antes de que pueda salir de la cama una cadena de resplandores se cuele a través de la ventana del dormitorio. Nuevas deflagraciones. El cristal blindado resiste a duras penas con una vibración melódica mientras Shave se acerca para contemplar la devastación del exterior.

En apenas unas horas, la ciudad ha quedado reducida a estructuras en llamas y escombros humeantes, restos de vida y muerte. El refugio tiembla. Las gruesas capas de hormigón y acero ceden ante la violencia del cataclismo que se ha desatado. Una lluvia de esferas incandescentes sigue llenando el cielo con una cadencia que parece estudiada.

La iluminación de emergencia no tarda en encenderse. El ruido del generador llega desde el sótano, pero Shaveson está anclado al suelo, que continúa moviéndose bajo sus pies.

Sugar Lake City desaparece ante sus ojos. No importa cómo, pero sabe que el resto del mundo y la humanidad entera no tardarán en correr la misma suerte. Antes de que pueda modificar su postura, ve una de las gigantescas esferas cayendo directa hacia su posición.

Quiere cerrar los ojos, huir, pero no lo hace. Es la última explosión. La última. Sólo para él. Tratará de besarla cuando devore la pared del refugio. Primero debe regresar al vientre materno.

Está en la ventana.

No.

Está en el aire.

¿Puedes olerlo?

Despertó de forma brusca.

—Shave, ¿estás despierto? —preguntó Deborah—. ¿Puedes olerlo?

Shaveson se incorporó sin decir una palabra. El reloj digital marcaba las tres y veintisiete de la madrugada.

—Ese maldito olor, Shave. —Ella le sacudió el brazo, a pesar de que era evidente que ya no dormía.

—Son las tuberías, Deb. Mañana volveré a llamar al seguro.

—Huele a gas. Deberías bajar y comprobarlo.

—Claro.

Shaveson sabía que no iba a conseguir nada discutiendo con su mujer a esas horas. Al fin y al cabo ya estaba despierto, y cuanto antes hiciese la pantomima, mejor. Bajó y comprobó que no había ningún olor anormal. Esperó unos minutos y luego volvió a subir. Cuando llegó al dormitorio, Deborah estaba dormida.

Shave no concilió el sueño. La vívida pesadilla y la forma de despertarle de su esposa le habían desvelado por completo, así que bajó de nuevo y cruzó el pasillo hasta el estudio. Encendió el ordenador y se dispuso a repasar los detalles del proyecto.

Si todo salía bien, aquél sería su pasaporte hacia una vida nueva. Sin duda supondría un ascenso, una mejora considerable en sus condiciones laborales y un gran despacho en las alturas. Compraría una casa donde no hubiese olores nauseabundos. Una gran casa con una enorme piscina de incontables metros cúbicos de capacidad, sí. Soñaba despierto. Sí.

Desayunó solo, a las seis. En otra época no muy lejana hubiese entrenado antes de darse una ducha y salir hacia la oficina, pero en los últimos tiempos había aparcado el ejercicio físico. Colocó la taza y la cucharilla en el lavavajillas. Luego un poco de higiene dental, y en apenas quince minutos estaba de camino al trabajo.

Deborah seguía durmiendo, y dormiría hasta bien entrada la mañana. Shaveson quería darle una vida mejor. Ella se lo merecía todo, sí.

2

La sala de reuniones desprendía el olor de caros perfumes y egos hinchados, pero eso no era lo más importante. Tres proyectos optaban a ser el buque insignia de Heart and Sons, con un contrato que excedía los calificativos cuantitativos en el plano de lo económico. Sería un pelotazo de primera, y los peces gordos de la firma estaban dispuestos a escuchar a sus más jóvenes promesas para tomar ideas. Si de uno de aquellos proyectos surgía algo definitivo, el responsable de dicho proyecto subiría de golpe muchos escalones, tantos que no habría edificio en el mundo capaz de contener su ascenso. Eso, al menos, era lo que se comentaba por los pasillos.

El señor Pocket Phone atendía con gesto de indiferencia y concentración a la exposición de Susan O'Hara, la segunda en el orden del día. A pesar de ser la hija de uno de los miembros fundadores de *HS* —Heart and Sons—, Shave esperaba su turno con tranquilidad. No era competencia. Shaveson llevaba años rumiando su idea, meses de trabajo sin descanso, en los que había renunciado a su vida privada a cambio de aquel sueño que ahora estaba al alcance de la mano. Fueron semanas sin apenas dormir, subsistiendo a base de cafeína y otro tipo de estimulantes y drogas más potentes, a escondidas del mundo, todo para cumplir con sus objetivos más ambiciosos.

Había una idea preeminente en su cabeza. Escalar. Dejar de ser un simple ejecutivo con un buen sueldo para meterse directo a la gran pecera y disfrutar del agua templada de la que gozaban culos más sabrosos, mejor acomodados. Podría darle a Deborah todo lo que ella merecía, todo lo que ella decía merecer y él daba por sentado.

Llegó su turno.

El límite de tiempo no era un problema. Tenía más que estudiado su discurso, palabra por palabra, gesto por gesto, aunque se permitió improvisar una leve inflexión en la comisura de los labios en un par de ocasiones. Su proyecto se basaba en la excelencia en el servicio, contrastada con una potentísima escala de desequilibrios en la relación entre calidad y precio, a lo que había que añadir unos llamativos nombres que en principio podían parecer contraproducentes.

Todo el conjunto quedaba enmarcado de forma perfecta en aquella nueva forma de *marketing* que, lejos de provocar rechazo, acabaría por monopolizar el mundo en todos sus órdenes; una nueva forma de negocio que abrazaría con sus tentáculos todo lo que quedase dentro de su alcance, para hacerlo suyo y no volver a soltarlo nunca más. Era un sistema que sólo podía conducir al éxito. Al menos eso era lo que pretendía exponer con su más que correcta oratoria.

Algunos miembros de la junta cruzaron miradas y sonrisas cómplices. A pesar del estupor inicial y alguna risilla medio ofensiva cuando citó algunos ejemplos de los nombres para las empresas con las que esperaba dominar los mercados, los gestos se fueron tornando hacia la circunspección, algo hipnotizados, hasta ser penetrados por un gigantesco miembro viril imaginario mientras Shave explicaba sus ideas apoyándose en gráficas tridimensionales, estadísticas y complejas simulaciones.

Las cartas estaban sobre la mesa, y Shaveson Bálsamo estaba convencido de que en aquella partida no había mejor mano que la suya. El primer proyecto, el de Greg Basso, le sonó correcto pero muy previsible y con unas expectativas bastante limitadas. El segundo, el de la heredera O'Hara, apuntaba maneras, pero tampoco lo consideraba una amenaza. Así que cuando dejó la carpeta y entregó al señor Pocket Phone la memoria, Shave estaba casi convencido de que sería el elegido, y esbozó una de sus mejores sonrisas, plena de carisma y confianza.

La reunión terminó muy poco después, y todos, excepto el núcleo de la junta directiva, abandonaron la sala. Se podía respirar una cierta tensión nerviosa en los tres candidatos, que cruzaron unas palabras de cortesía antes de salir. Shave le cedió el paso a Susan, y pudo observar de nuevo como se ajustaba aquella falda gris a sus curvas millonarias. Apartó la mirada, redirigiéndola al techo, y suspiró mientras dejaba escapar una sonrisa.

Era un hombre casado. No debía caer en la tentación.

—*Libranos de todo mal*—murmuró.

3

El día de trabajo transcurrió para Shave como si tuviese el cerebro flotando entre nubes de algodón y caramelos de menta. Eran apenas las diez de la mañana. La reunión había terminado hacía casi una hora, pero no paraba de darle vueltas a esos veintiocho minutos en los que expuso la que había de ser la llave de su futuro.

Miraba sin mirar la pantalla del ordenador mientras cavilaba en silencio sobre el doble filo de las decisiones, la trascendencia de las palabras y los hechos. Tenía tan cerca el verse catapultado al éxito más rotundo que sentía algo de vértigo en forma de nudo en el estómago. No era capaz de imaginar cómo podía ser codearse con aquellos que hasta hacía poco eran unos *hijos de puta trajeados*. Ahora él mismo era un trajeado, y aquellos más hijos de puta, más trajeados, eran el espejo en el que él quería reflejarse.

Atrás quedaron sus ideas revolucionarias. Atrás quedó el antiguo Shave el día en que se cruzó en su camino Deborah Fowler. Ella fue la que sacó de su vida las manifestaciones contra el Gobierno y contra la gran economía para ponerle en aquel camino tan diferente. Se lo debía todo a Deb. Si no fuese por ella, ahora podría ser uno de aquellos energúmenos con rastas que comían perros bajo los puentes; los que robaban a las ancianas y violaban por el simple gusto de violar.

Llamaron a la puerta.

Era Michael Rothmos. El único amigo de Shave dentro del estercolero que era la planta treinta del edificio.

—Ey, tío. —Sin preguntar, pasó y tomó asiento frente a Shave—. ¿Qué tal fue esa mierda con los chupatintas? ¿Tengo que ir pensando en tratarte de usted?

—Ha ido bien. Muy bien, diría.

Michael sonrió, se aflojó el nudo de la corbata y se reclinó ligeramente en el asiento.

—Me alegro. Lo sabes.

—Lo sé.

Michael era una de las pocas personas a las que Shaveson Bálsamo

consideraba como un amigo. Hacía mucho que había dejado atrás ese tipo de lazos, aunque tenía una vida social lo bastante elaborada para no parecer un misántropo. Una vida acorde, en último término, con los deseos de su esposa.

—Llevas un buen tiempo rozando el salto —dijo mientras se encendía un cigarrillo. Ofreció uno a Shave, que declinó la invitación—. Y creo que ésta es tu oportunidad. Sólo espero que luego no te olvides de mí, cabrón.

—Hace poco me pedías que no te arrastrase en mi caída.

Sonrieron. Michael hizo un gesto bastante cómico, hinchando los mofletes de una forma peculiar mientras se encogía de hombros. Por un momento, su cráneo pareció estirarse, y Shave lo miró, desenchajado.

No entiende lo que ocurre. Un zumbido penetra en su cabeza, como una especie de cascabel grotesco, y tras el cascabel se cuelga un gato con unas patas acabadas en garras gigantes y espantosas. Trata de ahuyentar al animal antes de que entre, pero no puede moverse, y es demasiado tarde. El gato ha entrado.

No sabe qué le pasa.

Qué te pasa.

—¡Eh! —Mike chasqueó los dedos a escasos veinte centímetros de su cara—. ¿Qué te pasa?

Shave parecía contrariado. El zumbido se había esfumado de repente. Demasiadas horas de sueño perdido, pensó. Demasiadas sustancias. Echó mano al segundo cajón de su mesa.

—Estoy muy cansado —admitió al tiempo que sacaba una bolsita—. ¿Quieres?

Mike asintió. Shave volcó un par de cristales del tamaño de un guisante y devolvió la bolsa al cajón. Sin delicadeza, Michael procedió a machacar los cristales con un pisapapeles bastante robusto que él mismo regaló a Shave unas navidades.

Los dos esnifaron sin piedad. A Shaveson se le notaba una ansiedad extraña. Sentía que su cabeza estaba en completo desorden, que se habían descargado las tensiones y que su cuerpo reclamaba su ración de descanso. Estaba nervioso, y sabía que su corazón estaba bastantes pulsaciones por encima de su ritmo normal.

—Cuando salgamos te invito a comer y nos tomamos unas birras, colega. Hay que celebrarlo.

—No sé. No sé si...—Pero en el fondo lo sabía—. Está bien. Creo que Deb podrá esperar un poco.

—Esa mujer tendría que hacerte un monumento. Eres un santo al lado de casi cualquiera en este edificio.

Shave señaló otra de las rayas que había sobre la mesa y arqueó una ceja:

—No soy un santo. —Y se clavó un par seguidas. Tosió antes de suspirar, extasiado, y dejarse ir contra el respaldo dando una vuelta en su magnífica silla de piel de mil quinientos pavos.

—Podrías follarte a media planta, al menos —exageró—, y teniendo en cuenta que eso incluye a hombres y mujeres, me consta que no eres gay. Sólo me quedan dos opciones: el santo y el pringao. A la vista de la mierda que pillas —dijo mientras imitaba a Shave, esnifando dos rayas de una sentada—, nos queda una sola opción, y amigo, yo diría que esto es lo que desayunan los ángeles.

Mike procedió a dejarse llevar. Transmitió un empuje lateral a la silla, aunque la suya no era giratoria y cayó al suelo.

4

Concluida la jornada laboral. Shaveson y Michael bajaron juntos en el ascensor, directos al aparcamiento subterráneo. Los ecos de una bofetada permanecían, rebotando de forma silenciosa de pared en pared, buscando una salida que nunca llegaba.

Subieron al coche de Shave. Mike era lo bastante raro como para desplazarse en bicicleta o a pie. Incluso usaba el transporte público de vez en cuando. Lo cierto es que vivía a poca distancia del edificio de oficinas, y prefería gastarse el dinero en cocaína, en prostitutas y en el alquiler de un lujoso ático desde el que contemplaba la ciudad desde las alturas. Venían hablando de él:

—Ese ático hace gran parte del trabajo por mí —comentó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad del coche—. Cuando consigo llevar a una tía hasta mi guarida y observa las luces de la ciudad desde ahí, cae rendida y me la zumbo.

—Si sumases a la ecuación un buen coche —dijo, y arrancó. Dio un par de toques leves al acelerador, y el motor rugió con la condescendencia de cuatrocientos veintiocho caballos—, podrías dejar de pagar por follar.

—Eso nunca. El sexo sin dinero de por medio me aburre.

Shave sonrió.

Almorzaron en el Comedy Heights, mientras un deleznable y genial monologuista ponía la banda sonora del local, con el culo apoyado en un piano. En la mesa de Shaveson y Michael, una conversación sobre béisbol, atletismo y variables económicas en el marco de la actual coyuntura sociopolítica del país, llenaba los silencios que trataban de hacerse hueco entre los dos.

Aderezaron las viandas con abundante vino blanco, caro aunque vulgar. Luego se decantaron por un par de combinados de ginebra para ayudar a bajar la comida y facilitar el proceso digestivo. Poco a poco se iban animando dentro de una ligerísima intoxicación etílica.

Antes de marcharse, como parte de un ritual, pidieron café.

—¿Cómo te gusta? —preguntó Michelle, la camarera que solía atenderles.

—Negro y fuerte —respondió Mike.

—Ya. —Emitió una sonrisa provocativa mientras arqueaba la ceja y le guiñaba el ojo derecho—. Me refería al café.

Y se fue mascando chicle, o haciendo como que lo mascaba, con un contoneo de serpiente que volvía loco a Mike Rothmos.

—Ese contoneo de serpiente vuelve loco a Mike Rothmos —decía él.

Siempre igual, o muy parecido. La broma del *negro y fuerte* incomodaba a Shave, porque dejaba en su cabeza algunas referencias homosexuales que no eran de su agrado, aunque lo disimulaba lo mejor que podía.

Se tomaron el café. Se pusieron también una puntita de nieve, inhalada con discreción mientras parecían sonarse, y ya estaban listos para la siguiente estación.

Llegó el momento de la anhelada cerveza, y aquél no era el lugar apropiado. Pagaron. En esta ocasión corrió por cuenta de Mike, que le dejó casi veinte pavos de propina a Michelle. Ella le despidió con un sensual batir de pestañas, rápido y en apariencia inocente, capaz de empalmar a cualquiera.

La tercera entró mejor. Era una cerveza fuerte, con una gradación algo más elevada de lo habitual. *Triple malta*, decía la etiqueta.

—Y estaba meando —decía Mike, que exudaba indignación en los gestos, en el brusco y desordenado movimiento de sus manos—, y a mi lado estaban esos dos gilipollas de la división de *marketing*...

—Bob Secco y Phil.

—Exacto. —Brindó con Shave. Echaron un buen trago—. Y se sacan sus mierdas de pollas de nenazas, y empiezan a compadecerse porque tienen que preparar un informe para dentro de un par de días. Y yo termino de mear y me la sacudo, y antes de guardármela están hablando de autoestima y mierdas por el estilo. Odio a los tipos que hablan de la autoestima como si fuera un valor en mayúsculas, algo a ensalzar.

—Buah. —Shave mostró su repulsión con su mejor cara de asco—: nenazas.

—Sí. Este país necesita menos niñatos y más cojones.

Brindaron de nuevo. Agotaron la casi media botella de cerveza que les quedaba y fueron al aseo a vaciar la vejiga antes de continuar con el festival. Shave sentía que la tensión desaparecía poco a poco de su cuerpo y de su cabeza. Sabía que le esperaba un futuro brillante, rodeado de luminosos espejos de cuarzo. Meó como si fuese el rey del mundo, el emperador de la galaxia. En ese momento decidió que ya tenía suficiente cocaína en el cuerpo.

Una más y para casa, pensó. Se lo hizo saber a Michael, que asintió. En la barra, Shave pidió una cerveza tostada, una delicia para cualquier paladar entrenado, y no apta para todos los públicos por su precio. Pagó Mike, que cortó

con un gesto la intención de Shave de sacar la cartera.

Bebían. Reían. La vida era increíble y generosa cuando quería. Y ahora quería. En ese momento llegó un tipo de piel oscura, aunque no negro, con un aspecto taimado y encantador al mismo tiempo. Parecía sacado de alguna película distópica y futurista. Iba ataviado con un estrafalario guardapolvos gris, elegante pero sucio.

—Disculpen, caballeros. —Se quitó el pequeño sombrerito y se peinó con los dedos unos mechones ralos que cubrían su cabeza con aires grasientos. Echó mano al pecho, a un bolsillo interior del guardapolvos—. Tengo aquí unos billetes de lotería que cambiarán su suerte.

—No nos interesa. —Shave fue cortante, pero Mike abrió los ojos como platos de tiro al plato y los fijó en los boletos.

—No. No. Espera un momento. ¿Para cuándo has dicho que son?

—No lo he dicho, caballeros. —Miró hacia arriba y elevó sus manos, en un gesto grandilocuente bastante fuera de tiempo y lugar—. Traigo la ilusión, el momento, la oportunidad para quien sepa verla. Todo eso lo he sugerido, sí, pero no he dicho para cuándo son. —Guardó silencio unos segundos—. Son para el sábado —intercaló de forma sucinta antes de volver al tono de telepredicador—. ¡Es el gran bote de la superlotería: hay ciento ochenta y tres millones de dólares!

Los ojos de Mike se abrieron aún más.

—Dámelos.

—Diez pavos.

Mike Rothmos pagó sin dilación.

El tipo cogió el billete y lo olió, con los ojos entrecerrados. Entregó los boletos a Mike con una mirada penetrante que tampoco venía al caso. Dobló los diez pavos y, sin despedirse, se dio la vuelta y se fue.

—Ésta es, Shave. Ésta es la buena.

—¿Sabes las posibilidades que tienes de que te toque algo así?

—De que nos toque. Dame cinco pavos y vamos a medias.

Ni hablar, quiso decir. Pero algo se lo impidió, y sacó cincuenta dólares de la cartera. Cambió, y le dio los cinco a Michael. Éste le entregó un boleto a Shave y lanzó una especie de bendición.

—Esto va a ser grande, colega. Nos sacará de pobres.

Shave pensó que no eran pobres. Él, al menos, no. Y pronto lo sería menos. Pero aun así agarró su cerveza de trigo y la elevó en el aire, queriendo llevarla al infinito para proponer un brindis que buscaba la posteridad de forma desesperada:

—Por el futuro. Por nosotros.

5

Cuando llegó a casa, Deb estaba esperándole en el salón. Shaveson había entrado en silencio, así que pudo observarla, nerviosa; se mordisqueaba las uñas y golpeaba el suelo con el talón de forma mecánica. De pronto, ella pareció notar su presencia. Se puso en pie y se cruzó de brazos, combando su cadera de forma sutil, en una postura que dejaba a la vista sus maravillosas curvas:

—Te estaba esperando.

Shave sonrió. Lo sabía.

—No me dejes así. ¿Qué tal ha ido?

Shave guardó silencio unos segundos, haciendo que todo se volviera más lento y emocionante.

—¿Cómo crees que ha podido ir?

Extendió sus brazos hacia delante, con los codos flexionados y las palmas de las manos hacia arriba, en un gesto en apariencia natural pero en absoluto improvisado.

—Los tengo en el bolsillo, cariño.

El rostro de ella cambió. Frunció el ceño y le miró fijo a los ojos. La sonrisa de Shave desapareció mientras Deb caminaba con suavidad hacia él, descalza; dejó caer por el camino la finísima bata de seda, dejando al descubierto un nuevo conjunto de ropa interior antes de llegar a su lado y saltarle encima. Lo abrazó y le rodeó la cintura con las piernas. Empezó a besarle, y casi antes de que Shave pudiese responder con su lengua ella estaba dejando caer palabras en su boca:

—Fóllame, Bálsamo. Fóllame toda la noche.

Cuando Deb estaba muy contenta o muy excitada, le llamaba por el apellido. Fue así desde la universidad.

Deb cayó en las garras del sueño, pero Shave estaba demasiado enchufado. Se había acostumbrado a descansar poco, y la dosis adicional de cocaína de aquella tarde hacía que sus párpados se negasen a permanecer cerrados. Su lengua y su mandíbula jugueteaban, le impedían tan siquiera concebir la idea de descansar.

Sería otra noche en vela, una más que añadir al marcador. Eran casi las cuatro

cuando terminaron con el último polvo. Shave le había sugerido a Deb pegarse un par de tiros de nieve para seguir la fiesta, pero ella no estuvo por la labor. Así, después de un rato que a él le pareció interminable —seis minutos y treinta y siete segundos—, y sabiendo que ya no podría dormir, se puso en pie, dispuesto a comenzar, o continuar, el día.

Se dio una ducha que empezó con agua tibia y que reguló poco a poco hasta acabar en fría. Estuvo allí un rato. Realizaba un ejercicio mental consistente en imaginar que todas las malas energías se desprendían de su cuerpo y se marchaban por el desagüe para reunirse con la fuente de aquellos olores nauseabundos que de vez en cuando les visitaban.

Sonrió, malhumorado.

Terminó su ritual de purificación bajo el agua. Mientras se secaba se observó en el espejo de la pared. Había perdido peso, y le pareció que sus costillas se marcaban de una forma excesiva y antinatural. Se acercó. Sus ojos estaban rodeados de unas poderosas ojeras, y tenía las pupilas muy dilatadas y brillantes.

—Ya tendrás tiempo de descansar —le dijo en voz alta a su reflejo.

El espejo no respondió.

Terminó de secarse. Se vistió con tranquilidad y pulso tembloroso, y bajó a su despacho para contar los minutos hasta el amanecer. Puso una película, se fumó algún cigarro y tomó abundante café.

Fijó su vista en gran reloj que tenía sobre la librería. Las agujas marcaban las cinco menos diez. El tictac del pequeño péndulo sonaba hipnótico, y él comenzó a seguir su vaivén. Se quedó tan ensimismado que cuando, al instante, volvió a fijarse en las agujas, eran las siete menos cuarto.

Salió disparado hacia el trabajo.

Abrió la puerta de casa. En el exterior le recibió un sol reluciente, que trataba de cegarle, buscando un recoveco en sus carísimas gafas. Shave atravesó el jardín con pasos de titán: deslumbrantes, pesados, lentos.

Feliz miércoles, mundo.

Sonreía. Sí.

6

El miércoles prometía ser un día tedioso. Shave comprobó la agenda. Tenía que hacer un exhaustivo repaso de proveedores de varios sectores de la multinacional. Había ofertas interesantes para algunos de los servicios con los que no estaban especialmente satisfechos, y tenía que estudiarlas y filtrar los informes de diferentes departamentos. Sobre la mesa, tres carpetas rebosantes de cifras, gráficas, balances de ingresos y gastos...

Se llevó la mano derecha a la frente. Un pinchazo le estaba taladrando el cerebro. Entraba por la parte posterior de la cabeza y parecía salir por el ojo. Se miró en un pequeño espejo, pero no observó nada raro. Se sirvió un vaso de agua y tomó un analgésico para tratar de mitigar aquel dolor intermitente y atroz.

Sonó el teléfono de línea interna. Era Michael.

—Dime, Mike.

—¿Qué tal lo llevas?

—Acabo de empezar con el tema de los proveedores. Me han dejado tres carpetas. —Hizo una pausa y se masajeó la nuca—. Tengo la cabeza a punto de estallar.

—No bebimos casi nada, tío. No puedes tener resaca.

—No. No es eso.

Silencio al otro lado.

—¿Mike?

No hubo respuesta. Segundos después la puerta se abrió, y entró Michael Rothmos. Tomó asiento. Agarró con las manos ambos costados de la silla y pareció afianzarse, como dando a entender que la caída del día anterior fue por una falta de estabilidad del asiento.

Shave le miraba, entre divertido y serio.

—¿En qué puedo ayudarte, colega? —preguntó Mike.

—Sólo estoy cansado. Ya te lo dije ayer, varias veces. Con esto del proyecto...

—Sí, sí —interrumpió—. Eso lo sé. Déjame pensar. —Miró su reloj. Se echó

mano al bolsillo y sacó un pequeño pastillero metálico del que extrajo un par de cápsulas—. Ten, tómate esto.

Le explicó que era una receta especial de su familia, mezcla de somnífero y súper excitante. Una fórmula perfeccionada a través de años de ensayo y error que podía reponer a un hombre de la peor de las resacas.

—Yo te ayudo con esta mierda. —Mike echó mano a la primera carpeta—. Tú trágate las pastillas. Te darán sueño al principio, pero intenta resistir un poco. No me preguntes por qué. A mí me gusta más así.

Shave no se negó. Se echó las cápsulas a la boca y las empujó con un trago de agua. Se dejó ir hacia atrás en la silla. Mike le repitió que se relajase; le preguntó si tenía café. Shaveson le señaló el termo y asintió. *Sírvete.*

Su colega era un tipo muy capacitado y desarrollaba sus funciones a la perfección. Era muy posible que el trabajo que desempeñaba en *Heart and Sons* le quedase pequeño, pero al contrario que Shaveson, Michael no ambicionaba más allá de su posición actual. Vivía bien así, y no tenía que rendir cuentas a nadie. Un mejor puesto le supondría, seguro, mejores ingresos, pero también mayores responsabilidades.

Shave empezó a notar como unas ondas concéntricas convertían su cabeza en una nueva especie de sónar de última generación. Cerró los ojos. El dolor se desvanecía. Desaparecía toda sensación física. Él mismo se estaba diluyendo. Pensó en lo que le había dicho Mike: tenía que resistirse antes de caer. Pero en lugar de eso, se dejó arrastrar. Cuando miró hacia sus pies, ya dormido, observó que era el gato de las patas ciclópeas el que tiraba de él, y sintió miedo.

La hora del baile. El último baile. La gran noche.

Deb está preciosa, inusualmente brillante y con un reflejo argénteo que acentúa su palidez hasta hacerla irresistible, irremediable. Avanzan, uno hacia el otro, desde las esquinas opuestas de la pista. No hay nadie, aunque se saben observados. Shave se siente como el epicentro de un exótico cataclismo. En las alturas, colgando del techo, una gran bola cubierta de diminutos cristales y espejos emite destellos ígneos.

Se alcanzan. Se abrazan. Se mueven muy agarrados al compás de una música que les invita a perderse para siempre el uno en el otro. Se miran a los ojos, y en ese momento el gesto de ella cambia. Mira más allá de Shave, a algo o alguien a su espalda. Suena un trotar torpe, acercándose.

Se vuelve con el tiempo justo para ver al gato, que se arroja sobre ellos. A Shave lo aparta con un golpe de la cadera, y luego se abraza a Deb, dejando las patas traseras a la altura de su boca. Caen al suelo, los tres, y el gato comienza a dar patadas con sus potentes cuartos traseros a Deb mientras cierra más y más su presa con las patas delanteras. Le destroza la cara de una forma brutal, y hace una pausa en la que parece cargar la batería antes de propinar el golpe definitivo, con el que le arranca la cabeza y la arroja a las alturas para golpear la bola de espejos. Ésta explota. El techo desaparece, deja al descubierto un cielo desde el que caen pequeñas esferas incandescentes.

El gato se separa del cadáver de Deb. Se lame su pata delantera, su enorme pata delantera, y se limpia la cara, eliminando los restos de sangre. Luego mira a Shaveson, que sigue en el suelo, incapaz de reaccionar. El gato levanta el hocico y la cola, altanero, y se va en la dirección opuesta.

Las bolas de fuego llegan. Se acerca el fin.

Shave las mira. Sabe que se reflejan en sus ojos. Cree que llora, feliz.

Shave.

—Shave, colega. Es hora de irnos.

Shave miró el reloj. Por un momento, su mano le pareció una pata de gato

anormalmente grande. Sacudió la cabeza. Volvió al reloj: se había pasado la jornada laboral dormido. A pesar de encontrarse bajo los efectos del repentino despertar, notó nuevas energías que fluían en su interior.

Le hizo saber a Mike que la siesta, las pastillas o la combinación de ambas, habían sido todo un éxito, por lo que Rothmos no tardó ni un segundo en proponerle otra tarde de recreo, *para celebrarlo*.

Shave quería decir *no*. Tenía preparada la palabra, pero cuando abrió la boca dijo *sí*. Sí. Y a través de la ventana, muy a lo lejos, se observaba el vuelo de gaviotas alienígenas que se precipitaban hacia un cielo infinito y rojizo.

Recogieron. Shaveson tuvo la tentación de quedarse un rato repasando el trabajo, pero Mike lo disuadió. Se recolocaron las corbatas, comprobaron que sus peinados seguían en su sitio y decidieron pasar por el aseo para refrescarse antes de salir del edificio.

Cuando estaban a punto de llegar al meadero, Susan O'Hara se cruzó en el camino de los dos. Paró a Shave, agarrándole el antebrazo de una forma bastante enérgica. Le miró a los ojos, y luego de arriba abajo, antes de hablar:

—El viejo ha preguntado por ti.

—El señor Phone.

Él no tenía el caché para llamar *viejo* a su jefe. Susan era la hija de un pez aún más gordo, si cabe, que el viejo Pocket Phone, así que se lo podía permitir casi todo.

—Ajá. Está arriba. Creo que le queda un buen rato.

Shaveson miró a Mike, que comprendió la posible importancia del asunto y le hizo un gesto que le liberaba, al menos, de la comida en el *Comedy Heights*.

—Yo voy para casa —dijo—. Si terminas pronto... —Y con su mano derecha hizo un gesto universal que simulaba una llamada de teléfono.

Shave le devolvió el gesto, asintió, y Mike se fue.

—Te acompaño —dijo Susan—. Tengo trabajo que hacer aún.

Susan O'Hara trabajaba en la planta noventa y ocho, dos por debajo de la de los cinco directivos principales e *Heart and Sons*. En el ascensor, ella se encargó de pulsar la última planta. Luego se quedó mirando muy fijo a Shave, que la evitaba en la medida de lo posible.

No dijeron una palabra. El ascensor se detuvo. *Planta cien*.

Se miraron, y había algo en el aire que casi se podía masticar.

—Nos vemos, Susan.

—Nos vemos, Shaveson.

Shave Bálsamo encaró el camino hacia el despacho de Pocket Phone con paso seguro.

Había llegado la hora del baile.

8

Tania Lionhead, la secretaria de confianza del señor Pocket Phone, apenas hizo esperar a Shave.

—Pase sin llamar —dijo con una sonrisa.

Cuando entró al despacho, Phone estaba de pie junto a las cristaleras que hacían las veces de pared en la parte que daba a la fachada del edificio. Shave cerró. Hizo el ruido suficiente para dejar clara su presencia sin resultar grosero, pero aguardó, paciente, durante unos segundos.

—Es increíble —comentó el anciano en voz alta, como si recitase, sin apartar la vista del paisaje de la ciudad—: todo eso que queda allí abajo. El mundo está a nuestros pies, esperando ser sometido. —Aunque desde su posición Shave no podía verlo, Pocket Phone sonreía de forma grotesca, con los ojos muy abiertos, mientras observaba su propio reflejo y una sombra borrosa del exterior—. Pero pasa, hijo. Siéntate.

Pocket Phone ocupó su asiento y se sirvió un *whisky*. Sin preguntar, le puso otro a Shave. Solo. Sin hielo. Como a él le gustaba. Shave agradeció el gesto, y de hecho pensó que no le vendría nada mal, aunque esperaba a que el jefe diese el primer trago antes de echarle mano al vaso.

—Ayer tuvimos una tarde de lo más interesante, hijo. Estuvimos valorando las opciones, estudiando las tres propuestas.

Hizo una pausa. Tenía un teclado táctil adaptado a la mesa. Lo presionó con tres dedos e hizo una combinación de movimientos para desbloquearlo. En una pantalla que quedaba a la vista de los dos, aparecieron unas gráficas. Pocket se mesó los cabellos, se reclinó y le dio un trago al *whisky*. Shave bebió también.

—Nos alegra ver que no nos equivocamos con la elección de los candidatos. El nivel ha sido bastante alto, acorde con las exigencias de la junta directiva. La decisión, sin embargo, ha sido relativamente fácil, y es mi cometido explicaros a los tres, por separado, el resultado de nuestra deliberación. Por supuesto, sabemos que entenderéis que todo lo que hacemos en Heart and Sons busca el bien de la firma, y somos conscientes de que sabréis apoyar cualquier decisión que tomemos.

Muchos rodeos, pensó Shave. Sonaba mal.

—Por supuesto, señor Phone.

Pocket Phone comenzó una exposición un tanto exhaustiva sobre los valores del mercado actual; daba algunas pinceladas geniales y aportaba un evidente conocimiento del guión social y político de Sugar Lake City. Shave trató de prestarle toda su atención, mientras los minutos se deslizaban de forma silenciosa por el reloj digital. Asentía cuando lo requería la situación aunque durante casi media hora Phone le obsequió con un monólogo que se apoyaba en algunas imágenes que iban pasando por el monitor, pero que no requería ninguna interacción por su parte.

Todo aquello desconcertaba a Shave. No sabía si pintaba bien o mal. Tanta charla para darle un sí o un no, en realidad, le parecía mezquino y poco acertado. Pero no tenía otra opción que esperar.

De pronto, Pocket dejó de hablar y apagó el monitor.

—Tu proyecto ha encandilado a la junta directiva, hijo.

Shave se quedó petrificado. Un extraño latido nació en la base de sus genitales y se extendió en forma de corriente eléctrica hacia su estómago, como una metástasis fulminante.

—Ven. Quiero que veas algo.

Pocket volvió a la posición en la que estaba cuando Shave entró al despacho, frente a la cristalera. Shaveson se situó junto a él. La vista era extraordinaria.

—Esta ciudad nos pertenece. Ésta y muchas otras. Heart and Sons está extendiendo su red, siempre, y cada vez abarca objetivos mayores. No puedes hacerte una idea de lo grandes son nuestros logros, y mucho menos de las metas que perseguimos. Pero nuestra intención es que llegues a saberlo.

—Me encantaría, señor Phone.

—Queremos que tu proyecto sea nuestro nuevo estandarte en varias divisiones.

—Es un honor.

—Claro que lo es. —Repitió el gesto de la sonrisa desencajada y los ojos abiertos, como si los párpados fuesen a refugiarse detrás del globo ocular. Esta vez Shave pudo verlo en el reflejo de la cristalera. No quiso mirar directamente a Phone. Sintió un escalofrío—. La junta directiva decidió de forma unánime que sea Susan O'Hara la que encabece el nuevo proyecto.

Aquello sonó con un eco de cristales rotos en la cabeza. El gato había tropezado, haciendo sonar un gong descomunal con sus patatas.

—Creo que no lo entiendo —dijo Shave, aunque en realidad lo entendía a la perfección.

—Susan O'Hara es una de las futuras dirigentes de Heart and Sons. Pese a que a todos nos gustaría vivir para siempre, y trabajamos en esa posibilidad, es inevitable que ella ocupe tarde o temprano uno de los despachos de esta planta, y tiene que empezar a darse a conocer al mundo.

—No me parece correcto, señor.

Pocket Phone emitió una risa profunda y siniestra.

—Eso no tiene importancia, Shaveson, hijo. La junta directiva tendrá muy en cuenta la cesión del proyecto por tu parte. Tenemos grandes planes para ti, pero estamos seguros de que entenderás que la carrera de la señorita O'Hara es, en estos momentos, prioritaria.

—He trabajado muy duro para sacar adelante ese proyecto, señor Phone. Es *mi* proyecto.

—Bueno, Shaveson. Hablaremos de condiciones. Habrá buenos incentivos económicos y laborales. Susan ha estado de acuerdo en permitir que trabajes codo con codo con ella. Eso supondrá un ascenso, una mejora sustancial de tu posición en la empresa.

—Tengo que pensarlo, señor Phone.

—Piénsalo. Pero antes de que salgas de mi despacho necesito una respuesta.

Pocket Phone se volvió a sentar, dejando a Shaveson Bálsamo presa de un cóctel insalvable de sensaciones encontradas.

Shave miró la ciudad. Vio su reflejo, violado, en el cristal.

9

Anocheecía. Shaveson Bálsamo llegó a casa arrastrando una pesada carga. Deb estaba en el salón, viendo una película de acción con el sonido a todo volumen. Ni siquiera le había oído llegar. Dejó caer sus pasos hasta el sofá. Fue entonces cuando Deborah se percató de su presencia, y mientras Shave se desplomaba junto a ella, con gesto abatido, Deb paró la película, algo molesta por la interrupción.

—Se te ha hecho tarde, ¿no?

Shaveson permanecía callado, mirando al frente. Sacó un cigarro y se lo encendió.

—Mierda, Shave. En el salón no.

Mucho tiempo atrás, Deb le impuso la norma de que sólo podía fumar en el despacho, y eso fue posible cuando se instalaron los correspondientes extractores y conductos de ventilación que aseguraban una correcta regeneración del aire.

Shave la observó un par de segundos. Luego volvió a mirar al frente, y dio otra calada profunda, hueca. Lanzó el humo hacia arriba, formando una cortina tras la que ocultó unos ojos rojizos y vidriosos. Se quitó la corbata, trató de romperla, sin éxito, y la dejó caer al suelo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Han escogido mi proyecto.

A Deb se le iluminó la cara, y en su boca dibujó una amplia sonrisa. Se abrazó a Shave, apretándole muy fuerte, y comenzó a regalarle una lluvia de besos.

—Quieren que sea Susan O'Hara la que encabece el equipo, que mi proyecto lleve su firma.

Deb no parecía escucharle. Le había echado mano al pantalón y le acariciaba la polla mientras le daba pequeños mordiscos en el cuello. Aquello solía excitarlo, pero en aquella ocasión estaba muy tenso.

—Me han ofrecido un puesto como adjunto de Susan, sólo porque saben que soy el único capaz de ponerlo todo en marcha.

Ella se retiró un poco. Notaba que no conseguía que se relajase y se dejase

llevar. Ni siquiera se le había puesto tiesa.

—¿Y cuál es el problema? Esa Susan es la hija de Jackson O'Hara, ¿no? Se te llena la boca cada vez que hablas de esa zorra.

—Es mi proyecto, Debbie. No es justo.

—¿Y qué? Pasar a trabajar codo con codo con la hija de uno de los dueños te asegura un mejor puesto, más dinero.

—Ya pero...

—¿Te la has tirado?

—¿Qué? ¡No!

—Bueno. Eso ahora da igual. —Deb agarró una mano de Shave entre las suyas—. Yo puedo curarte. Vamos a ser mucho más felices. —Se llevó el pulgar de él a la boca y empezó a succionarlo.

—No podía permitirlo.

Ella paró en seco.

—Les he dicho que no.

Deb abrió muchísimo los ojos, escéptica, sorprendida:

—¿Qué has hecho qué, Shaveson? —Cuando quería, Deborah Fowler sonaba amenazante.

Shave le dirigió una mirada en la que suplicaba piedad. Lo último o penúltimo que necesitaba era una bronca con su mujer en un día desastroso, el peor que recordaba. Pero ella no iba a tener piedad:

—No. A ver. —Empezó a subir la voz y a mover las manos sin control—. Explícamelo. O mejor aún, llama ahora mismo a tu jefe. Discúlpate. Haz lo que tengas que hacer pero dile que sí.

Shave negó con la cabeza. No quería derramar una lágrima, pero la situación se estaba tensando tanto que, por momentos, temía que pudiera ocurrir. *Los hombres no lloran*, recordó.

—Eso no va pasar, Deb. Ya no hay vuelta atrás.

—Ponte de pie y repite eso, cabrón.

—He renunciado al trabajo, cariño. Me he despedido.

A Deb le hubiese salido vapor por las orejas de haber sido un personaje de animación. Era incapaz de articular palabra. Apretó los puños y su cuerpo entero se puso rígido. Shave siguió tratando de explicarse:

—Me dio un ultimátum, sin tiempo para pensar.

—¿Has perdido el trabajo?

—Pero saldremos adelante. No voy a estar parado. Hay otras empresas que estarán encantadas de contratarme.

—No vamos a tener otra oportunidad como ésta en nuestra puta vida.

—Tal vez. Pero si hubiese aceptado hubiese ido contra mis principios. Me

habría resultado complicado mirarme en el espejo.

—Te parto la cara, hijo de puta.

Se abalanzó sobre él. Le dio una fuerte bofetada con la derecha y le arañó la mejilla con las uñas. Luego lanzó otro golpe con la mano contraria y trató de repetir el guantazo con la diestra, pero él la sujetó por las muñecas. Estaban los dos en pie, frente a frente. Shave colocó una rodilla adelantada para prevenir una más que posible patada en los cojones.

—Te digo que saldremos adelante.

Intentó besarla en la frente, con suavidad. Ella lo evitó, echó la cara al lado y cerró los ojos. Acto seguido le escupió y trató de darle un cabezazo.

—¡Suéltame!

La soltó. Ella retrocedió unos pasos, fuera de sí. Shave siguió tratando de calmarla:

—Todo lo que hago lo hago por ti.

—Siempre piensas en pequeño, maricón. He tratado de cambiarte. —En un gesto de impotencia, tiró la tele al suelo, que se rompió con un apagado *plof*, muy lejos de sus expectativas—. Es inútil, Shaveson. —De pronto parecía más calmada. Negó con la cabeza y se llevó la mano izquierda a la frente, con los dedos índice y pulgar apoyados en sus cejas—. Estoy harta de ti. Harta de esta casa, de esta vida. Me has hecho mucho daño hoy.

Shave no sabía qué decir. Entreabrió los labios, dotando a su cara de unos rasgos bobalicones y simiescos.

—Me voy a casa de mi hermana. Lo has estropeado todo. Todo.

Se fue corriendo. Shave se sentó allí mismo, en el suelo. Estaba hundido. Hundido como nunca antes. El sonido de un mundo que se derrumbaba desde los cimientos llegó a sus oídos con un eco devastador, como si viniese a la vez de lejos y de cerca.

No escuchó los pasos apresurados de su mujer cuando bajó la escalera. Ella le miró de reojo al pasar hacia la puerta, pero no se detuvo. Sintió asco, rabia. Le hubiera gustado darle un golpe y abrirle el cráneo. Se fue. Cerró de un portazo.

El teléfono de Shave sonaba, pero no lo oía.

Miércoles. Buenas noches, mundo. Sí.

10

La noche se engalanó con sus mejores ropas de pesadilla. Shaveson había permanecido en la misma posición durante un par de horas, sin apenas pensar, presa de un estado de *shock* que dio paso a un ansia irrevocable de alcohol y cocaína.

Pero seguía sin moverse. Recuerdos de diversas épocas de su vida le bombardeaban sin cesar. Instantes, conversaciones, gestos, polvos, excesos, defectos. En el fondo nada importaba demasiado cuando todo parecía venirse abajo, precipitado de una forma tan extraordinaria que resultaba impensable retomar el camino para continuar. Aunque fuese a medio gas. Sabía que pesarían más las heridas.

Algo en su interior parecía haberse colapsado, o roto, pero tenía la certeza de que su vida había cambiado para siempre, y le daba la impresión de que no tenía fuerzas para enfrentarse al cambio.

Le ofendió el trato recibido por parte de Pocket Phone, eso era innegable, pero sabía de sobra cómo funcionaban las altas esferas y el mundo empresarial. Él mismo se había convertido en un tiburón para llegar hasta donde había llegado. Tal vez no le sentó bien el paso a un acuario de mayores dimensiones y acabó devorado por otros peces; peces más antiguos y grandes, más sabios y más hijos de puta que los tiburones.

Sin embargo, lo que de verdad le había dejado fuera de combate y de lugar fue la reacción de su mujer. Deborah se había comportado como nunca antes. Era una mujer con carácter, eso ya lo sabía, pero aquel menosprecio, aquella rabia que había descargado sobre él y la manera que había tenido de dejarle a solas con los demonios le habían parecido a Shave una traición de la mayor envergadura.

Durante los primeros minutos, llevado por los ecos de la intempestiva diatriba de Deb, Shave se había machacado, pensando que le había fallado al amor de su vida. Y siguió con su suplicio particular hasta que, de repente, tuvo claro de que él no había fallado:

—No he sido yo el que ha fallado —dijo, tratando de convencerse, de tomar

aliento.

Se puso en pie. Ahora era Pocket Phone el que se colaba en su cabeza.

Recordó.

Phone se había sentado. Shave Bálsamo contemplaba su gesto violado en el cristal. Tras un tiempo indeterminado —dos minutos y doce segundos—, decidió romper el silencio:

—No puedo aceptar su propuesta, señor Phone.

—Haré como que no he oído eso, hijo. Siéntate y hablemos de las condiciones.

—No.

Phone se encendió, aunque consiguió, al menos en un primer momento, controlar la llamarada que amenazaba con calcinarlo todo alrededor.

—Verás, hijo. No se trata de lo que quieres tú. Se trata de lo que hemos decidido en Heart and Sons.

—No, señor Phone.

Shaveson revivió en el salón de su casa la rabia que había sentido ante la prepotencia obscena de la que hizo gala Pocket Phone. Apretó los puños, como hizo en el despacho.

—No estás en condiciones de negar la voluntad del consejo, hijo.

—Es mi proyecto. —Miró a través de la ventana, hacia ningún lugar.

—No. No lo es. Nos pertenecéis, tú, la ciudad. Ese proyecto también nos pertenece.

Shave se volvió hacia la mesa. Pocket Phone tenía sus ojos fijos en él, con el ceño fruncido. Había algo maligno en esos ojos. Shave sonrió. A pesar de su inexperiencia en este tipo de negociaciones, había tenido la precaución de registrar su idea y patentar ciertos mecanismos, de forma que resultase imposible usar el proyecto sin su firma y su intervención directa. Estaba tranquilo, como recién follado, y eso enfadó al viejo.

En este lado del recuerdo, Shave se había puesto un *whisky* y se lo tragó sin contemplaciones, sin saborear. Sintió ganas de lanzar el vaso contra el televisor, pero lo vio en el suelo y el acceso de ira se desvaneció. Se sirvió otro *whisky* y se fue a la terraza, a disfrutar de la brisa nocturna mientras insultaba en su cabeza a la luna llena. Se llevó la botella. La noche acababa de empezar.

El recuerdo avanzaba en su cabeza.

—No voy a pedirte que recapacites, hijo —decía, horas antes, el señor Phone—. Si te niegas a ceder el proyecto, acabar despedido es lo mejor que te puede ocurrir.

Le había amenazado. Hasta ese día, el viejo había sido siempre amable, parapetado tras la distancia que marcaba con sus empleados, pero amable al fin y

al cabo. Ahora, ante la primera disensión, había mostrado una cara que Shave no había conocido, que probablemente no hubiese querido conocer. Fue una obligación moral decirle que no. No le despedían, se marchaba él, renunciando así a todos sus derechos a indemnización, como estipulaba el contrato.

Elevó su vaso. Brindó con la luna.

Vio cómo algo correteaba entre las plantas del fondo del jardín. Shave entrecerró los ojos y trató de fijar la vista. Tiró el vaso a un lado, sacó el tapón de la botella y empezó a beber directo de la misma. Observaba el movimiento de las plantas. *Debe ser alguna rata, o un mapache*, pensó. Sonreía, divertido, hasta que en el silencio de la noche detectó el trotar familiar de unas patas gigantescas.

Entró corriendo en casa y cerró la puerta de la terraza.

Estaba sudando. Algo arañaba la puerta desde el exterior.

Y sonaba el teléfono móvil.

Deborah se enjugó las lágrimas antes de bajar del coche. Llevaba casi veinte minutos parada frente al edificio, sin parar de llorar, incapaz de enfrentarse a la nueva realidad de su vida. Tenía planes increíbles que Shaveson se había encargado de dilapidar con su eterno carácter perdedor.

Ahora tenía que reinventarse. Buscaría otras formas para realizar los sueños que tenía en mente. Mientras tanto, sabía que allí tenía un techo.

Bajó, al fin. Sus elegantes zapatos resonaban con un toque metálico en la calle vacía. Cogió una bolsa en la que llevaba sus utensilios básicos y un par de mudas de ropa. En el maletero estaba el resto, pero de momento lo dejó ahí.

Recompuso su gesto y adoptó un paso firme para dirigirse al bloque de apartamentos. Atravesó el patio en un silencio que sólo interrumpían sus pasos. Había alguna luz encendida aquí y allá, o el parpadeo de algún televisor, pero aparte de eso no había más signos de vida.

No llamó. Tenía su propio juego de llaves. Abrió la puerta del apartamento noventa y nueve. Cuando entró, olía a limpio, a cuerpo recién duchado. Apareció un tipo, algo sorprendido, con una toalla sobre sus hombros.

—Deb. No te esperaba. Tenías que haberme llamado. —Por su tono de voz podía decirse que estaba recriminando a Debbie su visita sorpresa. En realidad, si no hubiese sido por un insospechable cambio de turno y los malabares y acrobacias que realiza el destino en su inescrutable fluir cotidiano, Harry Sabbata no habría estado allí aquella noche.

Deb no dijo nada. Agachó la cabeza y emitió unos gemidos irresistibles. Dejó caer unas lágrimas amaestradas. Harry se apresuró a abrazarla.

—Eh, ¿qué te pasa? —preguntó mientras le acariciaba la mejilla.

—Lo he hecho. Lo he dejado.

—No pasa nada, Debbie. —Harry la abrazó con más fuerza. La apretó contra su pecho y le dio un beso en la cabeza—. Todo está bien.

El roce de los cuerpos, los cabellos desmadejados de Deborah, hicieron que a Harry le asaltase una potente erección. Deb notó el rabo contra su abdomen, hinchándose y endureciéndose, y sonrió de forma tímida. Harry no era ningún

cerebro. Era un buen agente de policía con un físico impresionante y una manera salvaje de darle lo suyo, y a veces no necesitaba otra cosa. Ella le agarró la polla y empezó a menearla con suavidad. Se besaron. Él le pasó la lengua por el cuello y le dio un mordisco, inyectándole la dosis exacta de dolor y placer. Deb le miró a los ojos:

—Fóllame, Sabbata. Fóllame toda la noche.

Cuando Deb estaba muy contenta o muy excitada, le llamaba por el apellido.

Harry la puso contra la pared, y le dio fuerte y duro, como a ella le gustaba. Deb se giró, iba a decirle que le dolía, pero Harry le tapó la boca. Con la otra mano le agarró el pelo y dirigió la cabeza hacia el frente. Tensó los glúteos para darle con más intensidad.

Deb cerró los ojos. Aquel hijo de puta le daba lo que buscaba. Sí.

Shaveson volvió a empujar la botella para dar un par de tragos que atravesaron su garganta sin más. El *whisky* bajaba solo, como si fuese agua bendita. Tenía los ojos encendidos, y la reserva de cocaína se estaba agotando. La madrugada proseguía su paso con una cadencia lóbrega y contumaz, familiar por repetición.

Se sentía machacado por las circunstancias. Y aunque no fuese consciente de muchas de las cosas que habían sucedido en su matrimonio, al menos no se culpaba por completo de aquel desenlace. Echó un vistazo a su teléfono. Tenía varias llamadas de Mike Rothmos. Abrió la agenda y marcó un contacto. Tardó en responder, pero respondió. Plumber Sky siempre respondía:

—Dime, cariño. ¿Qué necesitas?

—Cocaína. Cocaína por un tubo. —Su voz sonaba alterada y algo más grave de lo habitual.

Al otro lado, un silencio momentáneo.

—¿Cuánto quieres?

Shave tenía abierta la caja fuerte. Tenía pasta de sobra.

—Tráemelo todo.

12

El amanecer sorprendió a Shave observando el jardín. Los movimientos entre las plantas habían cesado al menos una hora antes, pero no se fiaba. Un impresionante arsenal de farlopa presidía la mesa del salón, y había rescatado de la bodega uno de sus mejores *whiskys*. Lo guardaba para ocasiones especiales, y aquella lo era.

Dio por finalizada la vigilancia. Se paseó por el salón, fuera de sí. Su cabeza se había bloqueado. Eran las siete de la mañana y sabía que la gasolina que quedaba en su cuerpo era fruto de las drogas. Una vez más, le resultaría imposible conciliar el sueño. Tal vez debió pedirle a Michael una remesa de aquellas pastillas milagrosas, pero si hubiese sabido lo que le esperaba cuando se separó de él, camino del meadero, tal vez no habría cancelado aquella tarde de recreo antes de la hecatombe. No hubiera supuesto una gran diferencia. La charla con Phone se hubiese aplazado, sin más, y él y Mike se habrían ido al Comedy Heights a pasar el rato. En aquel instante, una prórroga le sonaba a elixir.

Una nueva raya de coca le taladró el tabique nasal y el cerebro. Se echó la mano a la frente. Lanzaba maldiciones y bendiciones por igual:

—¡Dios! —gritó, y la emprendió a patadas con el televisor, que ahora sí, se resentía y comenzaba a desprender pedazos

Su pequeño momento de orgía destructiva se vio interrumpido por el sonido del timbre. Shave se preguntó, en voz alta, quién mierda podía ser a esas horas.

—¿Quién mierda es a estas horas? —Y de pronto, el recuerdo de unas patas grandes acudió a su cabeza como el rechazazo de un campeón de los pesados.

Empleó pasos cortos y amortiguados para acercarse a la mirilla. Había dos puertas de por medio hasta el exterior, pero algo le dijo que quien llamaba ya había atravesado la primera y estaba justo en la entrada de la casa.

Volvieron a llamar.

Shaveson llevaba una pistola cargada en la mano derecha, y tenía el dedo sobre el gatillo, preparado para hacer frente a cualquier circunstancia. Se asomó a la mirilla. No había nadie. Respiró, tranquilo y contrariado. Se dio un cuarto de vuelta y encaró el videoportero. Pulsó un botón y apareció la cara de Michael

Rothmos.

—¡Shave! —exclamó Mike al otro lado, sin elevar demasiado el tono de voz, consciente de que el horario era un poco inapropiado—. Te he estado llamando.

Shaveson no tenía ganas de explicar el asunto a través de una videocámara cuando les separaban apenas veinte metros.

—Pasa. —Abrió las dos puertas y esperó hasta que Mike llegó al interior. Luego miró fuera, al jardín, a la zona donde crecían las plantas de mayor envergadura, y cerró con llave.

Mike tomó asiento. La situación resultaba incómoda. El televisor yacía hecho pedazos por el suelo. Su colega llevaba una botella de *whisky* en la mano izquierda y una pistola en la derecha, una pistola que no se había molestado en ocultar y que, de hecho, había usado para señalarle el sofá. No sabía si preguntar. Algo le decía que las cosas no iban del todo bien. Shave no tardó en deshacer el atasco:

—Se ha liado, Mike. —Se sentó sobre el mueble que antes sostenía el televisor—. Todo se ha ido a la mierda. —Jugueteó en el aire con la pistola y la botella. Alguna gota de *whisky* voló hasta desaparecer.

—¿Qué coño ha pasado, tío? —Michael pensó que si tenía que ocurrir algo era mejor que pasase ya. En apenas hora y media tenían que estar en el trabajo—. ¿Quieres que desayunemos en el Comedy antes de ir a la oficina?

—Ya no trabajo en Heart and Sons. —Aquello supuso una liberación.

Mike guardó silencio. Tragó, como si hubiese intentado hacer pasar una bola de acero enorme y sin pulir por su garganta. Tendió la mano y Shave, cómplice, le acercó la botella. Echó un trago corto y se la devolvió. No sabía qué decir. La situación les sobrepasaba a ambos, pero Shaveson llevaba gramos de coca y algo más de un litro de *whisky* de ventaja:

—Puse a ese viejo hijo de puta en su sitio. Se acabó. Querían que me bajase los pantalones y les he dejado claro quién manda.

—No sé qué decir, colega. —Miraba la cocaína esparcida sobre la mesa.

—Todo irá bien, Mike. —Se acarició el mentón con la pistola. El roce con la incipiente barba le recordó que debería afeitarse. Echó otro trago de la botella.

—Yo... —Hizo una pausa inevitable para intentar ordenar las ideas—. Tengo que ir a la oficina, pero preferiría quedarme. Avisaré a tu mujer. —Se puso en pie—. Y creo que deberías guardar esa pistola.

Hizo el amago de ir hacia la escalera, pero Shave le ofreció la botella de nuevo. Mike la cogió, y Shaveson volvió a hablar.

—Deborah se ha ido. Ha decidido que ya ha tenido suficiente de mí y se ha pirado a casa de su hermana. —Sonrió.

A Michael no le hizo ninguna gracia. Negó con la cabeza y echó un trago más largo, más profundo que el anterior. Miró el reloj.

—Date una ducha, colega. Es jueves. Me encuentro indispuerto, en la oficina lo entenderán. Tú y yo nos vamos a dar una vuelta.

Michael Rothmos siempre tenía la pastilla adecuada para cada momento. Shave ya había comprobado las virtudes de su colega en este sentido más de una vez, pero esa semana estaba siendo sensacional. Y es que Rothmos rebuscó en su exótico pastillero y le ofreció dos comprimidos, uno con forma de estrella azul y otro con la silueta de un elefante dorado, ambos del tamaño aproximado de un guisante, más parecidos a una alubia que a un guisante, pero una alubia tan pequeña que no podía ser considerada como tal.

Se las tragó, empujándolas con medio vaso de soda, antes de meterse en la ducha. Mike le aconsejó no ingerir nada de alcohol durante las próximas dos horas para garantizar que las píldoras hiciesen su trabajo sin interferencias y pudiesen desarrollar todo su potencial restaurador. Poco después, mientras estaba debajo del chorro de agua, Shave pensaba en las infinitas posibilidades que ofrecía aquel pastillero mágico. Más, si cabe, si se tenía en cuenta que muchas de aquellas medicinas eran mezclas originales de Mike y su familia, con fórmulas que habían ido pasando de generación en generación, en continua evolución, siempre expuestas al ensayo y error de los exigentes Rothmos. Aquella era, sin duda, una vía de negocio que había que explorar.

Shaveson no tardó en experimentar el efecto reparador.

Salió de la ducha. Su cabeza estaba siendo bombardeada por una caótica tormenta de ideas que barría la del pastillero mágico y sus posibilidades de explotación comercial. Sus ojos se abrieron más, y sintió ganas de correr, o más bien de salir volando. *Volando. Sí.* Podía volar hasta el sol con sólo proponérselo. Así se lo expuso, muy alterado, a Mike, que le sonrió en primera instancia y cambió su gesto por una mueca confusa cuando vio que Shave, con la mirada ida, parecía hablar en serio.

—No sé si es buena idea que sigas bebiendo, colega.

—¿Por qué no? No tengo nada que perder.

—Ya. Tal vez. —No era el momento de debatir sobre si había perdido o ganado con la marcha de su esposa—. Pero creo que podríamos cambiar un poco el plan. Lo aplazamos para esta noche, que habrá más movimiento. Ya sabes, Sugar Lake no es una ciudad diurna.

—Estoy perfectamente, tío.

—No te digo que no, pero todo esto que te ha pasado es complicado de encajar, para cualquiera. Además, está claro que llevas tiempo sin descansar en condiciones.

Shave quiso replicar. Quería decir que no era nada que no arreglasen un par de tiritos de cocaína, pero se le trabó la lengua. La boca se le volvió pastosa y extraña, y las piernas empezaron a temblarle. Su cara palideció varios tonos en un par de segundos. Sus manos también se movían de forma involuntaria, sin parar, como si fuesen mucho más grandes y pesadas de repente.

—¿Shave? —Mike iba a sujetarle, pero no llegó a tiempo.

Shaveson cayó al suelo. Michael se aseguró de que estaba respirando. Aplicó el protocolo básico de primeros auxilios y le colocó en la posición lateral de seguridad. No podía evitar pensar, con sarcasmo, en la tremenda juerga que les esperaba. Cogió su teléfono móvil y marcó. *Es una emergencia*, le dijo a la operadora antes de explicarle la situación.

No tardarán, respondió la voz al otro lado.

13

Una cantidad indeterminada de alcohol, cocaína y alguna sustancia más. Mike no pudo ser más concreto. En realidad no había estado con Shave ni una hora hasta que se desvaneció.

Mientras esperaba, una de las enfermeras le comentó que su colega estaba fuera de peligro, pero que si hubiera estado solo era muy probable que se hubiese quedado tieso. *Tieso*. Fue la palabra que utilizó la chica. Le habían lavado el estómago a conciencia y ahora le habían puesto una vía con suero y estaba dormido como un tronco. Dormiría hasta bien entrada la tarde, o hasta el día siguiente. Esas cosas funcionaban así. Como si Michael no lo supiese. Pero no quiso ser brusco.

Era la hora de comer, y Mike le pidió a la señora Gordon, una gruesa negra que se encargaba del registro de entradas, que le avisara si había alguna novedad.

—Volveré en un rato —le dijo—. Voy a comer algo en la cafetería y tal vez vaya a casa a recoger un par de cosas.

Ella le dedicó una amplia sonrisa negra, con grandes dientes blancos, y le dijo que sí, que no se preocupase, que todo estaba bien. Resultaba tan de película que parecía irreal. Mike estuvo tentado de decírselo, pero en lugar de eso se colocó sus gafas de sol y se despidió con un gesto elegante. La señora Gordon le dedicó su mirada y su atención mientras se marchaba. Tenía su teléfono en la ficha. Lo apuntó en un papel y se lo metió entre las tetas.

En una habitación de la tercera planta. Shave dormía sin soñar, agotado, colapsado. Un chico joven repasaba los datos que arrojaban el electro y los análisis, con un matiz de circunspección erudita en su rostro lampiño. En su bata, una tarjeta de identificación le delataba. Era el doctor Markus Limboh, una de las mayores eminencias del estado a pesar de —o gracias a—, su corta edad.

Pocket Phone estaba enfadado, pero mostraba una tranquilidad inquietante en sus gestos. Estaba reunido con Graham Snow y Duke Poison, otros dos de los cinco principales accionistas de Heart and Sons. Los dos que faltaban, Jackson O'Hara —padre, según decían, de Susan O'Hara—, y Thibaut Gag, acudían

como hologramas a través de un conocido programa de pago que había sustituido a las obsoletas videoconferencias con sus fidedignos modelos en tres dimensiones.

La noticia de la negativa a ceder su proyecto seguida de la inmediata renuncia de Shaveson Bálsamo había provocado una ira comedida en el seno del consejo de los cinco. Hacía apenas dos días que habían decidido por unanimidad que aquél sería el nuevo estandarte de la firma, y el imbécil de Bálsamo se había atrevido a pensar que podía ir por su cuenta en aquel juego.

—Lo usaremos igualmente —decía en ese momento Jackson, el padre de Susan. La voz sonaba distorsionada, algo habitual en la comunicación holográfica, que estaba en pañales en aquellos días.

—No podemos. —Pocket Phone, que ya había estudiado con anterioridad los inconvenientes de esa opción, procedió a explicarse.

Shaveson había tratado de jugar con ventaja registrando su idea, pero aquello no era óbice. No hubiera sido inconveniente para una firma como HS. El dinero podía mover montañas, así que era fácil intuir lo que podía hacer con unos papeles, un registro de la propiedad intelectual o una oficina de patentes. Ese no era el problema. Los cuatro dinosaurios atendían a Pocket Phone, que se gustaba, añadiendo detalles innecesarios. Se colocó bien la camisa, un modelo exclusivo de *Pierre Cabaglio*, y se estiró los puños de la misma, que estaban rematados con unos gemelos de oro blanco ribeteado; llevaban engarzados pequeños zafiros circulares, sin impurezas, que emitían hipnóticos destellos para el ojo entrenado. Eran piezas únicas, bastante antiguas, compradas en una subasta *online* por una cantidad insultante de dinero, aunque jamás especificó ninguno de estos datos.

Volviendo al proyecto de Shaveson, el gran escollo era que las verdaderas claves, los puntos maestros, no estaban presentes en la memoria que les había entregado. Se había asegurado de que sólo él pudiese ejecutarlo. No incumplía ninguno de los requisitos que la junta directiva había solicitado a los candidatos, pero los había rodeado con formas sinuosas y reptilianas, hasta acorralarlos, reuniéndolos a todos en las sombras y haciéndolos suyos para siempre.

Había burlado de forma consciente o inconsciente a Heart and Sons.

—Y eso es algo que no podemos consentir. —Phone notaba la aprobación a sus palabras en los socios, incluso en aquellos patéticos esbozos que eran los tristes y primitivos hologramas que hacían que cualquier videoconferencia pareciera mejor.

—¿Qué propones, Pocket? —Fue Thibaut Gag el que preguntó.

—Para eso estamos aquí. Aunque preferiría que tomásemos la decisión con una reunión presencial. No me gustan los hologramas.

Todos rieron.

—En cualquier caso —prosiguió Pocket—, creo que estamos de acuerdo en que el señor Shaveson Bálsamo tiene que ser un ejemplo para que esto no se vuelva a repetir.

Pocket levantó su mano derecha y realizó unos movimientos en el aire, acompañados de un curioso entrecruzar vertiginoso de sus dedos, que fue correspondido por los otros cuatro.

Los hologramas se desvanecieron.

La reunión había terminado. Pocket Phone miró uno de los rincones de la oficina, justo a la espalda de sus socios. La planta se estaba moviendo, pero allí no corría el aire. Archeó la ceja izquierda, suspicaz, y sirvió unos *whiskys* para brindar con Graham y Duke.

Acababa de caer la tarde en Sugar Lake City. El sol había lanzado sus últimos destellos con un peculiar color rubí antes de ocultarse tras las montañas, que parecían haber sido pulidas aquella misma tarde. El doctor Limboh observaba aquel curioso fenómeno, sin percatarse del todo, más pendiente de lo que tenía que decir que de lo que veían sus ojos.

Una joven administrativa de la clínica ya había tratado de ponerse en contacto, sin éxito, con Deb. Mike le explicó al doctor, muy por encima, que todo aquel arrebato de su amigo se había debido, en gran parte, a una disputa con su pareja el día anterior, y Limboh asintió, se acarició una pequeña barbita que no tenía y se quedó unos segundos mirando a través de la ventana mientras masticaba la información.

Al fin, se giró y miró a los ojos a Mike:

—Creo que su amigo debería quedarse ingresado unos días, como medida cautelar. No obstante, ha despertado con unas fuerzas un tanto inusitadas, e insiste en que su voluntad es la de marcharse esta misma noche.

—Es que no sé qué quieren de mí. Soy su amigo, no su madre.

—El señor Bálsamo se ha recuperado de milagro. Ha tenido suerte de que estuviese usted allí, y aun así ha tenido que regresar desde las mismísimas puertas del infierno. —El rostro del doctor se tornó sombrío.

Mike se encogió de hombros. Limboh se volvió a situar, con la mirada perdida, de cara a la ventana, y continuó hablando:

—Entienda esto: *lo realmente extraño es que siga vivo.*

Lo dijo con un timbre diferente en la voz. Y sonrió.

Luego se quedó callado y contempló la aparición de las primeras estrellas, el cambio de luces en el horizonte vespertino. Michael lo observó unos segundos en silencio, hasta sentirse incómodo.

—¿Puedo pasar ya a verle? Llevan casi una hora agobiándome con sus preguntas, y yo sólo quiero pasar y ver a mi colega.

Esta vez no le miró para hablar:

—Pase. Piense en lo que hemos hablado.

—Sí. No se preocupe, doctor.

La verdad es que Michael había sido sometido a un continuo interrogatorio desde su llegada a la clínica. Por momentos le había dado la sensación de que le estuviesen señalando, como si fuese culpable de todos los males de Shave. Si bien era cierto que compartían el gusto por el alcohol y las drogas, nunca se le había pasado por la cabeza depararle mal alguno a su amigo. Más bien todo lo contrario. A veces incluso lo tomaba por un hermano, en algunas ocasiones mayor, en otras menor.

La puerta de la habitación de Shaveson estaba entreabierta. Una enfermera estaba cambiando el suero. Mike tocó, por cortesía, y la chica le invitó a pasar con sus intachables y rubios modales. *Termino en seguida con esto*, dijo, mientras regulaba una pequeña válvula. Le dio unos toquitos con su dedo índice. Sutiles. Suaves. Mike contemplaba los movimientos como si sucedieran a cámara lenta.

—Les dejo. ¿Necesita algo, señor Bálsamo?

—Sólo que me traigan los papeles para el alta voluntaria. Quiero irme a casa.

Ella asintió y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Mike y Shave se quedaron a solas. Shaveson sonreía, como avergonzado. Mike seguía sintiéndose un poco fuera de lugar, quizá por el remanente del fusilamiento a base de preguntas del que había sido víctima allí, en especial por parte del doctor y de una de las enfermeras.

—Al menos tienes buena cara.

—Estoy machacado. Sólo tengo ganas de dormir. Creo que me duelen partes del cuerpo que no existen.

—¿Por qué no te quedas esta noche? El personal femenino de este centro tiene un altísimo grado de follabilidad. Creo que estarás mejor que en casa.

—No. Paso. Odio los hospitales.

—Ya. Pero esto no es exactamente un hospital...

—Venga ya, Mike.

En el fondo, o casi en la superficie, Michael Rothmos compartía la inquietud del doctor Limboh. Notaba que Shave había formado una barrera tras la cual ocultaba lo que le estaba descolocando y le impulsaba a rebasar líneas y fronteras desde las que era complicado regresar. Había perdido el mismo día a la mujer de su vida y el trabajo. Y aunque las mujeres y los trabajos, como casi todo, iban y venían, era demasiado pronto para estar recuperado.

Pero Michael no iba a insistir. Se mostraría, para hacer saber que estaba ahí, como otras veces. Si lo necesitaba, Shaveson sólo tenía que llamar. A veces, incluso sin llamarle, aparecía...

—No te preocupes, Mike. —Shaveson pareció leerle la mente—. Estoy jodido. —Hizo una leve pausa, se acomodó, poniéndose la almohada en los riñones—. Eso está claro. Pero sé que hay más peces en el mar. Otros trabajos, otras mujeres, otras vidas. Esto no se acaba aquí, sólo ha cambiado. Tenemos oportunidades para reiniciarnos, para reinventarnos y comenzar de nuevo. Y es lo que pienso hacer. No voy a quedarme parado a mirar como el mundo pasa de largo mientras yo me quedo atrás, añorando lo que se fue. Lo que se ha ido es parte del pasado desde hoy mismo. Haré que las nuevas páginas que escriba sean inolvidables.

Mike se quedó callado.

—Y para empezar, voy a preparar unas vacaciones para el verano que viene. Serán unas vacaciones de juerga sin fin. Cuento contigo, ¿no?

—Por supuesto.

—Será algo majestuoso, algo que recordaremos siempre.

Sonreía de forma tan íntegra, tan intensa, que Michael se olvidó de las palabras del doctor y dio por sentado que Shave tenía las cosas claras, que estaba perfecto.

Muy claras. Perfecto. Sí.

Llegó la mañana del viernes.

Deb y Harry, su poli musculitos, habían pasado la noche abrazados, con ratos tiernos y arrebatos de sexo. Harry se marchó poco después del amanecer. Se había despedido con un beso.

Ella prefirió quedarse un rato más en la cama.

Haraganeó, sin llegar a dormirse de nuevo, hasta que llegaron las diez de la mañana, que era una buena hora para ponerse en pie. Desnuda, fue a la cocina y se preparó un desayuno contundente con lo que encontró en la nevera de su amante. Mientras se llenaba el estómago, dio un repaso a su teléfono móvil. En cierta manera le sorprendió no tener ninguna llamada o mensaje de Shaveson.

—Te creía más calzonazos —dijo en voz alta antes de dar un pequeño mordisco a la tostada. Sonrió, seductora a pesar de que no había nadie a quien seducir, mientras imprimía un leve movimiento de vaivén lateral a sus piernas entrecruzadas.

Deb siempre había sido así, aunque disimulase la verdadera dimensión de su carácter. Tenía una fuerte personalidad, coronada con un brutal poder de atracción, algo que había aprovechado en múltiples ocasiones para poner la balanza a su favor en situaciones muy diversas. Eso había hecho que coleccionase amantes, tantos que no podría enumerarlos sin hacer un ejercicio de memoria. En los últimos tiempos se había calmado bastante, pero eso no evitaba que de vez en cuando volviese a rebuscar en su cabeza en busca de momentos, de rostros, de cuerpos.

Siguió repasando la agenda. En su imaginación, coqueteaba con los recuerdos de cama que compartía con muchos de los contactos. No sabía muy bien la causa exacta, pero estaba con ganas de sexo. Suponía que era producto de su repentina libertad, pero decidió que tenía que centrarse en arreglar cuanto antes los cabos sueltos derivados de su decisión de romper su matrimonio con Shaveson.

Terminó el café. Marcó un número y esperó. Dos, tres tonos:

—Davros al habla —dijo la voz al otro lado.

—Soy Deb. —Su voz sonó como un ronroneo—. Estoy sola. Tenemos que vernos.

El viernes proseguía su avance inexorable.

Shave estaba de vuelta en casa. Despertó con los sentidos aletargados. Recordaba una parte de su sueño.

Paseaba por un campo interminable en la noche cerrada. La única luz que guiaba su camino era la de la luna y las estrellas. Una sensación de paz le recorría, y caminaba lento hacia un horizonte que permanecía inalterado.

De pronto el cielo comenzó a tronar y se resquebrajó como si estuviese hecho de cristal. Se rompió el plácido firmamento, abriéndose en dos como si de pronto fuesen polos iguales de un campo magnético monstruoso. De la grieta que se había formado surgió una garra enorme que casi alcanzaba el suelo. Le buscaba a él. Tanteaba el aire, trataba de encontrar a su presa, y Shave sabía que tarde o temprano la grieta se abriría lo suficiente para dejar pasar al gato. Entonces estaría perdido. Y no había lugar al que huir. No tenía dónde esconderse.

Sonó un crujido que se extendió con estruendo, multiplicándose al tiempo que esa primera capa de cristal comenzaba a descomponerse. El cielo estalló en un espectáculo visual con millones de partículas de luz. De las alturas cayó el gato, con sus patas enormes extendidas, como si fuese una ardilla voladora. Shave aplacó su primera sensación de terror cuando el fabuloso animal comenzó a moverse con soltura: planeaba, se elevaba y volvía a bajar con una gracia incomprensible.

No recordaba más, pero llevaba una sonrisa estúpida impresa en los labios.

Se sentó en la cama. Trataba de no pensar en el hueco vacío junto a él, en que a esas horas hubiese estado en el trabajo. Trataba de no pensar en Deb, pero sabía que era una parte inevitable que tenía que superar antes de pasar página y rehacer su vida. Su cabeza sería un hervidero de ideas asquerosas durante al menos unos días, que podían alargarse a semanas, meses. Debía evitar caer en un vórtice de autodestrucción. En el fondo, eso le daría la razón a Deb, y aunque fuera por el gusto de llevarle la contraria, estaba dispuesto a levantarse y regresar del mundo de los calzonazos fracasados.

Miró el reloj. Eran casi las cuatro de la tarde, y estaba sonando el teléfono.

—Buenos días.

—Buenos días, Shaveson. —Era Davros Stella. Los abogados parecían sabuesos entrenados para detectar la desgracia.

—¿Qué se te ofrece? No teníamos nada pendiente, ¿verdad?

—No. Nada pendiente.

—De todas formas iba a llamarte. Tenemos que vernos, Davros.

Al abogado se le hizo un pequeño nudo en la garganta. Tosió, incómodo.

—Verás, Shaveson. Deborah se ha puesto en contacto conmigo. Me ha explicado que habéis tenido ciertos problemas.

Shaveson Bálsamo respiró. No dijo nada. Davros Stella rompió la pausa:

—Me ha pedido que prepare el acuerdo de divorcio.

—¿Vas a trabajar para ella?

—Sí. Te puedo recomendar algunos compañeros que son bastante serios.

—Ni siquiera sabes mi parte de la historia —dijo, decepcionado por la decisión de Davros a la hora de posicionarse del lado de Deb.

—Es una obligación moral, Shaveson. Voy a redactar una propuesta y la tendrás antes de cuarenta y ocho horas.

Shave comenzó a reírse.

—¿Una obligación moral? No me jodas.

—La verdad, no es mi intención.

—Ya.

—Shaveson. Has sido mi cliente mucho tiempo, un buen cliente. Toma esto como un último acto de buena fe por mi parte, porque de aquí en adelante no habrá más. Busca un buen abogado y prepárate. Los acuerdos matrimoniales que firmasteis en su día no te dejan en buena posición.

—Todo un detalle por tu parte, Davros.

—Buena suerte, Shaveson.

Shave colgó sin despedirse.

Un pinchazo en el estómago le removió todo en el interior. Sentía anhelos homicidas. Maldijo en voz alta a Deborah y a Davros. Los buenos propósitos se evaporaron en cuestión de segundos. Se fue al despacho. En el trayecto recogió una botella de *whisky* y una bolsa de patatas fritas. Cerró la puerta, por inercia, y puso la música a tope.

El desayuno de los ángeles.

El despacho se quedó pequeño. Luego la casa también, así que Shaveson salió a pasear. Se montó en su coche y se dio una vuelta por algunos locales de moda, tomando unas copas hasta acabar en un conocido club de striptease. Llevaba una cantidad indeterminada de dinero en efectivo, y una tarjeta de crédito con fondo suficiente para cualquier juerga que la tarde o la noche pudiesen deparar. Allí, a la sombra de aquellas piernas que desembocaban en una cintura tatuada con un par de hadas, Shave buscaba el consuelo, aunque fuese un remedio puntual.

Había pedido una botella de un champán carísimo que no terminaba de convencerle pero que se dejaba beber. Sacó un billete, lo estiró y se lo colocó, doblado, entre los dedos índice y corazón. La chica de las hadas se acercó a él, y con un movimiento circular dejó su cintura al alcance de la mano de Shave. Era una joven de una belleza exótica, de piel pálida, al menos con aquellas luces. Shaveson sacó otro billete, lo colocó junto al primero y le hizo un gesto para que se acercase un poco más. Lo suficiente para hablarle y que ella le entendiera:

—Baila para mí. —Y mientras le colocaba los billetes en el elástico del tanga le hizo un gesto con la mirada en dirección a los reservados.

La chica de las hadas se llamaba Jasmine. Al menos eso había dicho antes de empezar con su *show* privado. Comenzó bailando delante de él, aunque no tardó en pasar a rozarse y colocarse encima, haciendo gala de unos movimientos pélvicos salvajes antes de sujetar con los brazos el respaldo del asiento y colocar la cabeza de Shave entre sus tetas.

Shaveson estaba alterado por los efectos del alcohol, y no terminaba de dejarse llevar. Antes de salir de casa, en el despacho, había echado un vistazo a los acuerdos matrimoniales que tenía con Deb. En realidad debía estar ciego cuando los firmó, aunque fuese una ceguera propia de la confianza. Se culpaba. La chica de las hadas estaba deslizando la mano por debajo del pantalón mientras se echaba un trago de champán, pero Shave tenía en mente que iba a perder su casa, que iba a perder casi todo el dinero que tenía ahorrado, y que

dicho dinero no era ni una décima parte de lo que pensaba que tenían.

Ese era otro asunto.

Deb llevaba las cuentas a nivel doméstico. Nunca faltaba para pagar las facturas, pero con lo que él ganaba en Heart and Sons se suponía que debían tener un colchón económico mucho más mullido que el que se había encontrado cuando, después de tanto tiempo, echó un vistazo al banco. La chica de las hadas había comenzado a chupársela, pero Shave estaba temblando y, casi sin darse cuenta, se puso a llorar.

Unos minutos después, Jasmine abandonaba el reservado para ir a darse una ducha. Shaveson se quedó unos minutos más. Terminó la botella de champán como si bebiese cerveza templada, y maldijo una y otra vez. Maldijo de nuevo a su mujer, al abogado. Maldijo al ser humano, a la paz y a la guerra, al poder de Dios. Y a sí mismo. Por haber sido débil y descuidado ante Deb. Por no haberse corrido en la boca de la *stripper*. *Volveré*, se prometió. Dejó otro billete, sin mirar de cuánto, sobre la mesa, y se marchó.

Le sorprendió la bofetada del aire nocturno. El encargado del aparcamiento privado le trajo en seguida su coche y le entregó las llaves. Las pupilas del tipo parecían felinas, alargadas, y Shave le dedicó una mirada poco amistosa antes de marcharse.

Decidió que era hora de volver a casa. Hubiese deseado despegar del suelo y volar hacia las estrellas, y por unos instantes se aferró al volante, con los ojos enrojecidos, pensando que sería posible. Las líneas del centro de la carretera y las señales pasaban a toda velocidad, sinuosas y terribles en cierta manera, como monstruos al acecho que esperaban un despiste para salirse de su papel estático y cruzarse en su camino para devorarlo.

Apretó los dientes, tratando de centrarse en la conducción. Miró la aguja del cuentakilómetros y redujo un poco. Comprobó los retrovisores. Y entonces se dio cuenta. Traía un coche detrás, bastante cerca, lo suficiente para deslumbrarle con los faros y para hacer insegura la distancia entre los dos en caso de frenazo brusco.

Se desvió para dejar pasar al gilipollas. Cogió un camino secundario, más lento pero mucho menos transitado, que era casi exclusivo para los residentes de Dunwich Hills, la urbanización donde vivía Shave. Una vez que tomó el desvío, sin el otro coche atosigándole, su respiración y su pulso se relajaron de forma considerable. Decidió volver a pisar el acelerador. Conocía aquella carretera a la perfección, tanto, que se permitió el lujo de echar un vistazo a los mensajes de su teléfono móvil.

Tenía varias llamadas perdidas. Dos de ellas eran de Heart and Sons, de administración. *Al diablo*, dijo en voz alta. Iba mirando la pantalla y la carretera,

también los retrovisores. Un mensaje de Mike Rothmos: *¿Qué tal, colega?* Shave sonrió, pero un segundo después su sonrisa se transformó en una mueca deforme cuando vio que volvía a tener el coche justo detrás, cegándole con las luces.

Dejó el móvil sobre el asiento del copiloto. Estaba cerca de casa y no merecía la pena complicarse parando allí en medio. Siguió conduciendo y trató de mantener la calma, aunque el cuerpo le pedía parar el coche y machacar al hijo de puta que traía detrás. Era probable que fuese algún niñato con alguna copa de más, tratando de impresionar a una extranjera de boca generosa y cabellos pelirrojos. Era lo primero que le había venido a la cabeza, y la idea se había quedado ahí.

Cabellos pelirrojos. Boca generosa. Pensó en la *stripper* y se enfadó. Puso el intermitente y se echó a un lado, al arcén de tierra. El coche que venía detrás le imitó, aunque había apagado las luces y apenas podía distinguirlo en medio de la oscuridad. Shave echó mano de la guantera. Cogió una linterna y la pistola automática. Se colocó el arma en el cinturón y salió del coche.

El otro vehículo mantenía el motor en marcha. Shaveson encendió la linterna, dirigió el haz de luz hacia el parabrisas y se quedó petrificado. Era un coche exactamente igual que el suyo. Pero lo que le heló la sangre era que, sentado al volante, sonriente, con los ojos muy abiertos y un gesto desquiciado, estaba él mismo.

Le temblaron las manos. Tiró la linterna y gritó antes de correr de vuelta al coche. Echó el seguro y accionó el contacto. Salió derrapando y volvió a la carretera. Por el retrovisor observó que el otro automóvil no se había puesto en marcha.

Joder. Se encendió un cigarrillo.

Joder. Se cagó mil veces en la puta antes de llegar a casa. Le parecía que el corazón se le iba a salir del pecho, pero no se salió.

Llegó a casa. Nadie le seguía ya.

Se había quedado dormido en el coche. Despertó incómodo, dolorido y con la boca pastosa. Salió tambaleándose y recorrió a duras penas la distancia que separaba el garaje de la casa. Le cegaba la luz solar y sentía asco por la sensación nauseabunda que le embargaba. El dolor de cabeza resultaba repugnante. No recordaba casi nada de la noche anterior.

Tras dejar la puerta cerrada tras de sí, se deshizo de los zapatos y pensó en dejarse caer en el sofá del salón, pero vio el televisor en el suelo, recordó los ecos de la discusión con Deb, y el estómago se le retorció una vez más en algo parecido a una arcada. Subió las escaleras. Pensó que una ducha no le vendría mal. Miró el reloj. No llevaba reloj. Se reía, artificial, como actuando, mientras dejaba atrás los últimos escalones. Entonces se apoyó en la prolongación del pasamanos y contempló la que había sido su casa durante los últimos años.

No es que le tuviera un cariño especial, pero estaba imbuido de un estado de ánimo melancólico, triste, patético. Todo lo que le rodeaba parecía estar derrumbándose a marchas forzadas, y eso le incluía a él. No se reconocía. No reconocía las paredes. Pensó en prenderle fuego a la casa antes de dejarla en manos de Deb. Agachó la cabeza y entró al cuarto de baño. Dejó caer la ropa hasta que, cuando estuvo delante del espejo, pudo contemplarse desnudo.

Y algo hizo *clic* en su cabeza de *yuppie* arruinado, destruido. Algo hizo *crash* en su interior al mismo tiempo que golpeaba con fuerza el reflejo de su cara. Los cristales rotos se clavaron en sus nudillos, aunque la mayoría cayó al suelo, alrededor de sus pies. Su mano derecha empezó a sangrar de forma profusa. Shave agarró el toallero y arrancó la barra metálica. Era un cilindro de acero inoxidable macizo. La sopesó. Decidió que era una buena herramienta para celebrar una pequeña fiesta de destrucción, y empezó por demoler el aseo. Luego, mientras le aguantasen las fuerzas, haría una gira por todas las dependencias.

Y así, recorrió la habitación principal y la de invitados, la despensa, la cocina. Después se decidió por una parada en el vestidor, donde hizo una bola con los mejores vestidos de Deb. En una caja puso una gran cantidad de zapatos.

Al final empleó varios viajes para sacarlo todo al jardín de la parte trasera. Allí colocó una silla frente a la barbacoa y se sirvió una cerveza. Encendió el fuego y comenzó a quemar la ropa de la que todavía, oficialmente, era su mujer. Y cantó. Y hasta brindó por ella.

Se fumó un cigarro mientras contemplaba cómo ardía el último par de zapatos. Recordaba que aquél en concreto costó una pasta. Como todo lo demás. Deb no se cortaba. Era posible que todo el dinero que faltaba en las cuentas hubiera ido a parar a sus caprichos, aunque Shave sospechaba que se la llevaba pegando un buen tiempo, que se había preparado el terreno de muchas maneras. Desde antes incluso de casarse. Eso explicaría los acuerdos prematrimoniales; aquéllos que firmó como un gilipollas, sin leer.

Y mientras pensaba en estas cosas, se quedó dormido.

Despierta. Mira el teléfono móvil. Hay mensajes y llamadas perdidas. Lo arroja al fuego.

—Al lugar donde voy no necesitaré teléfono —habla como si estuviese haciendo la interpretación de su vida, con una solemnidad estúpida.

El fuego mengua, y Shave empieza a sentir frío. Está oscureciendo. No sabe qué hora es, pero al parecer se ha despertado bastante tarde. Decide que es mejor entrar de nuevo a la casa, y por una extraña asociación, cuando ve la caseta de las herramientas, recuerda unas piernas alargadas, y a su cabeza vuelven retazos de la noche.

La bailarina. El gatillazo. El ataque de ansiedad. *No pasa nada, cariño. Lárgate de aquí, zorra.* Impotencia, en dos o tres sentidos.

Shave sacude la cabeza. No quiere recordar. De pronto, el cielo se tiñe de un rojo monstruoso. Unas nubes raras, como provistas de vida, realizan movimientos que se asemejan a bandadas de pájaros. Pájaros de sangre, huecos.

—El coche —susurra Shave.

El coche que le perseguía cuando volvía a casa. Las nubes se unen en una sola, gigantesca, que adopta una forma familiar, la de un gato con patas enormes, que lentamente se va materializando. Shave trata de huir hacia el interior de la casa, pero el suelo se ha transformado en un lodo pegajoso que le impide moverse y parece engullirle.

Comienza a llover. Shaveson tira con fuerza de sus pies, tratando de separarlos del suelo, pero le resulta imposible, y ya se ha hundido casi hasta las rodillas. No mira atrás. Prefiere entregarse. El final llega. Lo sabe.

Despertó. El fuego de la barbacoa se había extinguido. Caía una lluvia ligera, agradable, y ya era de noche. Le llamó la atención la luz del teléfono móvil, que

vibraba, sin sonido, en el suelo. Lo recogió. En el *display* digital el nombre de Mike. Shave no contestó. Entró en la casa y se fue directo al despacho.

El reloj marcaba las doce de la noche, imprimiendo a su tictac el regusto agridulce del canto de poderosas bestias, esas que arrastraban máquinas de azúcar a través de océanos de espacio y tiempo. Shave no prestaba atención a los detalles. Sólo veía la hora, y le parecía tan buena como cualquier otra para capitular. Quitó el tapón de su botella de *whisky* favorita y echó un trago largo. Tomó asiento. Del primer cajón sacó una pistola y la dejó sobre el escritorio.

Nunca se lo había planteado en serio. Siempre había pensado que era una opción cobarde, pero ahora que estaba en situación, descubrió que había que tenerlos bien puestos para apretar el gatillo. Eso, o estar lo bastante desquiciado. Miró la botella, miró el reloj. No tenía prisa.

Esbozó una media sonrisa, pensando que ése sí que sería un formidable regalo de despedida para Deb: sus mejores trapos quemados en la barbacoa, y su marido muerto. No le daría tiempo a divorciarse. Sería la viuda de Bálamo. Para siempre.

—¡Viuda! —Golpeó la mesa y estalló en una carcajada. Las abominaciones del reloj arrastraban sus dulces máquinas con más violencia.

Y el tictac dictaba, sin que Shave lo supiera, una cuenta atrás. Un latido perentorio se extendía por la habitación, apoderándose de cada recoveco. Y aunque existían mecanismos que eran imposibles de revertir, el del monstruoso tictac no era uno de ellos.

Eran las doce y media. Shave acariciaba el mango de la pistola cuando llamaron desde la puerta exterior. En su mesa había una extensión del videoportero. Shaveson la miró, pero no quiso contestar y se llevó la pistola a la boca. Todavía no era capaz de apretar el gatillo. Necesitaba un empujón más.

La llamada se repitió. Tres. Cuatro. Cinco veces.

Shave dejó la pistola, concediéndose una tregua antes de volver a intentarlo, y pulsó el botón para ver quién llamaba.

Era Mike Rothmos, muy alterado. No podía escucharlo. Parecía que le estaba pidiendo a gritos que no lo hiciera, que no se suicidase, aunque sabía que esa opción era imposible. Le dio unos golpes al altavoz, pero seguía sin escuchar. Y tomó la decisión de abrir. Mike entró a toda velocidad. Las bestias del reloj se retiraron, tomando otro camino en los vórtices del espacio-tiempo.

Shaveson guardó la pistola en el cajón. Algo en su interior le había dicho que resultaba justo despedirse de Mike. Al fin y al cabo, siempre se había comportado con honestidad. Había sido un excelente compañero en el trabajo y un buen amigo fuera de él. Y aunque su espíritu en ese momento era luctuoso hasta extremos insospechables, decidió sonreír antes de abrir la puerta.

Michael Rothmos llegó corriendo. Traía un papel en la mano. Shave no reconoció la escena hasta que Mike le abrazó y gritó, fuera de sí:
—¡Nos ha tocado, colega! ¡Nos ha tocado la puta lotería!

La vida cambia en un segundo, en un minuto, en un año, y a veces no cambia en absoluto. Ciento ochenta y tres millones pueden retorcer el destino de casi cualquiera, y estaba claro que la cabeza de Shaveson Bálsamo acababa de hacer un nuevo *clic*.

Aquella misma noche lo celebraron por todo lo alto, sin necesidad de salir a la calle. Mike Rothmos tenía numerosos contactos, y echó mano de su agenda para llenar la casa de prostitutas y ríos de *whisky* y champán. El billete de lotería vivió la fiesta desde la caja fuerte del despacho, a salvo de las miradas y de las palabras. Mientras, los dos amigos se dejaban llevar de formas diferentes. Shave estaba viviendo todo como en un rarísimo sueño; una liberación desquiciada. Tenía ganas de reír, de llorar. Hacía unas horas estaba a punto de volarse la cabeza, desmoronado sobre las ruinas de su vida, y ahora se se encontraba frente a frente con un abanico de posibilidades que se le antojaba infinito.

Cuando el amanecer comenzó a golpear las ventanas con sus dedos invisibles, la vivienda fue quedando en soledad, y los dos amigos cayeron desarmados en el jardín. Michael le confesó a Shave que no tenía ni idea de por dónde empezar a gastar o invertir la pasta. Rothmos vivía al día. Nunca había tenido ahorros importantes ni una necesidad de pensar en nadie más que en sí mismo. Carecía de propiedades, de responsabilidades hacia otras personas, y su familia más cercana quedaba lejos, muy lejos de allí. Shaveson, por el contrario, sí que había vivido durante años en un matrimonio estable, y había aumentado sus propiedades y ahorros en la medida en que se lo permitía su posición. También había realizado algunas inversiones bastante rentables. Aunque nunca había tenido entre manos, ni siquiera entre sus ambiciones a largo plazo, una cantidad tan ingente de dinero.

Pronto salió a colación el nombre de Matthew Ray. Matty era un compañero de universidad de Shaveson que se hizo de oro, antes incluso de terminar la carrera, al invertir con éxito en fondos de riesgo, y mediante la ejecución de todo tipo de trapicheos. En la actualidad se dedicaba a la gestión de patrimonios y, por supuesto, seguía con las inversiones. Tenía una agencia, y su cara aparecía en

grandes carteles por diversos puntos de la ciudad. Shave y Matty habían mantenido el contacto, al menos de forma esporádica, aunque llevaban un par de años sin verse. Era una persona eficiente y de fiar. Decidieron que él sería el encargado de orientarles. No obstante, y como medida de seguridad, una parte del dinero iría a un fondo seguro al que ni siquiera Matty, como administrador, tendría acceso.

El sol apareció, rompiendo la línea del horizonte con un rojo espectacular. Shave entrecerró los ojos para contemplarlo, y se quedó callado. Luego volvió la vista atrás, vio cómo la luz se dejaba caer sobre la fachada, expulsando las sombras, y sintió asco de aquella casa, porque la asociaba de manera irremediable con Deb. Pensó, con una mezcla de rabia y placer, que ahora su mujer podía quedarse con la casa y con el insultante y abusivo porcentaje del dinero que le dejaba el acuerdo prematrimonial. Nada de eso importaba.

Tampoco tenía muy claro qué iba a hacer con su vida. Ni siquiera sabía cuánto tardaría en asimilar el giro drástico, o la concatenación de giros drásticos, que había sufrido en los últimos días. De lo que sí estaba seguro era de que en aquel preciso instante se sentía libre. Miró al cielo y se imaginó corriendo por una pradera infinita. Llevaba una armadura integral de color negro con reflejos metálicos, llena de tubos que parecían parte de un sistema hidráulico, o neumático. En su espalda asomaba el mango de una espada, y con su mano derecha sujetaba una pistola de proporciones enormes. A pesar de que el casco sólo dejaba al descubierto los ojos, tras una visera de algo parecido al cristal, Shave sabía que sus labios dibujaban una sonrisa. A su lado, siguiendo el ritmo sobre sus dos patas traseras y con una forma antropoide, iba el gato.

Se puso en pie. *Vámonos*. Recogieron el décimo premiado. Shave se detuvo unos minutos para rescatar su ordenador portátil y algunos papeles. En una pequeña maleta echó algunos libros y tres o cuatro efectos personales que no le apetecía dejar caer en las zarpas de Deborah. También se llevó la pistola.

Y se fueron.

La casa quedó desordenada pero en pie. Mike propuso irse a descansar al ático. Era domingo. No podrían moverse de verdad hasta el lunes, y valía la pena cargar las baterías para comenzar con buen pie la nueva etapa.

Salieron en el coche. Shave pensó que tal vez fuese la última vez que cruzaba la puerta automática del garaje y la verja exterior. No sonreía. Se ajustó las gafas. Y se puso en marcha sin mirar atrás, ni siquiera por el retrovisor.

En la calle había un vehículo negro aparcado. El motor se puso en marcha unos segundos después, y comenzó a seguirlos a una distancia prudencial.

Shave puso música, algo de *rock* clásico. La vida les dedicaba una sonrisa. Era domingo, sí.

El lunes comenzó con un ajetreo a contrarreloj. Mike y Shaveson habían pasado el domingo sin salir del ático, haciendo planes. En un primer cálculo, Shaveson estimaba que, deducidos los impuestos, les quedaban para repartir ciento veinte millones de dólares.

Contactaron con Matty Ray a primera hora. Aunque Shave no hablaba de cantidades exactas, a Matthew Ray le brillaron los ojos incluso a través del teléfono, e insistió en verse esa misma mañana. Aquello, en su jerga, era un *prioridad uno*. Así que se prepararon, desayunaron un café doble, o triple, fortísimo pero exquisito y humeante como pocos, y salieron a la calle.

Eran las ocho menos veinte. Shave llevaba su portátil en un elegante maletín negro, de piel. El décimo lo guardaba Mike en un colgante alargado que llevaba sujeto al cuello mediante una finísima cadena de plata. El garaje subterráneo estaba a apenas dos minutos. No se dieron cuenta, pero de un coche aparcado, el mismo que les había seguido desde la casa de Shave, salió un tipo vestido con un impecable traje negro. Se dirigió directo hacia ellos.

Era temprano, pero las calles de Sugar Lake City comenzaban a despertar bastante antes. Aquélla era la zona centro, y desde el par de horas previas al amanecer empezaba el tránsito de la gente que tenía que ir a coger el metro o que iba andando a trabajar, mendigar o delinquir. Las aceras ya estaban repletas con el devenir de personas cortadas por los patrones más diversos. Sin embargo, pareció hacerse un vacío entre el tipo del coche y los dos amigos. Cuando el primero se acercó a ellos de frente, extendió su manaza, cortando el paso de Shave:

—Shaveson Bálamo —lo dijo en un tono raro, que parecía de interrogación pero sin llegar a merecer los signos.

Se quedaron callados, los tres, durante unos segundos. Shave no sabía con exactitud si asentir. Frunció el ceño. No le sonaba de nada aquel personaje ni aquella mano enorme. Al fin, el tipo volvió a hablar.

—Hay gente —dijo. Y mientras lo hacía se echó mano al interior de la chaqueta, a la altura del pecho—, a la que has ofendido. —Lo que fuera que

quería sacar, parecía resistirse, y el tipo ralentizó las palabras de una manera bastante incómoda hasta que consiguió su cometido, mostrando un sobre que extendió en dirección a Shave.

—¿De qué va esto?

Pero no respondió a la pregunta. Tras entregarle la misiva, dejó caer un *buenos días* y siguió su camino. Shave y Mike se quedaron parados y vieron cómo el mensajero se perdía entre la gente, que volvió a rellenar aquella especie de burbuja que habían dejado para la escena. Los dos amigos también continuaron con su camino hacia el aparcamiento, algo contrariados. Comentaron el encuentro sin concederle demasiada importancia:

¿Le conoces de algo? Diría que no. Pues él a ti sí. Ya, a mí me conoce mucha gente. Eres famoso, ¿eh? No lo sabes bien, Mike. Y cosas así.

La verdad es que Shave tuvo el impulso de lanzarle al desconocido un directo a la mandíbula cuando se echó la mano al pecho porque pensó que podía sacar un arma. Se le había disparado la adrenalina y estaba alerta para pasar al ataque si veía el reflejo de la culata, pero al final sacó un sobre. Shave se lo había metido, por inercia, en el bolsillo del pantalón. Lo recordó justo antes de arrancar el coche, y quiso abrirlo.

—Vamos a ver quién es mi admiradora.

No llevaba destinatario ni remitente. Estaba cerrado con un sello de lacre en el que había un símbolo que Shave no reconoció, pero que lo dejó pensativo. De hecho, se quedó admirándolo, como hipnotizado, hasta que Mike le dio un toque en el antebrazo para llamarle la atención.

—¿Quién mierda usa esto? —Se refería al lacre.

Lo abrió, tratando de romper lo menos posible el sello, sin saber muy bien por qué. En el interior, una sola hoja cuadriculada, con el perforado roto que denotaba que se había arrancado de un cuaderno. Le pareció bastante chapucero, aunque no lo expresó en voz alta. Desdobló la hoja, dejando al descubierto el mensaje. Lo leyó. Se quedó callado, serio, y se lo pasó a Mike:

ESTAMOS MUY DISGUSTADOS CONTIGO. Estaba escrito a mano y en letras enormes. Debajo, el dibujo burdo de una cara triste.

—Pero ¿qué coño? —dijo Mike.

Shaveson resopló. *Ni puta idea.* Arrancó. Dio unas pisadas al acelerador para hacer que el motor rugiese. Le encantaba cómo sonaba aquella máquina, pero pronto se compraría otra que tuviese bajo el capó todos los caballos del mundo.

El tipo volvió sobre sus pasos. Ya dentro del vehículo, llamó por teléfono.

—El mensaje ha sido entregado.

—Perfecto.

Y colgó.

Eso te enseñará a no jugar con Heart and Sons. Al otro lado, de pie frente al enorme ventanal de su despacho, Pocket Phone comenzó a reír, contemplando cómo las luces de la ciudad se apagaban para dejar paso a la repugnante luz natural. El cristal reflejaba su gesto desencajado.

Los dos nuevos millonarios se reunieron con Matthew Ray. A partir de ese encuentro todo resultaría mucho más sencillo y efectivo. Matty lo pintaba todo con colores limpios, de manera que Shave y Mike seguían los pasos con facilidad. Cuando quedó sobre la mesa la monstruosa cantidad de dinero que encerraba el boleto premiado, Matty comenzó a poner en marcha la maquinaria sin perder el tiempo.

Aquella primera reunión se prolongó hasta la hora del almuerzo. Matty puso especial énfasis en la necesidad de Shaveson de cerrar cuanto antes el final de su matrimonio con Deborah. De hecho, les recomendó retrasar el cobro del boleto hasta que estuviese firmado el acuerdo de divorcio, para evitar que su todavía esposa pudiese llegar a reclamar su parte proporcional. En términos de tiempo, no era ningún problema, ya que tenían hasta tres meses para solicitar el cobro del premio, y Matthew requería de un margen prudencial para montar una estructura base, un entramado de sociedades en el que camuflar gran parte de aquel dinero y preparar ciertas operaciones destinadas a minimizar las pérdidas en impuestos.

Matty también los puso en manos del mejor gabinete de abogados de Sugar Lake City, uno de los mejores del estado. Firmaron un acuerdo de confidencialidad bastante básico, y se llevaron una gran cantidad de documentación para estudiar. Matthew les informó de manera un tanto mecánica sobre el carácter integral de los servicios que ofrecía su agencia, ya que contaba con una interminable lista de asesores y personal asociado.

Salieron de allí después de tomar un copazo, con las ideas mucho más claras. Michael Rothmos insistió en ir a presentar su renuncia a Heart and Sons. Así que Shave lo dejó en la puerta de la empresa. Desde allí mismo, abrió su correo electrónico y reenvió la propuesta de acuerdo de divorcio a Matty. No se molestó en leerla, pero volvió a maldecir en voz alta al abogado.

Arrancó y se largó.

Deb tomaba el sol en la azotea del bloque de apartamentos. Allí disfrutaba de un

cóctel, echada en una tumbona de playa mientras su poli andaba patrullando por las calles de Sugar Lake City. Miró el reloj. Eran las cuatro de la tarde. Pensó que debería bajar a la casa y comer algo, pero en lugar de ello echó mano de la pequeña nevera y sacó unos cubitos de hielo y un par de botellas para servirse otro combinado. *Corto, por favor*, susurró con una sonrisa. Momentos después sonó su teléfono. Era su abogado.

—Dime, Dave.

—Buenas noticias, Deborah. —Ella guardó silencio—. He recibido una nota del nuevo abogado de Shaveson. Aceptan la propuesta para el acuerdo de divorcio.

Ella soltó una risilla triunfal. Estaba segura de que Shave firmaría su rendición sin presentar batalla, más teniendo en cuenta que no tenía mucho que hacer para defenderse.

—¿Cuándo firmamos? Tengo ganas de perderlo de vista.

—Bueno, eso ya lo has conseguido: la única condición que ha puesto es que no quiere verte. Creo que eso no será un inconveniente.

—No. No lo es. Yo tampoco quiero ver a ese perdedor.

Davros se quedó callado. En el fondo Shaveson no le caía mal. Suponía que su deseo de no encontrarse con Deb obedecía más al dolor que le había deparado la ruptura que al miedo o a ese supuesto carácter perdedor. Pero no lo expresó, en parte porque ahora quien le pagaba era Deb, y en parte porque la conocía y no quería contrariarla sin necesidad tomando parte a favor de su futuro exmarido.

Quedaron en verse en un par de horas para la firma.

La tarde se derramaba líquida sobre las rocas en el acantilado que rodeaba el faro de Southern Crew. Shaveson había aparcado el coche y contemplaba la caída del sol desde uno de los miradores. Su perfil se recortaba contra la línea del horizonte de una forma que él sólo podía intuir. En su cabeza se iban sucediendo planes, algunos más descabellados que otros, pero ante todo sentía que había llegado el momento de retomar ciertas cosas, de arreglar algunos asuntos. Una idea concreta tomó la delantera.

Asuntos pendientes. Ahora no existía la excusa de la falta de tiempo; tampoco la responsabilidad con respecto al trabajo o a Deb. En su pecho, un animal ahogado tosió, volvió a la vida y trató de escapar. Shave no terminaba de reconocer la sensación. Escupió. Cogió el teléfono y llamó a Matthew.

—Matty, dijiste que podía contar con dinero por adelantado.

En efecto. Eso había dicho. Y para su asunto pendiente quería una buena cantidad de pasta.

—Lo que necesites, Shave.

Después de todo, ya habían depositado en una caja fuerte el boleto premiado, tenían un certificado y habían hecho el seguro correspondiente. Eso era un aval que actuaba como lubricante para penetrar por cualquier orificio de una entidad bancaria.

Shave echó la vista atrás, hacia las casas que coronaban las colinas de Southern Crew, una de las zonas más tranquilas y lujosas de Sugar Lake City. Tuvo otra idea.

—Quiero una casa cerca del faro.

La luna había aparecido, dejando caer su reflejo sobre el mar, que se mostraba mucho más calmado que de costumbre. Shaveson sentía ganas de volar. Necesitaba salir de la ciudad cuanto antes.

—Me voy un par de días, tal vez más. Debo solucionar unos asuntos.

—Es muy posible que necesite tu firma para algunos temas, pero puedes hacerlo a través del teléfono. Te envió un enlace desde el que puedes configurar la aplicación para firmas digitales seguras. El papel y la tinta están sobrevalorados y se han quedado obsoletos.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Shave estaba al mando. La sensación le gustaba. Quería volver a entrenar. Quería comerse el mundo. Se despidió de Matthew y se montó en el coche. Llamó a Mike y le contó que se iba unos días a despejarse a su pueblo natal. A Mike le pareció una idea fantástica.

Paró en la gasolinera para llenar el depósito. Compró un paquete de tabaco y algunas provisiones. Luego se lanzó a la carretera. Le esperaban unas cuantas horas de viaje hasta su reencuentro con Tresno.

Aún era de noche cuando el potente rugido del coche de Shave realizó su entrada triunfal en Tresno. Aquel pueblo, claro exponente del interior rural del estado, se había adaptado a marchas forzadas a los nuevos tiempos, aunque se había quedado anclado a mitad de camino. Los grandes campos de cultivo habían reducido de forma notable su extensión. En gran medida, la economía local se había reorientado hacia la fabricación de alimentos procesados, pero los que quisieron hacer algo más allá se vieron obligados a marcharse. Era el caso de Shaveson.

Muy poco después de terminar en el instituto, Shaveson se fue a San Carlos Town para estudiar en la universidad, volviendo en vacaciones para reunirse con sus amigos de siempre, aunque cada vez por periodos más breves y más espaciados, ya que comenzaban a ganar puntos las nuevas amistades que había hecho en la facultad de económicas. Cuando Deb se cruzó en su camino, fue un golpe definitivo. Y tras terminar la carrera y mudarse a Sugar Lake City, sus visitas a Tresno quedaron heridas de muerte en el arcén de una carretera que nadie quería transitar.

Shave cogió una habitación en un pequeño hotel, cerca del antiguo instituto. No podía dormir, así que dejó su bolsa en la habitación y tomó un bocado y abundante café en el restaurante del hotel. Mientras, el amanecer puso algo de color y vida en las calles. Shaveson salió. Con el aire del nuevo día volaron a su cabeza recuerdos. El instituto se conservaba casi igual. Quizá habían pasado por su fachada varias manos de pintura, pero en líneas generales no distaba mucho de la imagen que tenía archivada en la cabeza. Caminó por aquellas aceras que en otros tiempos fueron familiares. Siguió con el paseo. Dejaba avanzar los minutos mientras el sol se elevaba a toda velocidad.

Cuando se marchó de Tresno, dejó atrás la mayor parte de su infancia y su adolescencia. Algo se rompió entonces en su interior, algo que debía morir para que otras cosas pudiesen nacer. Lo hizo en busca de una vida que soñaba y que con el transcurso de los años había conseguido alcanzar. Pero aquella vida tampoco le había reportado una felicidad estable ni duradera. Su matrimonio y

su fracaso en el trabajo eran una prueba de ello. Y sin embargo, eran aquellos pasos los que le habían llevado, de una manera o de otra, a ser millonario y libre.

Se desvió por una calle transversal cuando llegó a la esquina de correos. Estaba cerca.

En Tresno había dejado antiguos amigos, posibilidades de vida más modestas, tal vez un rol como personaje popular. Pero ninguno de esos motivos le había traído de vuelta. La mañana se había elevado ya, dejando atrás cualquier atisbo de sombra en las aceras.

Shave se detuvo frente a una hilera de casas unifamiliares. Una puerta se abrió y una chica salió a recoger el periódico y las cartas del buzón. Un perro salió junto a ella al jardín, correteando alrededor. Leena. Shaveson se quedó parado mientras ella se daba la vuelta y entraba de nuevo en casa. Se conservaba bien. Las chicas de Tresno solían engordar de forma automática al pasar de los treinta, casarse o tener un hijo. Ella cumplía los tres requisitos, pero no había engordado.

Shaveson se acercó a la casa. Tras la valla de madera, el perro, que se había quedado fuera, se acercó a él. El animal le miró, movió la cola y echó las orejas hacia atrás, emitiendo un gruñido de advertencia.

—¿Busca a alguien?

Shave se sobresaltó. El que hablaba era el vecino de Leena, desde el jardín de la propiedad contigua. Era un tipo de unos sesenta años, bastante grueso, con una prominente barriga cervecera que se veía acicalada por una camisa de cuadros y unos tirantes que le otorgaban un aire de pueblerino rancio.

—Soy un amigo de Leena. —No tenía por qué dar explicaciones, pero tampoco encontró motivo para ser del todo grosero.

—Pues el perro no parece reconocerle. —Arqueó una ceja, suspicaz. Shave prefirió no decir nada y se limitó a buscar el timbre. El hombre prosiguió—. Es muy buen perro ese. Nosotros hemos tenido muchos perros aquí, ¿sabe? —Shave asintió con un escueto *ajá*—. Al último nos lo comimos.

El tipo sacó pecho, o barriga, mientras que con los pulgares se estiraba los tirantes, orgulloso. Shave se quedó mirándolo, desconcertado, sin saber muy bien si lo último que había oído había salido de la boca del vecino o lo había entendido mal. En ese momento la puerta de la casa volvió a abrirse. Leena salió para llamar de vuelta al perro, y se fijó en él.

—¿Shave?

Ella también pareció contrariada. Llamó al perro, lo dejó dentro de casa y salió para hablar con él. El vecino de los tirantes saludó a Leena con un gesto de la cabeza y un murmullo ininteligible y luego regresó a la comodidad del hogar.

—¿Qué te trae de vuelta a este pueblucho?

Se lo decía con segundas. Siempre se lo recordaba. Una de las veces que Shave regresó de la universidad, cuando estaba a punto de terminar la carrera, le dijo a Leena que haría bien en hacer como él y buscar una salida de aquel *pueblucho*. A ella no se le olvidó, aunque tampoco lo recordaba con rencor. Era una especie de broma, pero a ninguno de los dos les hacía gracia.

—¿Puedo pasar o tengo prohibida la entrada?

—Claro. Adelante. —El gesto de Leena cambió, se relajó, y con una sonrisa le abrió la puerta de la valla.

Entraron a la casa. Al estar acompañado por Leena, el perro se acercó, algo más amistoso. Olisqueó las piernas y los zapatos de Shave. La anfitriona hizo un gesto que el animal interpretó sin demora: se apartó y fue a refugiarse en su rincón, donde unas mantas apestosas hacían las veces de cama.

Acabaron en la cocina. Ella puso café para dos.

—¿Y bien?

—Quería saber qué tal te va. Hace bastante tiempo desde la última vez.

—Cinco años, Shave. Y no has dado señales de vida.

Sonó la puerta principal, seguida de un tintineo de llaves. Shave se puso tenso, de repente. *Ya estamos en casa*. Era la voz de Lucas, el marido de Leena. Cuando entró en la cocina, lo hizo con el pequeño Henry, el hijo de los dos. Traían una bolsa de papel con donuts y chocolate caliente, listos para desayunar.

—¡Shaveson! —Lucas se apresuró en dejar la bolsa sobre la bancada y abrazó con efusiva torpeza a Shave—. Dios, ¡cuánto tiempo! ¿Qué te trae por Tresno?

A Shave le incomodó tanto cariño. Ya no estaba acostumbrado a aquellas muestras de afecto honestas y exageradas, pero trató de relajarse, pensando que Lucas siempre había sido así.

Lucas Marco formaba parte del grupo de colegas con el que se movía Shave en sus tiempos del instituto. Había sido un jugador de bolos destacado a nivel local, y cuando terminó la enseñanza media comenzó a encargarse del negocio de su padre, dirigiendo una planta de procesado de uva de una variedad muy concreta, autóctona de Tresno. Cuando su viejo decidió jubilarse y dedicar el resto de sus días a viajar, se quedó al frente de la empresa. Hasta donde Shave sabía, no le había ido mal. Tenía una pequeña flota de transporte, varios trabajadores en nómina y había años en los que, si el clima acompañaba, sacaban unos beneficios bastante respetables.

Mientras comentaban y recordaban, la familia Marco había terminado el desayuno.

—¿Qué quieres tomar? ¿Es muy temprano para una cerveza? Tengo una de trigo tostado artesanal que se sale.

—Como quieras, Lucas. Estoy de vacaciones.

Lucas sacó un par de aquellas cervezas. El pequeño Henry le tiraba del pantalón, reclamándole para salir al jardín. Le acarició la cabeza y le dijo que en seguida irían a echar unas canastas. Lucas había instalado un tablero más bajo en uno de los laterales de su más que aceptable cancha de baloncesto.

—Ese pequeño apunta alto, Shave —dijo mientras le observaba desde la ventana. El pequeño cogió la pelota y lanzó un triple que entró limpio en una de las canastas normales. La verdad es que usaba poco o nada la que Lucas había adaptado a menor altura.

Brindaron.

—Aún estoy en *shock*. —Lucas no paraba de hablar, ajeno a las miradas que se estaban dedicando Leena y Shave—. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte? ¿Tienes alojamiento? Puedes dormir en casa, ¿verdad, Leena? Estaría genial.

Leena tragó saliva y abrió los ojos como platos. Shaveson les explicó que ya se había alojado, aunque les agradecía la invitación. De todas formas, a él tampoco le hubiese resultado del todo apropiado dormir bajo aquel techo. Ella dribló la escena, dejó a Lucas y Shave intercambiando retales de vida, y comenzó a preparar una bandeja con carne y patatas para meter en el horno. Parecía abstraída, y en cierta forma era así, porque en su cabeza todo se amontonaba como los restos de un bombardeo: imágenes de Shave, de ella, de aquellas otras épocas de su vida.

Pasados unos minutos, el pequeño Henry se asomó a la puerta para reclamar a su padre.

—Voy, campeón —dijo—. Shave, ¿te animas?

Shaveson mostró la cerveza, que aún estaba a medias.

—Me la acabo y voy.

—¿Has oído eso, campeón? El tío Shave se apunta.

Shave se quedó apoyado en la bancada central. Leena, que le seguía dando la espalda mientras troceaba unas verduras con auténtico virtuosismo, rompió el silencio cuando estuvo segura de que su marido no escuchaba.

—No entiendo qué has venido a hacer aquí. Tienes una habilidad especial para complicarme la vida.

Fue bastante peor que un golpe seco de fusta en el culo.

—No es mi intención.

—Pues explícamelo. —El cuchillo atravesó la zanahoria y chocó con la tabla. Leena lo dejó y se dio la vuelta. Fue a la nevera a por más ingredientes—. Explícame por qué no sigues con tu vida perfecta y nos dejas a nosotros con la nuestra.

—Me voy a divorciar.

Leena se quedó parada, a medio camino entre la nevera y la bancada, con un par de cebollas en las manos. Volvió a mirar a Shave. Por un momento sintió haber usado el sarcasmo de la vida perfecta.

—No lo sabía.

Ella continuó con los preparativos de la comida y le dio de nuevo la espalda.

—Me gustaría ayudarlos. —Por fin lo había soltado.

Leena se puso tensa. Echó los hombros hacia atrás y movió el cuello a izquierda y derecha. Apretó la mandíbula y no dijo nada. Shave siguió hablando:

—Sé que no lo hice bien contigo, Leena. —Acabó la cerveza y le dedicó una mirada. Calló durante un par de segundos en los que pensó que era una cerveza excelente—. Pero tengo mucho dinero y puedo...

—Eres un mierda, Shave —le dijo entre dientes, tratando de no levantar la voz. La mezcla de sensaciones que le provocaba en aquel momento Shaveson Bálsamo amenazaba con hacerla estallar en un ataque de histeria—. No necesitamos nada de ti.

De pronto entró Lucas con el teléfono en la mano. Parecía eufórico:

—Shave, no te lo vas a creer. Me ha llamado Freddy Oliseh. Los chicos han quedado esta noche en los pubs para ver el partido de *Los Perros* y tomar unas birras. —Los Perros eran el equipo de fútbol americano de Tresno—. Le he dicho que estás aquí y, bueno, se ha vuelto loco. Contamos contigo, ¿no?

Los chicos. El grupo del instituto. De pronto le recorrió un espíritu nostálgico. Le apetecía. Podía ser un buen contrapunto para el sabor amargo que le había dejado el desaire de Leena; el principio de una gran noche.

Dijo que sí. *Claro que sí*. Y Lucas sacó otro par de cervezas y se fueron al jardín a echar unas canastas. Shave estaba algo oxidado, pero lo pasaron genial. Leena terminó de preparar la bandeja y puso el horno a trabajar. Luego se fumó un cigarro en la ventana mientras miraba a Shave, a su marido y a su hijo. En su cabeza, una mezcla de rabia, impotencia y deseo que hacía que le temblasen las manos y las rodillas.

Lucas casi obligó a quedarse a comer a Shave. Leena parecía estar un poco más relajada después de haberse retirado unos minutos para fumarse una trompeta de hierba que le dejó los ojos enrojecidos y una sonrisa bobalicona en los labios. Después de dar cuenta del delicioso asado, y tras una distendida sobremesa, la mujer y el pequeño se fueron a echar una siesta a la planta de arriba, y Shaveson aprovechó la situación para irse al hotel con la excusa de darse una ducha y cambiarse de ropa. No es que fuese mentira, pensaba hacerlo, pero sobre todo necesitaba salir de allí un rato. Lucas no había dejado de agasajarle como anfitrión, de una forma tan cálida, tan amable, que a Shave le había llegado a resultar violenta.

Y también estaba Leena, que se había mostrado susceptible y a la defensiva la mayor parte del tiempo, lo que contribuía a hacerle sentir aún más incómodo. Caminó de regreso al hotel, deshaciendo el camino por aquellas calles familiares y a la vez tan extrañas ya, y tuvo por un momento la tentación de marcharse y dejarlo todo sepultado. Aquel impulso duró un instante.

Se duchó. Llevaba una maleta con algo de ropa, de la que rescató algo informal, buscando parecer lo menos estirado posible ante sus antiguos amigos. La vida les había separado. Era imposible que aquel abismo de tiempo, espacio y evolución laboral y social pasase desapercibido, pero Shave quería minimizar el escalón. No sabía con exactitud cómo les había ido a todos, pero hasta donde le constaba, el que más alto había escalado era Lucas, y fue gracias a que heredó la empresa de su padre. También era cierto que había trabajado y había conseguido mantenerla. En todo caso, el puesto que había ostentado Shave en Heart and Sons traía consigo unos emolumentos que superaban con creces no sólo los de Lucas Marco, sino casi con toda seguridad el de varios de sus excompañeros juntos. Y aunque ahora ese trabajo en HS ya no existía, y los ahorros y el patrimonio derivados de él volaban hacia las garras de Deb, aquel boleto premiado le había llevado directo a otra liga, mucho más allá de la primera división.

Pensaba en cosas así mientras se retocaba ante el espejo. Durante unos

segundos le pareció que sus manos eran zarpas gigantescas, y sonrió. Su estado de ánimo se había ido enfocando hacia la sesión de la tarde. Viejos amigos, fútbol americano, cerveza, recuerdos. Casi siempre resultaba una buena mezcla, un buen plan. Ya iba siendo hora de disfrutar las pequeñas cosas de la vida. El haberse convertido en millonario no debía privarle de aquello. De hecho, en el tiempo que había trabajado para Heart and Sons se había descuidado tanto a sí mismo, se había entregado tanto al trabajo y a su mujer, que había llegado a convertirse en una especie de autómata.

Salió a la calle. El sol mostraba su lado más vespertino; amenazaba con ocultarse de un momento a otro. Recordó que en aquel rincón parecía haber menos horas de luz que en el resto del estado. Respiró con profundidad y se echó a andar con pasos firmes, elegantes.

Lo comenzaba a ver con claridad.

Cuando cobrase el dinero de la lotería, uno de los principales problemas de la mayor parte de la población estaría resuelto para él. Aunque se limitase a colocar el dinero en fondos a largo plazo, los réditos de un capital así le permitirían vivir como le diese la gana. Así que podría dedicarse a buscar la felicidad o el sentido de la existencia. Por supuesto, siempre le quedaría tiempo para arruinarse o mandarlo todo a la mierda.

Buscar la felicidad, sí. Le parecía un buen objetivo para dar comienzo a su nueva vida. Sabía que podía encontrarla en pasar tardes como la que se avecinaba, o en acudir a orgías a ciegas en barrios marginales. La felicidad podía estar oculta tras una puerta, tras unas rejas, tras las notas desafinadas de un trompetista de jazz callejero; podía esconderse detrás de un aparente mal negocio o entre las piernas de un travesti. La buscaría, y allí donde estuviese, acabaría por encontrarla.

Llegó al pub, el mítico Winter. Algunas de sus primeras borracheras tuvieron lugar allí, y desde luego, muchas arrancaron entre sus paredes, justo delante de aquella barra que se conservaba como si los años no hubiesen pasado. De pie junto a ella estaba Lucas, que le hizo un gesto para que se acercase. Con él, la figura inconfundible de Freddy Oliseh.

—Shaveson Bálsamo. —Freddy se adelantó para darle la mano y un abrazo —. Es un placer volver a verte.

Freddy siempre fue el atleta del grupo. Actualmente trabajaba en la empresa de Lucas, en labores de almacenaje y transporte. Era un tipo muy grande y corpulento, con un cerebro algo limitado, pero cortés, educado y muy buena persona.

—Sigues igual de fuerte, Fred —dijo Shave. El apretón de manos había sido contundente.

Lucas pidió que les llevaran cinco pintas de cerveza. Señaló una esquina, desde la que tenían una visión privilegiada de la pantalla. En la mesa estaba sentado, con su pelazo impecable, Joy Spiro. Al estar de espaldas a la barra, no les vio llegar. Shave le dio un toque en el hombro, y Spiro giró con brusquedad su pescuezo, agitando su media melena rubia y rizada.

—Al final no te has quedado calvo —bromeó Shave.

En la época del instituto. Joy Spiro ya cuidaba su estética mucho más que el resto de colegas, incluso más que la mayoría de chicas. Sus cabellos había sido la envidia de muchos y muchas, y los chicos del grupo, en especial Shaveson, le decían que acabaría quedándose como una bola de billar. Pero habían pasado los años y Joy seguía conservando todos y cada unos de sus pelos en el sitio que quería y con la forma que quería. Se puso en pie para darle la mano a Shave y sonrió, amanerado aunque masculino; ambiguo, desconcertante. A pesar de que en el grupo no había confirmación, y sólo conocían conquistas femeninas por parte de Joy, todos sospechaban que se tragaba alguna salchicha cruda de vez en cuando. Una salchicha con un par de huevos bien peludos.

—¿Estamos todos? —preguntó Shave antes de pegar el culo a la silla.

Era evidente que el escuadrón completo no iba a acudir a la cita. Algunos incluso habían muerto, como Lee Dakota, que acabó sus días enganchadísimo a la metanfetamina y al béisbol, o Darvie Johnson, que fue confundido con un animal salvaje durante una batida de caza. Pero quizá Shave esperaba que alguno más se hubiese unido a aquel reencuentro.

—Falta por llegar Dick —comentó Lucas antes de echar un trago largo, larguísimo, hasta apurar su pinta. Pegó un golpe con el vaso vacío y levantó la mano—. ¡Otra!

Dick, *el Gato*. Todo un personaje. Editaba el periódico clandestino del instituto. Escribía noticias locales, cuentos, rumores. La verdad es que tenía bastante chispa, y algunas voces le auguraban un futuro brillante como periodista o escritor. Pero por desgracia para Dick, la falta de suerte y de talento se aunó para dilapidar sus opciones en el terreno de las letras. De todas formas seguía escribiendo, y durante una temporada, incluso después de acabada su etapa educativa, sacó adelante alguna edición de aquel periódico clandestino y lo repartió entre los alumnos y profesores del instituto; a los primeros les daba la risa y a los segundos un poco de lástima. Al final dejó de hacerlo y estuvo a punto de ir a la cárcel cuando se descubrió que había estado pasando droga con algunos ejemplares. Dick nunca lo negó, pero como también era el camello de media plantilla de los docentes de Tresno, éstos hicieron fuerza para que se le aplicasen medidas disciplinarias alternativas a cambio de no airear el asunto y de seguir teniendo buena mercancía. Dick acabó por dejar aquello también ya que,

según decía, el tráfico de drogas le reportaba más gastos que ingresos. En su fuero interno, y esa era la oscura realidad que nunca había confesado, se sentía responsable de la muerte de muchos jóvenes del pueblo, sobre todo después de poner de moda la metanfetamina. Y entre esos jóvenes estaba su íntimo amigo y antiguo miembro del grupo, Lee Dakota.

El partido empezó, aunque sólo Freddy parecía prestarle atención todo el rato. Lucas comenzó a sacar pintas de ventaja con una celeridad pasmosa. Sus ojos estaban algo vidriosos y su lengua bizqueaba cuando, en el descanso, llegó Dick *el Gato*. Lucas se puso en pie para llamarlo, ya que había bastante gente en el pub, y Dick dejó su gabardina gris y su sombrero en las perchas de la entrada antes de ir a reunirse con los demás.

Se produjo el intercambio de saludos pertinente. Dick era el que parecía más desmejorado de todos. Llevaba una barba de varios días, estaba mal peinado y su ropa no parecía recién lavada, ni siquiera parecía lavada. Lucía ojeras muy marcadas y estaba pálido. Cuando el camarero vino a tomar nota para otra ronda de pintas de cerveza, Dick pidió una jarra de café y un vaso largo de coñac.

El partido fue dejando caer sus compases mientras los recuerdos se deslizaban entre los cinco colegas. Retrocedían en sus vidas para revivir aquellas gamberradas, sus gestas tanto dentro como fuera del instituto. La lluvia de coles podridas sobre la casa del director Spellman cuando estaban a punto de graduarse les ocupó un buen rato y les valió una dosis impagable de carcajadas. Si aquel día los hubiesen pillado, los habrían expulsado y se habrían visto obligados a repetir curso. Y estuvieron muy cerca de pillarlos.

Otra ronda. Se colaban algunas pinceladas de sus vidas actuales. Freddy Oliseh seguía mirando embobado el partido. Los Perros de Tresno iban ganando. Joy Spiro sonreía al tiempo que se colocaba el cabello tras las orejas. Dick *el Gato* observaba pensativo su vaso de coñac.

—Y tú, Dick, ¿cómo va lo de la cerámica? ¿Sigues con eso? —preguntó Lucas.

Dick aparecía y desaparecía de la vida pública de Tresno por temporadas. A veces no se sabía muy bien si seguía en el pueblo, si había vuelto a prisión o si se lo estaban merendando los gusanos. Pero siempre reaparecía. La última vez que se habían visto Lucas y él fue apenas un par de meses antes. Entonces le contó que se había asociado con una joven artista de gran talento que hacía figuras de cerámica y las decoraba. Él se encargaba de venderlas.

Dick levantó la mirada del vaso, serio, dijo un seco *no*, y volvió a mirar el coñac. Cuando parecía que se iba a quedar callado y Shave se preparaba para liberar la tensión cambiando de tema, el Gato arrancó de nuevo:

—Aquello no fue del todo bien. —Sacó un paquete de tabaco bastante maltrecho. Cogió un cigarrillo arrugado y lanzó el paquete al centro exacto de la mesa—. Pillad si queréis.

Freddy cogió uno sin apartar la vista del televisor, indicándoles al mismo tiempo que no se podían perder la siguiente jugada. *Apesta a touchdown*, dijo. Y se encendió el pitillo. Dick continuó con el relato:

—La chica estaba muy buena, pero empezó a exigirme cosas que no están a mi alcance. —Dick tenía algo especial para contar las historias. Shave, Lucas y Joy lo escuchaban con atención, aislándose del ambiente del pub—. No era nada sexual. Entendedme, claro que hubo sexo, buen sexo. —Gesticulaba de forma hipnótica con las manos. Parecía que trazaba espirales—. Al principio todo fue genial. Pero luego empezó a tratarme raro, como si yo fuese su padre, a ratos.

—Vaya con la chiquilla. —Joy Spiro la había conocido, y podía dar fe de que la joven tenía un cuerpo bastante sobresaliente—. Físicamente estaba de aprobado alto.

—Sí. Por eso traté de adaptarme. Pero una mañanaaa... —alargó la *a* hasta hacerla desaparecer en una nueva y profunda calada al cigarro. Sin expulsar el humo, dio un trago al coñac. Cerró los ojos tres segundos exactos—. Una mañana, cuando desperté, me sorprendió que no estuviese a mi lado en la cama. No era de las que madrugan. A veces echábamos un clavo a primera hora, y luego yo me iba a hacer mis cosas y ella se daba una ducha rápida y se volvía a dormir. Pero esa mañanaaaa... —Volvió a hacer lo mismo, alargando la *a* y demás—. Esa mañana no estaba.

Y se quedó callado. Miró a un lado, distraído.

—¿Y ya está? —A ninguno de los tres que estaban escuchando les cuadró mucho aquel desenlace, pero fue Shave el que se encargó de expresarlo.

Dick pareció sobresaltarse, como si su cabeza se hubiese desconectado y vuelto a conectar de golpe:

—¿Qué? Ah. No. No. —Cambió su postura, juntó los hombros y se encogió de forma leve—. Por supuesto que no. La llamé, pero el piso sonaba vacío y nadie me respondió. Sin embargo, venían ruidos de la cocina. —Miró a ambos lados, se inclinó un poco sobre la mesa y les invitó a acercarse. Bajó varios puntos el volumen de su voz—. Me la encontré bailando en un charco de sangre. Llevaba un conjunto de lencería y parecía colocada, fuera de sí. La sangre era de su perro. Se lo había cargado y creo que lo estaba cocinando.

—Joder. —Lucas Marco, acostumbrado a una esposa normal y una vida que nunca se había escapado de los parámetros de la rutina, quedó impresionado. A Shave y a Joy también los dejó boquiabiertos—. Joder. Joder.

—Sí. Joder. —Dick lanzó una sonrisa forzada—. No sabía qué hacer. Ella

abrió los ojos y me dijo que bailase. Quería que me la follase allí mismo y que luego nos comiéramos al perro.

—Jodida loca. —Joy Spiro flipaba a su manera, con una sonrisa natural en los labios—. Saliste pitando de allí, ¿no?

Dick alargó una a de una palabra que no había pronunciado. Dio una calada más al cigarro antes de matarlo en el cenicero. Volvió a hablar:

—Sí. Bueno. No exactamente. Primero follamos. Estaba nervioso por la situación, pero ya he hecho cosas rarísimas antes y he estado con tías que... Eso da igual. De una manera o de otra, me puse como un burro, y cuando le estaba dando más caña, la tía me dijo que quería que me la cargase y me la comiese. Me pidió que empezara por las tetas, así que le di un mordisco en un pezón. Y en ese momento gritó y se incorporó. Casi me arranca la polla, porque le estaba dando sobre la mesa de la cocina. Traté de preguntar si le había hecho daño, pero se me tiró encima y me gritó que *así no*. Y no me dio tiempo a reaccionar. La muy hija de puta me arrancó el pezón izquierdo de un bocado. —Hubo exclamaciones ahogadas por parte de los tres oyentes—. Y acto seguido se tiró a por el rabo. Menos mal que ahí reaccioné por inercia, por autodefensa ante el primer mordisco, y le solté una hostia que casi le volvió la cara del revés.

—Menuda situación. —Freddy se sumaba a la fiesta. El partido estaba parado. Se había producido un incidente en las gradas y podía alargarse un buen rato. Era probable que lo suspendiesen, algo bastante habitual en los partidos de Los Perros, que tenían una de las aficiones más violentas del estado.

—El caso es que terminé el polvo como pude y me largué. Me llevé el pezón en una bolsa con hielo y me lo pudieron volver a colocar en su sitio. Se ha quedado un poco raro, la verdad.

Shave dijo que tenía que ir a mear. La cerveza de momento no le estaba afectando mucho a la cabeza, pero sí a la vejiga, que parecía a punto de explotar. Freddy y Lucas se apuntaron, y Dick y Joy quedaron en darles el relevo.

Lucas comentó en los servicios que le preocupaba Dick, porque daba tumbos por la vida de una forma descontrolada; porque subía y bajaba, porque se enredaba en madejas imposibles y parecía encerrar una red cada vez más complicada de personalidades diferentes.

—Siempre es Dick, pero también es alguien más que trae consigo —dijo mientras meaban. Y a pesar de que se disculpó porque decía que iba algo bebido y quizá no se explicase bien, Shave y Freddy entendieron a la perfección lo que quiso expresar. Y compartieron, cada uno a su manera, aquella preocupación—. Pero no quiere ayuda. Dice que si quieres ser amigo del gato, tienes que dejar al gato en paz, que tienes que *dejarlo ser gato*.

A Shave le tembló la cabeza, en las capas más internas. Su gato particular

parecía pugnar por salir, por escapar a través de las cuencas de los ojos, o de la boca, pero el tamaño de sus patas se lo impedía.

Como si estuviese robotizado, soltó:

—Es muy razonable que *miauuuuu*. —Le había salido un maullido perfecto, real. Se tapó la boca, asustado, y miró a sus dos colegas, que no parecían haberse percatado. Tampoco se inmutaron los dos tipos que se estaban lavando las manos y que continuaron su charla como si nada.

—Ya somos mayorcitos para andar haciendo de padres de hijos que no quieren ser hijos. —La sentencia de Freddy les sació a los tres.

Volvieron a la mesa.

Dick y Joy se fueron y tardaron algo más en volver. Cuando lo hicieron, parecían bastante más despiertos y activos. En la tele, el partido no se había reanudado. Había humo en las gradas. La policía estaba cargando contra un grupo de radicales y el gas lacrimógeno había hecho acto de presencia antes de que las porras salieran a pasear sin compasión.

Pidieron otra ronda. La situación en el estadio estaba por completo descontrolada y el partido quedó suspendido cuando los propios jugadores de Los Perros se sumaron a la batalla campal, unos del lado de la policía y otros del de los aficionados. Freddy adelantó que se avecinaba un nuevo cierre y otra posible expulsión temporal de la liga. *Hay más ligas*, dijo, tranquilo.

Y el ambiente del pub empezó a venirse abajo de forma lenta, progresiva. Los cinco amigos decidieron que era una pena terminar la reunión así. Lucas se había animado bastante. Su voz y sus modales habían cambiado con la ingesta indiscriminada de cerveza. Propuso ir de putas, casi gritando. Shave no sabía si lo estaba diciendo en serio, pero no tuvo opción de averiguarlo, porque Joy Spiro dio en el clavo al sugerir que continuasen la fiesta en el Meta Palace, que a esas horas, cuando acababa la tarde y llegaba la noche, resultaba perfecto. Allí tenían bolera, billares, discoteca. Era el centro neurálgico del ocio de Tresno y varios pueblos de los alrededores.

Terminaron las bebidas. Pagaron y se marcharon del Winter. Shave echó un último vistazo al interior antes de salir. Sabía que podía pasar mucho tiempo antes de volver.

Cuando salieron, ya había anochecido. El cambio de temperatura era agradable, y venía acompañado por la aparición de una brisa que llegaba con cuentos de libertad. Shave respiró muy profundo. Le reconfortaba haber tenido la idea de volver al pueblo, aunque el motivo por el que se alegraba no fuera el que le había llevado hasta allí. Eso no importaba. *Disfruta del momento*, se dijo a sí mismo. Abrió los brazos. Sentía como si una lluvia de partículas radiactivas le bombardease. En el cielo, brillaban azuladas nubes con forma de culo de perro.

Eran las nueve de la noche cuando llegaron al Meta Palace. Decidieron que antes de entrar en materia era mejor llenar el estómago. Así que se acodaron en la barra del restaurante de la bolera, una especie de hamburguesería con ambiente de los setenta, y pidieron perritos calientes y patatas fritas, regadas con más cerveza y un refresco sin azúcar para el Gato.

El ambiente no era inmejorable, pero sí bastante bueno. Había mucha gente para ser un día entre semana. Shaveson contemplaba el escenario desde una distancia prudente, tratando de paladearlo todo alrededor. Estaba casi seguro de que en Sugar Lake City había muchos lugares que rebosaban vida entre semana, pero él nunca lo había vivido. Tresno era diminuto en comparación con Sugar Lake, y sin embargo, la gente parecía disfrutar de la vida.

Llegaron los perritos, las patatas y las bebidas. Brindaron.

El teléfono móvil de Shave vibraba con un mensaje de Matty Ray. Le decía que ya tenía en la cuenta el dinero que pidió. Era el que pensaba darle a Leena, aunque en ese instante no estaba por la labor. Ella no parecía dispuesta a aceptarlo. Decidió que lo pensaría después de la juerga. Quedaba noche por delante, sí.

Devoraron la comida. Tomaron café y lo pagó todo Lucas. Freddy le hizo un comentario en voz baja, y Lucas le respondió que no era el momento. Shaveson se había dado cuenta del detalle. A los dos les cambió un poco el gesto, en especial a Freddy, que frunció el ceño unos segundos, algo inusual en él.

—Vamos a echar unos billares, ¿no? —Lucas había dejado un billete en la bandeja con la cuenta—. Pero antes, voy a ponerme un poco.

Hizo un gesto disimulado que dejaba claro que iba a darse un tiritito de coca. A Shaveson se le removió algo. Un escalofrío le subió por la columna vertebral, pero no quería. Tampoco Freddy, así que ellos dos esperarían fuera del restaurante mientras Lucas, Dick y Joy iban al meadero a empolvarse la nariz.

Shave le ofreció un cigarrillo a Freddy, que aceptó y le dio las gracias. Shave se sentía tentado de preguntar qué les había pasado antes a Lucas y a él,

pero no fue necesario. El efecto de la cerveza sobre las lenguas que sienten el deseo de arrancar es contundente. Y la lengua de Freddy Oliseh, algo torpe pero enorme, arrancó:

—Algún día vamos a tener un problema.

—¿Qué?

—Ese hijo de puta de Lucas.

Shave se quedó parado. De hecho, la mano con el cigarrillo se detuvo a medio camino entre la posición de reposo y su boca. Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Qué te pasa con Lucas?

—Voy a arrancarle la cabeza a ese cabronazo si sigue sin pagarme lo que me debe. —Parecía muy enfadado. Su gesto había cambiado de repente. Shave nunca había visto al bueno de Freddy Oliseh así—. Dice que no tiene pasta, que el negocio no va, pero no pasa una sola semana sin que se vaya de putas.

—Yo... —Shave no esperaba aquella confesión—. No sé qué decir, Freddy. Me gustaría ayudar, pero...

—No, Shaveson. Tú no tienes nada que ver. Esto es entre ese malnacido y yo. —Dio una calada fuerte, airado. Tiró el humo y bufó como un bisonte.

—Vale, no es cosa mía, pero cálmate un poco. Hazlo aunque sea por mí, por los viejos tiempos. Hace mucho que no vengo por aquí y estamos pasando un buen rato, ¿no?

—Sí. Eso es cierto. —Su gesto furioso se relajó—. Pero es que estoy sin un pavo. ¿Tienes un pavo? Es decir. —Carraspeó para aclararse la voz, aunque sonó igual—. ¿Podrías dejarme un pavo?

Shave echó mano a la cartera. *Claro que sí*. En lugar de un pavo, le dio un billete de cien y le dijo que ya se lo devolvería cuando pudiese. Freddy sostuvo el billete con manos trémulas, y una lágrima de un tamaño descomunal se deslizó por su mejilla.

—Gracias. —Quiso abrazarlo, pero se guardó con parsimonia el billete mientras dejaba caer los labios con el gesto muy triste, algo infantil. Y no hubo tal abrazo.

Los otros tres llegaron del baño y, ahora sí, se fueron a batirse en los billares.

La planta baja del complejo de ocio estaba repleta de galerías de tiendas, casi todas cerradas a esas horas. La actividad se concentraba en la segunda planta. Las colas para el cine estaban repletas, y la zona de los pubs refulgía con chicos y chicas que iban y venían, algunos parecían demasiado jóvenes, lo cual llamaba la atención de Shave. En Sugar Lake City las cosas no eran así. Pero aquello no era Sugar Lake City. *Esto es Tresno*, comentó en voz baja.

Lucas se quedó mirando a una muchacha que debía andar rozando la mayoría de edad, sin alcanzarla. Llevaba un pantalon corto, muy ajustado, que dejaba al descubierto medio culo. Los ojos se le salían de las órbitas a Lucas, y sacó la lengua y se mordió los labios antes de hablar:

—Mirad a ésa. Está para darle por todas partes.

Joy se rio. Ya conocía a Lucas y sus exabruptos cuando había tomado unas copas. Dick y Freddy parecieron no escucharle. A Shave, sin embargo, no le hizo gracia. Estaba claro que Lucas había importunado a la chica, obligándola a bajar la mirada y apretar el paso para dejarle atrás cuanto antes. Además, hubo gente alrededor que miró en dirección al grupo de amigos, ya que Lucas comentó en voz muy alta lo de *darle por todas partes*. En todo caso, Shave puso cara de circunstancias pero no dijo nada.

Lo que empezaba a quedar claro para Shaveson Bálsamo, es que el mundo cambiaba, y la gente iba cambiando con él. Y aunque su impresión en primer lugar fue que el tiempo no había pasado por Tresno y por sus colegas de toda la vida, en las pocas horas que llevaba allí se había dado cuenta de que no sólo habían cambiado, sino que parecían haberlo hecho de una forma monstruosa. Trató de apartar la idea de su cabeza y para ello se echó otro cigarrillo a la boca. Sonrió. Llegaron a los billares.

En el momento en que entraron, las cuatro mesas estaban ocupadas. Había otro garito, según comentaba Joy, pero los tapetes estaban bastante peor, y las bolas eran más pesadas y pequeñas, ya que no eran normalizadas. A todos les pareció mucho mejor esperar un rato que jugar con aquellas bolas repugnantes.

Pidieron más cerveza. Esta vez el Gato sí que quiso una:

—No entiendo el billar sin una cerveza y un cigarrillo —dijo. Todos rieron. Así era Dick—. A esta ronda invito yo.

Esperaron su turno en una de las mesas, donde dos muchachos de rasgos asiáticos jugaban, dejando tirar de vez en cuando a las chicas que los acompañaban. Tenían un nivel bastante aceptable, y no tardaron mucho en dejar al grupo. Joy dijo que había visto a una amiga y que iba a saludarla, que empezasen sin él. Les venía mejor, así formarían parejas. Shave iría con Freddy.

—Nadie puede competir con el Gato. —Y rompió cuando terminaba la frase. El triángulo de bolas lisas y bicolor quedó desintegrado, se expandió como metralla por toda la mesa.

Empezó la partida. Dick y Freddy parecían estar en mejor forma que Shaveson y Lucas. Shave llevaba sin jugar al billar varios años. Lucas siempre había sido bastante paquete. Pero se divertían. Shave pagó otra ronda cuando terminaron la primera partida, que había ganado la pareja rival. Sobre la marcha, decidieron que el que perdía, pagaba. A todos les pareció bien.

Joy había desaparecido. Le habían visto hablando con una rubia altísima junto a la barra, hacía apenas cinco minutos, pero ya no se les veía a ninguno de los dos.

—Es propio de Joy —dijo Dick—. Es un follador nato.

Siguieron jugando. Poco a poco Shave se entonaba, aunque la segunda partida la ganaron más por errores de Lucas que por aciertos propios. Pagó Lucas.

La tercera se alargó un poco, porque se detuvieron en más de una ocasión a contar historias, aprovechando que nadie les había pedido la vez y podían jugar relajados. Volvieron a ganar Shave y Freddy. Pagó Dick, que recriminó en tono de coña a Lucas que estaba jugando fatal y que necesitaban una ayuda divina para ganar ahora que Shave parecía haberse sacudido el óxido.

Lucas y Dick se fueron a mear y cuando volvieron estaban visiblemente alterados. Lo que fuera que se habían metido en el aseo les hizo volar como superhéroes en la mesa. Era eso o que se les había disparado el factor suerte, pero todo les salía bien. Se reían, los cuatro. Dick y Lucas ganaron fácil la cuarta. Y entonces fue cuando la noche se torció de forma inesperada y definitiva:

—Pago yo —dijo Freddy, que echó mano del billete de cien pavos. Shave sonreía, porque pensaba que al menos le había dado una pequeña alegría al gigante, al que se le llenó la boca al decir que esa ronda corría de su cuenta.

Lucas sintió que las palabras escapaban desde su garganta:

—¿A quién le has robado el dinero, Freddy?

A ninguno de los presentes le gustó el tono en que lo dijo, ni siquiera al propio Lucas.

—¿Qué dices, tío? —Freddy se sintió tentado de dejarlo pasar, de agachar la cabeza e irse a la barra a por las cervezas, pero no pudo.

Y Lucas tampoco pudo evitar hurgar en la herida:

—Lo que oyes, Freddie. Si estás sin blanca, ¿de dónde has sacado el dinero para pagar toda una ronda de cervezas? Ni siquiera llevas tabaco. Llevas toda la noche mendigando.

Dick le dio un toque de atención con la mano sobre el hombro, le dijo que ya estaba bien. Shave cogió a Freddie, le comentó al oído que por qué no salían a fumar un pitillo, pero Freddie estaba mirando fijo a Lucas.

—Repite eso.

—Eh, vamos a dejar el tema. —El Gato trató de mediar, colocándose entre Freddie y Lucas—. Estamos un poco colocados, no es momento de...

—Sí es momento, Dick —interrumpió Lucas—. No te metas.

Freddie apretó los puños. Shave estaba viendo llegar lo inevitable. Dick

negó con la cabeza y se apartó, porque Lucas continuaba, no hacía otra cosa sino empeorar más y más la situación:

—Venga, Freddie. Si vas a quedarte callado como siempre, al menos vete a por las putas cervezas. Ya veo que no llevas bien lo de ser un sucio mendigo.

Lucas se giró para echar una ficha en el billar, con idea de iniciar otra partida. Shave le insistió a Freddie:

—No le hagas caso. Vámonos fuera. Nos fumamos un cigarro y nos relajamos. No vale la pena...

—Yo no tengo tabaco —dijo el gigante, que hablaba marcando mucho las sílabas, como si fuese un robot enfadado.

—Yo sí —comentó Shave, que hizo el primer movimiento para sacar el paquete y enseñárselo a Freddie, con idea de distraerle la atención y sacarle de los ojos aquella mirada asesina. Pero no le dio tiempo a llegar al bolsillo. Al gigante se le cruzó el cable y gritó:

—¡Freddie no es un mendigo!

Acto seguido agarró a Shave del cuello de la camiseta, lo levantó en el aire y le pegó un puñetazo en el costado. Shave sintió que todo se nublaba antes incluso de que Freddie lo arrojase sobre la mesa de billar. Dick se dio media vuelta y se fue a la barra a por una cerveza. Lucas se quedó paralizado, acojonado por la cara del gigante, que se arrojó sobre él y lo tumbó con un solo derechazo en la sien. De las mesas de alrededor acudió gente para detener la trifulca, pero Freddie Oliseh tuvo tiempo de pisar la espalda de Lucas. Cuando se agachaba sobre él para levantarlo y seguir vapuleándolo, varios clientes del pub se le echaron encima y a duras penas, entre cinco, consiguieron evitar que le arrancase la cabeza a Lucas Marco.

Shave estaba tirado sobre la mesa de billar, mirando al techo. La boca le sabía a sangre. Todo daba vueltas, y se había formado un bullicio espectacular. Giró sobre sí mismo, tratando de colocarse boca abajo para apoyarse y levantarse, pero no se había percatado de dónde estaba, y se fue directo al suelo. Cayó sobre el costado contrario al del puñetazo. Vomitó un poco y estuvo a punto de perder la conciencia. Alguien o algo lo levantó desde atrás. Volvió un poco la cabeza, pero no veía nada. La gente se arremolinaba en torno a Freddie y Lucas, al otro lado de la mesa. A él se lo llevaban en volandas. Dick observaba desde la barra cómo los guardias de seguridad del complejo entraban en tromba para hacerse cargo de la situación. Sonreía, triste.

24

Shave volvió en sí en el aseo del pub. Joy Spiro lo sostenía y le echaba agua en la cara. Dick *el Gato* estaba apoyado contra la pared.

—¿Qué tal? —le preguntó Joy.

—Estoy bien. —Se echó mano al costado—. ¿Por qué coño se ha liado la cosa así?

—Se veía venir —dijo Dick, que abandonó su postura y se acercó a Joy y Shave—. Lucas lleva meses pagando tarde y mal a Freddie, y menospreciándole cada vez que puede.

—¿Y me pega a mí?

—A ti no te ha hecho nada. —El Gato se enjuagó las manos y aprovechó para refrescare un poco la cara—. Si no llega a intervenir la clientela, a Lucas se lo hubiese cargado.

—Sí —comentó Joy—. No sé si deberíamos avisar a Leena.

—Yo paso. —Dick accionó el secamanos—. No estoy para más marrones por esta noche. Ya la llamarán del hospital.

Le dijeron a Shave que la policía se había llevado a Freddie y una ambulancia había hecho lo propio con un Lucas que parecía fuera de combate y bastante jodido.

—Vaya nohecita, ¿eh, Shave? —comentó Joy Spiro, sonriente.

Salieron del servicio y del local. La noche estaba dando sus coletazos finales. Pasaban ya de las dos de la mañana, y decidieron que volverían hacia el centro de Tresno a pie, sin prisa.

—Yo pensaba que a Lucas le iba bien con el negocio —comentó Shave.

—Hace ya un tiempo que no le va bien —dijo Joy—. Es decir, el negocio no va mal, pero Lucas se lo gasta todo en alcohol y fiestas.

—Y putas —apuntó Dick.

—Sí, y putas —confirmó Joy. Él y Dick se rieron sin muchas ganas. Shave guardaba silencio—. Leena es una santa. ¿No te ha dicho nada?

Joy sabía que Leena y Shave habían tenido mucha confianza, pero

desconocía que la relación entre ellos se había congelado en los últimos años. Shave negó con la cabeza. Joy siguió hablando.

—No sé si debería contártelo, pero en el pueblo es algo que se sabe. Tampoco te voy a descubrir gran cosa. Leena es la que consigue el dinero para sacar la casa adelante. Trabaja en lo que le sale, casi siempre limpiando, aunque también he oído que hace horas sirviendo mesas algunos restaurantes.

—Y en el hogar del jubilado de Tresno —añadió Dick.

—Cierto. Es una pena. Leena es una buena chica, pero no ha tenido suerte.

Le contaron que tras quedarse embarazada los vicios de Lucas se dispararon. Comenzó a tener problemas con algunos proveedores, aunque eso fue sólo el principio. De forma progresiva e inexorable iba quedando atrapado en un círculo vicioso. De cara a la galería, era un buen marido, un padre ejemplar, pero los allegados sabían que no era así. Con el paso del tiempo, Lucas Marco se había transformado en un despojo. Los que siempre habían sido sus amigos trataban de estar con él para que no terminara de hundirse, pero cada vez eran menos los que estaban dispuestos a pasar por alto la deleznable catadura moral que demostraba Lucas. Y seguía en caída libre, empeoraba lo que parecía imposible de empeorar. Tanto era así, que había sido capaz de sacar al monstruo que llevaba dentro, aunque muy oculto, Freddie Oliseh.

También fue responsable, en cierta forma, de la muerte de Darvie Johnson. Dick se encargó de esa historia:

—Darvie trabajaba en la empresa de Lucas. Cuando las cosas empezaron a ir mal, so convirtió en el objetivo principal de la ira de Lucas. Le machacaba psicológicamente. Además, cada vez le explotaba más. Le obligaba a hacer una cantidad de horas insostenibles para cualquiera, pero ya sabes cómo era Darvieeee... —Dick se detuvo, alargando la e—. Darvie no se quejaba, y tragaba y tragaba como si no fuese con él. Siempre tenía una sonrisa para cada desplante y para cada putada de Lucas. Incluso los compañeros de la empresa empezaron a joderle, por inercia. Todo esto nos lo contaba Freddie. Él no participaba en aquellas putadas. De hecho, el tratar de apoyar a Darvie, unido a su carácter bonachón, hicieron que Freddie se convirtiese en el siguiente cuando Darvie fue ajusticiado.

Shave miraba al frente. Pensativo. Se acordaba de Darvie Johnson. Un buen chico. Dick continuó:

—El caso es que llegó un día en que Darvie perdió la sonrisa y su gesto amable. Empezó a actuar con cierta desidia. Freddie decía que le comentó en alguna ocasión que se sentía cansado, que tenía que cambiar las cosas. Cuando nos lo dijo, suponíamos que se refería a cambiar de trabajo. Pero no fue así. De lo que sigue, el fino hilo que separa la realidad de la conjetura es muy delgado.

Casi todo se silenció. Esta noticia sólo corrió a nivel local, y se ocultó tan pronto como se empezaron a conocer ciertos detalles.

>>Darvie Johnson vivía con dos compañeros en un piso compartido. Una noche, cosió a puñaladas a uno de ellos. El otro se salvó porque estaba haciendo de reclamo publicitario de una hamburguesería, disfrazado de pollo. Si hubiese estado esa noche en casa, la furia homicida que invadió a Darvie se lo hubiese llevado por delante también.

—No tenía ni idea. —Shave estaba desconcertado y horrorizado.

—No. Claro que no. Pero no termina ahí. El otro compañero encontró el cadáver esa misma noche al regresar al piso, pasada la medianoche. La policía emitió la orden de búsqueda de inmediato. Pero pasaron los días y Darvie no aparecía. Se supo que al compañero asesinado le habían sacado el corazón, y este detalle fue determinante, porque unos días después, dos nuevos cadáveres aparecieron. Un matrimonio, asesinados los dos en la cama. A ambos les habían sacado el corazón.

>>Durante las semanas siguientes, el número de víctimas aumentó hasta la suma de treinta y cinco. Para ese entonces ya teníamos por aquí a un par de agentes federales. Dos tipos estirados, pero muy profesionales. Fueron ellos los que cercaron a Darvie y dictaminaron que se ocultaba en el bosque de Calderwood, al oeste de Tresno. También fueron ellos los que trataron de impedir que los habitantes del pueblo organizaran la batida de caza que terminó con la vida de Darvie Johnson, alegando que debía ser un tribunal el que lo juzgase. Pero fue el propio alcalde quien dijo que el juicio de Dios era definitivo y que la sentencia no podía esperar.

—Es terrible.

—Sí. Pero eso no es todo, Shave. Mi tío Frank formó parte de la batida. Y era de los que tenían que esperar a que apareciese *la presa*. Aunque hicieron un pacto de silencio, una vez, víctima de una terrible borrachera, me confesó que lo que salió del bosque, gritando, no era en realidad un ser humano. Me contó, llorando, que cuando abatieron a Darvie Johnson no tenía ropas, que su cuerpo era tres veces más grande que el de un hombre normal, y que estaba cubierto de un espeso pelaje.

—Dicen que parecía un oso —comentó Joy.

Dick asintió, sombrío.

Shave no dijo nada. Le daba la impresión de que todos en aquel lugar habían perdido la cabeza. Pensó que las personas no se transforman en bestias, al menos no de forma literal. Pero no iba a discutir. La noche estaba terminando.

La reunión estaba llegando a su fin. Shave, ahora que el frío de la situación y de la propia noche se había apoderado de sus movimientos, notaba un dolor punzante en el costado, donde le había golpeado, hacía un buen rato, el bueno de Freddie Oliseh. Dick *el Gato*, Joy Spiro y él, caminaban por las calles de la periferia de Tresno, y aunque no quedaba muy claro el porqué del paseo, tampoco parecía importar. Al menos hasta que el dolor comenzó a hacerse patente.

—Me ha dado fuerte —comentó. Su mano, en esos momentos, no se separaba del costado izquierdo; la mantenía a la altura de las costillas flotantes.

Dick y Joy se miraron y sonrieron. Fue Joy Spiro el que habló:

—Vamos a ver si te animamos, colega.

Se acercaron a un coche. Shave reconoció en aquel *Pontiac* destartado, era el mismo en el que se movían en los últimos tiempos del instituto. El coche de Dick. Sin tiempo para reaccionar, el Gato y Joy se acercaron al maletero. Dick lo abrió. El olor a col podrida inundó el ambiente. Y Shave recordó con nitidez la escena, años atrás, y se percató de que estaban en el mismo lugar, y de que sólo faltaban Lucas, Freddie y Darvie Johnson, para que fuese una reproducción casi calcada de lo que ocurrió en aquella ocasión.

La casa del director Spellman estaba en la calle paralela, a escasos cincuenta metros.

—Vamos a darle su merecido a ese cerdo —dijo Dick, con la misma sonrisa que entonces. Miró a Shave, esperando su aprobación, mientras cogía una caja y se la colocaba bajo el brazo derecho.

Shaveson Bálsamo no podía dar crédito a lo que le acababan de proponer. Joy Spiro se echó otra caja encima y le hizo un gesto para que él hiciera lo propio. Pero se resistía. Le dolía el costado, y habían pasado tantos años que pensaba con reparo en el estado en que debía encontrarse, si es que aún vivía, el director Spellman. Les transmitió sus dudas de forma tímida, pero se acercó al maletero y terminó por ahogar su argumento en el olor de las coles podridas.

Cogió la caja. Se daba cuenta de que el efecto del alcohol no había

terminado de abandonarle. Una sensación de varios lustros atrás volvió a recorrerle. Cerró el maletero y los tres echaron a andar, bordeando la arboleda que rodeaba la casa del director. Caminaron hasta situarse en la zona perfecta para el lanzamiento. Dejaron las cajas en el suelo. Ahora importaba bien poco si Spellman seguía vivo. Shave no iba a preguntar: había que bombardear la casa, sí. El dolor del costado se había desvanecido. Él mismo se decidió a iniciar las hostilidades.

El primer proyectil impactó en una ventana, y estalló en un espectáculo apestoso y casi pirotécnico. Los tres comenzaron a disparar con una velocidad endiablada. Un cristal crujió, se rompió, luego otro. Parecía que hubiese un pelotón fusilando la fachada de la casa. Se encendió una luz en la planta de arriba. Los tres colegas apretaron el ritmo de lanzamiento. Dirigieron el foco del bombardeo hacia el porche y la puerta principal. Cuando ésta se abrió, un avejentado Mario Spellman apareció, agitando su puño al aire, al mismo tiempo que se cagaba en todo. Shave tiró un par más antes de descubrir descubrir que Dick y Joy ya habían emprendido la huida. A Shaveson Bálsamo le pareció distinguir una sonrisa en el rostro iracundo de Spellman antes de salir tras la estela de sus colegas. De los labios del director salía una frase repetida, como un disco rayado y algo ronco, *sucios hijos de puta*.

Y a toda velocidad corrieron por las calles de Tresno. Dieron un rodeo de varias manzanas, arrojando al aire carcajadas. A Shave se le olvidaron el dolor en el costado, la jugada de su mujer y la putada de Heart and Sons. Por unos segundos volvieron a ser adolescentes que se jugaban la expulsión y la graduación por una gamberrada sin mucho sentido ni tintes de venganza. Porque la verdad era que Spellman siempre fue un director justo y respetable, muy cercano a los alumnos, casi como un padre para muchos de ellos, y un hermano mayor o un amigo raro para el resto. No obstante, tanto en aquella primera vez como en la de esa noche, Shave y sus colegas disfrutaron de la lluvia de coles y del daño provocado sobre la propiedad material, además del menoscabo a la moral del ahora jubilado docente.

Al final, llegaron al coche. Seguían las risas. Joy se apoyó en la puerta, a punto de echar los pulmones. Jadeaba, y comentó que ya no estaba para esas carreras. Tosió un poco y se encendió un cigarrillo. Shave conservaba gran parte de su fondo; seguía manteniéndose hasta cierto punto en forma y sintió un orgullo efímero al ver que sus compañeros de generación no podían decir lo mismo. Pero pronto su gesto se congeló, porque Dick, volvió a abrir el maletero y sacó una escopeta de asalto y un chaleco antibalas. Se colocó un machete en el cinturón y se abrochó un arnés del que colgaban varias pequeñas granadas esféricas; a continuación se ajustó una funda con dos pistolas automáticas.

—No me mires así —le dijo a Shave—. Sabías de sobra cómo terminaría esto.

Pero Shave no sabía cómo terminaba. No sabía qué pensaba hacer Dick con las armas. Tampoco tenía intención de preguntar, o de frenarlo, porque empezaba a sospechar que estaban todos zumbados y que podía pasar cualquier cosa. Joy parecía haberse quedado impresionado, como él, y mientras Dick se aplicaba unas pinturas de camuflaje y canturreaba, cogió a Shave por el brazo y le susurró que deberían marcharse.

—Sí. Esto no va con vosotros.

Shave se sorprendió, igual que Joy. El susurro había sido inaudible, pero Dick lo había oído.

—Esto es algo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Hay un momento en que el gato debe dejar paso a otros gatos, pero debe hacerlo a lo grande.

—No hagas ninguna locura. —A Joy se le escapó. No quería que su mejor amigo acabase mal, aunque en el fondo siempre supo que no podía acabar bien.

Dick miró a los ojos a sus colegas, primero a Shave, luego a Joy, y les dedicó una sonrisa. Se había pintado la cara con un maquillaje que no era exactamente de camuflaje, con una especie de sonrisa de payaso siniestro, ojeras de cadáver y manchas como las del pelaje de un animal. También se había colocado unas lentillas que habían transformado sus ojos en los de un felino. En su boca podían adivinarse de forma fugaz unos colmillos postizos.

—Tenéis diez minutos. Luego se desatará el infierno. Podéis llevaros el coche. Ya no lo necesitaré. —Le lanzó las llaves a Joy. Cogió otra arma del maletero, un subfusil con un cargador más largo que el cañón. Se lo colgó a la espalda y se giró, presto a perderse en las sombras—. Ha sido un placer compartir esta última noche con vosotros. Nos volveremos a ver. Hasta entonces.

Y echó a correr, con pasos amortiguados, silenciosos. Desapareció de la vista de Shave y Joy en cuestión de segundos. Joy Spiro no perdió el tiempo. Se subió al coche, se colocó al volante y le dijo a Shave que ocupase el asiento de al lado.

—¿No crees que deberíamos hacer algo? —preguntó Shave son tras abrocharse el cinturón de seguridad.

—¿Algo? —Joy arrancó. Inició la marcha despacio. El motor parecía un poco frío, o demasiado viejo para mostrarse con nervio—. ¿Algo como qué?

—Llamar a la policía, por ejemplo. Dick será un colega del instituto, pero lleva encima un arsenal y no sabemos muy bien qué va a hacer.

—Bueno. Ese no es mi problema. ¿Sabes? Deberías dejar que las cosas fluyan.

Shave no terminaba de creerse lo que estaba pasando a su alrededor, casi desde que había pisado Tresno. Además, seguía borracho. Joy continuó hablando.

—¿Quieres que tomemos una última? Conozco un local que cierra de cara a la galería, pero puedes entrar si eres de los habituales, y allí siempre te sirven una copa...

—No, Joy. Gracias, pero estoy bastante cansado. —Observó el reloj—. Y es tardísimo.

—Sí. Es tarde. —Miró al frente, pensativo—. El hotel junto al instituto, ¿verdad?

Shave asintió. Se quedaron en silencio unos segundos, hasta que Joy retomó la palabra:

—¿Me aceptas al menos un pitillo en el mirador?

—Claro, Joy.

Claro. Les pillaba de camino, y Shave tenía la impresión de que pasaría mucho tiempo antes de que regresase a Tresno, y de que para ese entonces tal vez no tuviese ganas, o posibilidad, de volver a ver a sus antiguos colegas. En su cabeza había una lucha de ideas, entre si había acertado o se había equivocado al hacer el viaje, en especial sobre si hizo bien al ir a ver el partido junto a sus colegas en el Winter. Las sensaciones que le había dejado el encuentro no eran positivas. Aunque también se había reído y había almacenado una buena cantidad de recuerdos memorables. Lo consultaría con una nueva almohada que pensaba comprar cuando volviese a Sugar Lake City.

Llegaron al mirador. Bajaron del coche y se pararon junto a la valla de madera. Desde allí tenían a la vista los campos de Tresno y la mayor parte del pueblo. A esas horas, como era lógico, los campos permanecían en oscuro silencio. Las calles estaban iluminadas de forma débil, y se respiraba una paz inquietante. Se encendieron los cigarrillos. Observaban el horizonte, con la vista un poco perdida, sin mirar nada en concreto.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Joy. El humo que salía de su boca le daba un aire diferente a las palabras.

—¿A qué te refieres?

—A esto. —Señaló con la mano que sujetaba el cigarrillo en dirección al pueblo—. Reencontrarte con Tresno, con el pasado, con nuestro presente.

—Pues no voy a engañarte. Ha sido bastante raro.

—¿Por qué dices eso? —Joy parecía decepcionado.

—No esperaba tantos cambios. Esa historia entre Freddie y Lucas... —En ese instante recordó que debería ir al hospital a interesarse por la salud de Lucas, pero por otro lado, algo en su interior le decía que era mejor dejar las cosas

como estaban. *Dejarlas fluir.*

—Todo va cambiando. El pueblo no es el mismo, Shave. Los que hemos seguido aquí hemos cambiado también. Tú te has marchado, tu concepto de nosotros se detuvo y pudiste desear que cuando nos reuniésemos todo fuese *como antes*, como siempre. Pero nada es igual. Todos hemos sufrido... — Pareció regurgitar la palabra—. Transformaciones.

—Sí. Tal vez sea eso. No pretendía molestarte.

—No lo has hecho. Suele ocurrir lo que te digo. La gente que lleva tiempo sin verse cae en la trampa de pensar que sólo es su propio universo el que ha avanzado. Pero todas las historias avanzan.

—Es verdad. —Dio una calada al cigarro y se llenó los pulmones de humo—. Si quieres podemos ir a tomar esa copa.

Joy sonrió, pero un segundo después deshizo la sonrisa y frunció el ceño mientras miraba al cielo, que había comenzado a clarear. Se trabó un poco antes de comentar, nervioso:

—Mira. Parece como si estuviera amaneciendo.

—Está amaneciendo, Joy. ¿No has visto la hora que es? —Le mostró el reloj. En la esfera blanca, rodeada de un marco dorado, las agujas señalaban las horas con placer.

Pero Joy no veía nada. De pronto se agazapó. Siseó. Maldijo mientras miraba alrededor, buscando algo.

—Esto no puede estar pasando —dijo, y comenzó a dar pasos cortos e indecisos, sabedor de que aunque corriese no encontraría el cobijo que ansiaba.

Un rayo de sol escapó de la línea del horizonte y se dirigió hacia ellos. Joy corrió despavorido. El rayo le alcanzó por la espalda y Joy se detuvo de forma brusca. Cayó de rodillas, gritando. Y explotó.

Shave perdió pie y se fue al suelo, más por el susto que por la débil onda expansiva. Cayó sobre las posaderas y consiguió apoyar las palmas de las manos para amortiguar el golpe.

—¡Mi puta madre!

En el aire había un humo espeso, hediondo. Penetró en sus fosas nasales y le dejó un regusto pastoso, como de aceite quemado, en la garganta. Se tapó la boca y la nariz de forma instintiva. Los ojos se le irritaron casi de inmediato.

Se puso en pie. Le temblaban las piernas. Se acercó a Joy, o a los restos de Joy. Sólo había ropa desgarrada cubierta de sangre y trozos de algo parecido a carne, de aspecto gelatinoso y negruzco. Y aquella peste malsana, que traspasaba sin dificultad la manga de la camisa que estaba usando a modo de mascarilla.

Negó con la cabeza. Miró alrededor. No supo qué hacer con aquel asunto, y decidió echar a correr.

Shave despertó en la habitación del hotel, aunque no tenía del todo claro cómo había llegado hasta allí. En la boca y en la garganta tenía un regusto a grasa vieja y chamuscada, como si hubiese pasado la noche lamiendo los conductos de extracción de una cocina. Se incorporó hasta sentarse, y a su cerebro llegaron imágenes imposibles de la noche, mezcladas con un potentísimo pinchazo que le atravesaba la cabeza. Sonrió y apretó los dientes al mismo tiempo mientras pensaba en Joy Spiro explotando al alcanzarle el primer rayo de sol del amanecer. Estaba claro que en algún momento de la reunión con sus colegas debió tomar algo que no le había sentado del todo bien.

Pensó en llamar para pedir el desayuno, pero prefirió ponerse en movimiento cuanto antes. Si desayunaba en la cama volvería a quedarse dormido. Estaba machacado por la resaca. Se refrescó, enjuagándose la cara con agua helada, y se lavó los dientes varias veces para tratar de sacarse aquel sabor a amigo carbonizado de la boca. Cuando consiguió unos resultados más o menos satisfactorios, bajó a tomar un café.

Pidió una jarra entera y se fue sirviendo una taza tras otra. Llamó a Matty Ray, que le explicó cómo hacer uso del dinero de la nueva cuenta sin necesidad de acudir al banco ni de usar tarjetas. Gracias a la aplicación para el móvil que le había enviado, sólo tenía que autorizar la operación y se creaba un enlace que funcionaba como un cheque. Shaveson sonrió al comprobar que no se había equivocado al confiar en la eficiencia de su antiguo compañero de facultad.

—Gracias, Matty.

—Para eso estamos, Shave. ¿Cuándo vuelves?

—Pronto.

Nos vemos. Adiós.

Shave cogió el coche y fue directo a casa de Leena y Lucas. No sabía si la encontraría allí, pero cuando aparcó la vio sentada en una hamaca en el porche delantero. Estaba fumando. Shave la llamó desde la valla y ella le hizo un gesto con la mano, indicándole que pasara. Al no haber señal del perro, Shave entró más tranquilo. Se acercó a Leena y no le sorprendió recibir un penetrante olor a

marihuana. Ahora la entendía un poco mejor, teniendo en cuenta la vida que había llevado. La realidad se había revelado en pocas horas, durante la reunión del día anterior con sus antiguos colegas. No era la vida que Shave había imaginado, y suponía que tampoco era la que ella había planeado o soñado para sí misma...

—Buenos días, Leena.

—No tienen nada de buenos —respondió, lánguida. Parecía que además de fumar había bebido. Le ofreció el porro a Shave, que declinó el ofrecimiento sin abrir la boca—. Acabo de venir del hospital. A Lucas le dieron una paliza anoche.

Shave se quedó callado. No sabía qué decir. Pensó que tal vez lo mejor fuese no decir nada.

—He dejado al niño y al perro en casa de mi madre. Los médicos han hecho una primera operación de urgencia porque se estaba desangrando, algo interno. ¿Tú no sabes nada de lo que le pasó?

—En realidad... —En realidad no quería mentirle, y dejó salir la verdad—. Estaba delante. Freddy me dejó fuera de combate y luego fue a por Lucas.

Ella le miró, con gesto serio y embobado. Echó otra calada al petardo y contempló la nube de humo que había exhalado con asco y rabia. Luego dirigió la mirada al techo y antes de hablar:

—Ya lo sé. La policía vino a buscarme, y camino del hospital me contaron la historia. Me dijeron que hay testigos y me preguntaron si quiero denunciar, porque saben que Freddy es amigo de la familia. En los pueblos todo se acaba sabiendo, Shaveson.

Shave se dejó caer sobre una silla de madera, justo al lado de Leena, que seguía mirando hacia arriba, ausente. Ella continuó:

—Me han dicho que tiene la columna vertebral destrozada. —En ese punto su voz se vio algo quebrada por un nudo que amenazaba con hacerla llorar, pero calló unos segundos y tragó saliva. No lloró—. Dicen que harán todo lo posible, pero que dan casi por perdida la movilidad de las extremidades inferiores.

—Joder.

Shave se quedó clavado. Rebuscó en su cabeza, pero las frases hechas que se solían gastar en este tipo de situaciones le supieron a mierda. Leena se lo puso fácil:

—Le estoy dando muchas vueltas, pero no sé cómo voy a hacer para salir adelante. Si no fuese por mi hijo lo habría mandado todo a la mierda hace mucho.

—¿Lo quieres?

—¿A mi hijo? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—No, joder. A Lucas.

Leena se quedó descolocada. Su rostro, tenso, comenzó a relajarse. Le hizo un gesto a Shave y le dijo que era mejor hablar dentro. Fueron a la cocina. Ella puso un par de cafés y unos chupitos de *whisky*.

Shave le dejó tiempo a Leena para masticar sus pensamientos. Ella se tomó el chupito y removi6 el café con parsimonia, con una media sonrisa triste en los labios.

—Las dos últimas veces que has aparecido por mi vida has desatado cataclismos.

Aquella confesión pilló a Shave desarmado, no porque no lo supiese, sino porque no esperaba que saliese de forma tan clara de la boca de aquella Leena tan anestesiada.

—No estoy enamorada de Lucas. Nunca he sentido por él otra cosa que cariño. Pero al final acabamos por salir juntos y una cosa llevó a otra.

Shave se bebió su *whisky* y llenó los dos vasos. Leena continuó.

—El problema es que no ha terminado de ser nunca el hombre que yo esperaba. Cuando nació Henry, se perdió, y hasta el cariño que yo sentía por él se fue. Sé muchas cosas de Lucas que no imaginarías. Putas, drogas. Acabó por ignorarme como mujer. Dejó de traer dinero a casa y yo tuve que ponerme a trabajar en cualquier cosa para que a nuestro hijo no le faltase nada. —Le dio una calada al petardo, tomó un sorbo de café y siguió hablando tras una pausa de unos segundos—. Y ahora sí que no sé cómo enfrentarme a esto. Si se va a quedar lisiado, ¿qué se supone que tengo que hacer? Porque tengo claro que no hay amor entre nosotros. Eso lo sabemos los dos. No sé ni por qué hemos seguido juntos.

—La mayoría de las veces es sólo costumbre, Leena. No voy a decir que Lucas merezca lo que le ha pasado, pero lo que tengo claro es que no merece a una mujer como tú.

Leena echó otro trago de la taza de café sin dejar de mirar a los ojos a Shave, que prosiguió:

—No sé lo que quieres hacer con tu futuro. Tampoco creo que esté en condiciones de darte lecciones o consejos. Mi vida, de hecho, ha desembocado en un desastre increíble cuando pensaba que la tenía bajo control. —Sin venir a cuento, ella extendió su mano y la colocó sobre la de Shave. Él se quedó callado un par de segundos. No quería darle importancia al gesto de ella, aunque por un momento pensó en la posibilidad de dejarse llevar hacia donde apuntase aquella situación—. Te dije que quería ayudarte. Déjame hacerlo.

Shave sacó su móvil, tecleó y le envió un mensaje a Leena.

—Mira tu teléfono. Esa es mi manera de echarte un cable. No sé arreglar las

cosas de otra manera a día de hoy. Tampoco estoy, como te he dicho, en condiciones de ofrecerte mi asesoramiento personal —comentó con una sonrisa forzada—. Podría empeorar las cosas. Es mejor que no te cuente lo mal que lo he hecho en mi matrimonio.

Leena cogió su teléfono y abrió el mensaje. En él aparecían una serie de datos y una cantidad que hizo que el colocón de marihuana desapareciera de golpe.

—¿Qué es esto, Shave?

—Es dinero, Leena. Puedes hacer lo que quieras con él. Incluso puedes no cobrarlo. Eso sí, el código tiene una validez de un mes. Si decidieras hacerlo efectivo después de ese tiempo tendrías que decírmelo para enviarte un nuevo mensaje, ya que por motivos de seguridad la aplicación...

—¿Esto es una broma? —interrumpió ella.

—Es sólo dinero.

—Es mucho. Más de lo que valen esta casa o de lo que ganaría trabajando toda la vida.

—No sé lo que ganas al año, pero sí, supongo que es probable.

Leena estaba temblando. El efecto del porro no ayudaba a que las ideas fluyesen con libertad. Quería darle las gracias, quería abofetearlo, quería darle un abrazo, un beso y una patada en la cara. Miró otra vez el mensaje, con todos esos ceros, miró a Shave, y no se lo acababa de creer. Se le pasó por la cabeza decirle que no podía aceptarlo, pero una voz ahogó a la conciencia y le dijo: *cállate, hija de puta*. Decidió expresarlo, diciéndole a Shave que no sabía qué hacer ni qué decir.

—No sé qué hacer, ni qué decir.

—No tienes que hacer ni decir nada, Leena.

Shave se sentía como un dios en ese momento. Un dios piadoso y caritativo que solucionaba los problemas que provocó con sus errores del pasado a base de magia. Se puso en pie. Abrazó a Leena, que estaba llorando, aunque de una forma bastante sutil. Ella correspondió, con fuerza. Musitó un *gracias*, y Shave pensó que era la hora de irse, porque empezaba a sospechar que si se quedaba acabarían por enredarse en algo complicado que no favorecería a ninguno de los dos.

—Me tengo que ir.

Ella no puso ningún inconveniente. Sabía que Shave aparecía y desaparecía de su vida y que no podía ni quería hacer nada por romper ese ciclo en uno u otro sentido. La imagen que tenía de él se había desplomado y reconstruido tantas veces que había perdido la cuenta. Y una vez más, en un corto espacio de apenas veinticuatro horas, habían vuelto a montarse en aquella montaña rusa que

parecía perseguirles cada vez que se habían cruzado en el transcurso de los últimos años.

—No me gustaría que volvieres a desaparecer durante años —dijo ella—. Aunque ahora supongo que yo también tendré que buscar mi sitio.

—Tómate tu tiempo. Al menos ya no tendrás que partirte la espalda trabajando por sueldos miserables. Tú vales bastante más que eso.

Shave siempre había tenido fe en Leena. Era ella la que no había querido salir de Tresno, a pesar de que siempre tuvo las condiciones para hacerlo. Shave era consciente de que había gente que no necesitaba volar alto para alcanzar la felicidad, pero estaba claro que Leena no la había conseguido. No obstante, él no era el más indicado para decirle qué hacer y qué no hacer. Ya lo intentó años atrás, cuando quiso que ella le acompañase en la aventura en la universidad. A partir de ahí sus caminos se separaron. Y algo dentro de ellos tomó una distancia irreconciliable. Aun así, cuando se volvían a encontrar, siempre saltaba algún tipo de chispa.

—Creo que eso que has dicho, lo de la costumbre, me ha hecho ver que no quiero seguir como estaba.

—Si necesitas algo, te ayudaré en lo que pueda.

—Ya has hecho mucho, Shave. Más que nadie. Y no lo digo sólo por el dinero. —Aunque, a decir verdad, era sobre todo por el dinero.

—Tengo que irme.

Y lo decía en serio. Algo le estaba presionando por dentro, y no tenía ganas de complicarse de nuevo, no ahora que acababa de salir de una relación tan tóxica y fraudulenta como la que había mantenido con Deb. También era cierto que si su idea era no complicarse no debería haber hecho el viaje a Tresno. Pero estaba decidido a marcharse y Leena le conocía lo suficiente como para dejarle el espacio exacto que necesitase.

Ella se acercó. Volvió a darle las gracias y le dio un beso.

—Cuando quieras, llámame —dijo él.

—Hasta nueva orden, ¿no? —Rieron, los dos.

Justo antes de salir por la puerta se dieron un último abrazo, y casi tuvieron que despegarse para que Shave abandonase la casa. No quiso mirar atrás. Ella le observaba desde la ventana. Shave se subió al coche y respiró con profundidad unos segundos. Un bombardeo de ideas sacudió su cabeza. Arrancó. Pasaría por el hotel a pagar la cuenta y recoger sus cosas, y luego emprendería el viaje de vuelta hacia *Sugar Lake City*.

Leena le vio partir. Algo dentro de su pecho se había removido. Algo roto y recompuesto. Una vez que el coche se perdió en el primer cruce, fue a la cocina y volvió a mirar el mensaje: aquella cantidad de dinero. Se sentó. Retomó el

porro y se sirvió otro café y otro *whisky*.

Contempló su reflejo en la puerta de acero inoxidable pulido del frigorífico. Se sonrió a sí misma, con la cabeza inundada de planes para una nueva vida. Cogió la mochila que había preparado antes de que llegase Shave, cuando se había derrumbado y no tuvo otro remedio que salir a fumarse aquel mismo petardo al porche. Cayó en la cuenta de lo curioso de la situación. Se estaba fumando la otra mitad del porro en unas condiciones tan diferentes, en tantos aspectos, que sería complicado expresarlo.

Se echó otro chupito. Brindó por Shave, por el futuro; por ella misma y por el pequeño Henry. Lucas no estaba en su brindis.

En el hospital, Lucas Marco estaba despertando de la anestesia. Fue un despertar un tanto brusco. Estaba solo. No tardó en aparecer una enfermera que le hablaba, aunque él no escuchaba las palabras con nitidez. Sonaban distorsionadas. Recordó cómo la mole de Freddie se le echaba encima, y luego no había nada más, hasta ese momento en que acababa de despertar.

—¿Quién...? —preguntó.

La enfermera inclinó su cabeza y siguió moviendo los labios mientras Lucas emitía gorjeos ininteligibles. Le colocó la mano en el pecho, en un gesto tranquilizador y se retiró.

Lucas quiso moverse, pero estaba paralizado; anestesiado, sedado. Quería sacarse aquellos tubos. Llevaba hasta una máscara para respirar. Freddie Oliseh se arrepentiría de lo que había hecho. Le despediría nada más salir de allí.

Volvió la enfermera, acompañada por otro tipo, un doctor, un tipo bastante elegante ataviado con una impecable bata blanca. Seguía sin entender una sola palabra de lo que decían. Hablaron entre ellos. La enfermera se inclinó sobre él y le puso unas gotas en la lengua. Lucas notó cómo su organismo se aceleraba. La vista se le aclaró, los oídos parecieron empezar a procesar los sonidos de alrededor con mayor nitidez.

—¿Puede oírme? —preguntó el médico.

—Sí —trató de responder, pero sonó un ruido extraño saliendo de su garganta. El tipo llevó su mano hacia adelante e hizo un gesto para que Lucas se calmase.

—Relájese, Señor Marco. Soy el cirujano que ha estado a cargo de la primera intervención de urgencia que se le ha realizado. Tengo que informarle...

Y le informó. Aunque el cirujano no fue tajante, Lucas recibió la noticia de su tetraplejía con unas lágrimas bastardas asomando a sus ojos. Lo cierto es que el doctor era muy profesional, incluso tenía un par de cursos de psicología orientados a facilitar la asimilación de este tipo de noticias por parte de los pacientes y de los familiares. Le vendió una historia acerca de rehabilitación y

las posibilidades que ésta le ofrecía. Lucas Marco volvió a escuchar sonidos codificados en lugar de palabras. No quería oír nada más. Trató de expresarlo, pero un chapoteo sordo se escapaba por el agujero de la traqueotomía.

—No se preocupe. Aprenderá a hablar. Aprenderá a hacerlo todo de nuevo, señor Marco. Le ayudaremos.

Pero Lucas sólo tenía ganas de levantarse y matar a Freddie Oliseh por haberle jodido.

El cirujano se despidió. Prometió que volvería en unas horas, y comentó que muy pronto empezarían a planificar la recuperación. La enfermera se quedó un rato, aunque no mucho más. Le dedicó unas palabras cariñosas, vacías, y le puso una nueva botella de suero.

Luego se fue. La habitación estaba en penumbra, y Lucas se quedó solo. Se preguntó dónde estaría Leena. Había anochecido. Pensó que debía estar fuera, que no tardaría en entrar. Pero pasaron los minutos. Pasó un tiempo que se le antojó bastante mayor a una hora. Y Leena no apareció. La maldijo. Ella también era culpable.

Y entonces oyó un maullido intenso, profundo, taladrándole los sentidos. Pudo oírlo, pero también saborearlo, olerlo. Y entonces vio paseando junto a la cama la imagen inconfundible de una cola de gato. Trató de girar la cabeza, pero la tenía inmovilizada, fijada a los hombros por unos anclajes. Otro maullido. Y entonces tuvo frente a frente la cara de un felino que le mostró, desafiante y sonriente una pata delantera enorme. El animal miró a la puerta, para asegurarse de que nadie miraba a través de la ventanilla. Sacó las uñas de aquella patata, y también eran gigantescas.

—Hazlo —quiso decir Lucas. No quería vivir así.

No pudo proferir la palabra, aunque el gato lo entendió; de todas formas tampoco necesitaba la anuencia de Lucas para actuar. De hecho, habría disfrutado más si hubiese tratado de resistirse. Sin mediar maullido, introdujo con rapidez la garra en la boca de Lucas, clavó las uñas y con un fuerte tirón le arrancó la lengua de cuajo. Lucas comenzó a ahogarse de inmediato, pero el gato no se contentó. Se llevó la lengua a la boca y comenzó a masticarla, hasta que la liberó de la zarpa. Saboreaba el instante; Lucas podía verlo. Y como podía verlo, el gato se colocó sobre él. Era un gato anormalmente grande, y en su mirada había algo más que una simple mirada felina. Siguió masticando la lengua, se levantó sobre las patas traseras y mostró las uñas de las dos delanteras. Lucas se estaba marchando, pero tuvo tiempo de sentir como el animal le clavaba las garras en los ojos y se los vaciaba, o se los destrozaba. No lo supo con exactitud.

La máquina de soporte vital pitaba de forma frenética a esas alturas. Cuando entró la enfermera, muy poco después, el pitido era lineal. Lucas

sangraba por la boca y por los ojos, y tenía toda la cara arañada. No había ni rastro del felino. La enfermera comenzó a gritar y no tardó en caer desmayada. Mientras tanto, el gato escapaba de las instalaciones del hospital haciendo uso de los conductos del aire acondicionado.

Shave estaba conduciendo. Llevaba ya dos horas de camino cuando sonó su teléfono. Era Leena. Conectó el manos libres.

—Dime.

Al otro lado sonaba una respiración nerviosa:

—Me han llamado del hospital. Han tenido complicaciones. Lucas ha muerto.

A pesar de tener claro que ya no lo quería en su vida, y de que Lucas fuese un hijo de puta, Leena no se alegraba de su muerte. Shave tampoco se alegró.

—Miaaaaau —respondió.

Shaveson Bálsamo regresó a Sugar Lake City.

Los días siguientes fueron bastante ajetreados. Se alojó en un hotel, a la espera de encontrar una vivienda que se ajustase a sus necesidades de ese momento. El tema del divorcio se había solucionado en un tiempo récord, y estaba esperando el visto bueno definitivo para cobrar su parte del premio. Tampoco tenía prisa. Disponía de dinero suficiente para vivir con todas las comodidades, merced al generoso adelanto que le había proporcionado la entidad bancaria.

Leena llamó a Shave casi una semana después de su despedida, para comentarle que había tomado la decisión de vender la empresa y la casa y marcharse de Tresno con Henry. Le habló sobre el funeral de Lucas y le preguntó si quería que le enviase algunas fotos que hizo en el velatorio. Él le dijo que no era necesario. También le contó que Joy Spiro y Dick *el Gato* no habían hecho acto de presencia, pero no le dio mayor importancia. Por supuesto, Freddie estaba en prisión de forma provisional hasta que se celebrase el juicio. En vista del panorama que se había encontrado en su breve visita a Tresno, Shaveson no pudo hacer otra cosa que darle la razón a Leena y la apoyó en su decisión de marcharse lejos del pueblo. Ella no tenía muy claro a dónde iba a dirigir sus pasos, pero condicionaría su próximo destino a las opciones educativas que ofreciesen a su hijo. A Shave también le pareció una buena idea.

Por su parte, Mike Rothmos había iniciado, a través de la agencia de Matty Ray, las negociaciones para adquirir en propiedad el ático en el que vivía de alquiler. Ahora podía permitirse algo mejor, pero le tenía cariño a aquellas vistas, y no dejaba de ser una vivienda de lujo. Se había despedido de Heart and Sons, que le facilitó bastante el trámite y no le obligó a cumplir con la cláusula por la que debería haber informado con quince días de antelación. También era cierto que Mike había dejado claro desde el primer momento que renunciaba a cualquier tipo de indemnización, y firmó sin problemas varios acuerdos de confidencialidad. Estaba decidido a disfrutar de la libertad que les había brindado la lotería. Había hablado con un familiar que trabajaba en una reserva

en las montañas del Devil Park, al norte del país. Pasaría unos días allí para aislarse de todo y descansar. Le sugirió a Shave acompañarle, pero a éste no le apasionó la oferta y declinó la invitación con un agradecimiento.

Y así, los días pasaban.

Seis días después de haber enviado el acuerdo de divorcio, todo se había resuelto de forma favorable. Deborah Fowler recibió la noticia mientras se compraba un nuevo par de zapatos en una tienda del centro. Se sintió mucho más poderosa, de repente, y le dijo a su abogado que quería ir cuanto antes a revisar su casa para ver si Shave había jugado limpio. Le sorprendía no haber tenido noticias directas de su ya exmarido, y aunque se alegraba por haber salido ganando y no haber tenido que pelear ni negociar, no terminaba de cuadrarle que Shaveson no se hubiera arrastrado, o que al menos se hubiese resistido a perderlo todo.

Pudieron acceder a la casa aquella misma tarde. Davros la acompañó, y se llevaron consigo a un notario para levantar un acta del estado de la propiedad y de los bienes para el supuesto de que hubiese que realizar algún tipo de reclamación.

La vivienda estaba desordenada y sucia, con los restos de la última juerga que se dieron como homenaje Mike y Shave; había algunas cosas destrozadas, pero no faltaba nada, a excepción de las ropas de ambos. A Deb, a Davros y al notario les llamó la atención que Shave se hubiese podido llevar la ropa de Deb, sin sospechar que la había quemado en la barbacoa del jardín trasero, pero ella dijo que la ropa le daba igual. El notario les señaló el televisor descuartizado en mitad del salón. De nuevo Deb dijo que no le importaba.

Dieron una vuelta por la propiedad. Era una casa enorme, situada en una urbanización para gente de clase media alta. El notario rompió su silencio para hacer una observación, que fue tal vez un pensamiento en voz alta:

—Debe costar una buena pasta mantener esta choza. —Y cerró la boca de golpe.

El tipo volvió a sus anotaciones, como si buscase refugio en ellas, y se sonrojó. Deb y Davros se miraron, pero no dijeron nada. Terminaron el paseo por las diferentes estancias, y mantuvieron un cruce de comentarios insulsos en el despacho. El notario apuntó que necesitaría un rato para realizar un inventario detallado, y mientras tanto, Deb y el abogado salieron al jardín trasero para hablar. Allí, Davros vio que el rostro de ella había cambiado, y preguntó:

—Estás un poco seria, Deborah. ¿Qué ocurre?

Ella le hizo un gesto para que la siguiese hasta la barbacoa. Allí tenía bebidas, y se sirvió un *whisky* solo, sin hielo. Davros pidió lo mismo. Entonces ella dijo:

—Eso que ha dicho tu amigo, el notario.

—¿El qué?

—Sobre el dinero que cuesta mantener esta casa. No lo había pensado hasta que ese gilipollas ha abierto la boca.

—No entiendo a dónde quieres llegar. ¿Te ha molestado? —Davros estaba al borde de quedar en fuera de juego. Podía estar ante uno de los numeritos de Deborah Fowler.

—No. No me ha molestado. Pero no había pensado en el dinero que se traga esta puta casa al año. Y yo no tengo ingresos.

—Bueno. El acuerdo de divorcio te deja en una posición bastante buena, y dispones de una cantidad...

—¿Y luego qué? —interrumpió—. El dinero se agotará, ¿no? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Trabajar, pensó Davros, pero no quiso decirlo. Le dio un trago al *whisky* y se encogió de hombros. Le pareció la opción más saludable. Ella siguió hablando.

—Llevo años sin tener necesidad de buscar un trabajo, y si ahora quisiese, que no quiero, estaría demasiado oxidada y anticuada para optar a un buen puesto. —Se tragó de golpe su copa y se sirvió otra.

Deb estudió empresariales en la facultad junto a Shave, pero cuando salieron de la universidad ya lo hicieron como pareja, y muy poco después, el brillante expediente de él le había metido por la puerta grande en una importante firma de Sugar Lake City. En apenas un año ya estaba trabajando para Heart and Sons, donde tenía un sueldo que les permitía vivir con total solvencia mientras ella se encargaba de que en el ámbito doméstico todo fuese sobre ruedas. Pero ahora, en primer lugar y como en casi cualquier ámbito, la falta de práctica y actualización hacía que un trabajador perdiese posiciones en el proceso de selección; y en segundo lugar, Deb nunca había sido lo bastante brillante como para destacar en el terreno de las finanzas.

En ese mismo momento, mientras Davros trataba de calmarla con palabras absurdas acerca de las nuevas posibilidades que se abrían en su vida, ella estaba pensando que si no podía conseguir a medio plazo algún tipo que pudiese hacer un papel similar al de Shave, vendería aquella casa antes de que los ahorros se consumiesen. Con lo que consiguiera de la operación tendría una importante inyección de capital, y entonces se plantearía hacia dónde dirigir sus pasos.

Le dijo a Davros que no se preocupase, que ya pensaría lo que iba a hacer, y volvieron al interior.

En el exterior de la antigua casa de Shave había un coche aparcado. Dentro del

vehículo, el mismo tipo que entregó la nota a Shaveson. Estaba hablando por teléfono.

—Han entrado hace un buen rato. Ninguno de ellos era Shaveson Bálsamo. —Hizo una pausa—. Sí, completamente seguro. —Otra pausa—. Sí. Comprendo.

Colgó. Se colocó los guantes de piel y se ajustó bien las gafas de sol. Luego puso en marcha el motor, agarró con fuerza el volante y apretó los dientes.

De nuevo en el interior, el notario acabó el inventario. También había hecho fotos de todas las estancias de la casa desde diferentes ángulos y ahora, decía, sólo le faltaban algunas de la fachada y la muralla y la verja exterior.

Davros le explicó a Deb que había solicitado una tasación del continente y del contenido. A Deb le importó una mierda el comentario, y se lo dejó enterver con una mirada entre desconcertada y de asco. Salieron a la calle. El sol estaba descendiendo y dejaba caer sus últimos rayos, los más rojizos.

Los tres se quedaron plantados en la escalera que daba al camino de piedra que conducía a la entrada principal. Desde allí oyeron un derrape, y poco después un coche apareció detrás de la verja, dirigiéndose directo a ella, a toda velocidad. No pudieron reaccionar en primera instancia, aunque cuando el vehículo impactó contra los gruesos barrotes de hierro forjado se sobresaltaron. Segundos después, explotó, y los tres cayeron al suelo.

Davros tuvo la reacción instintiva de cubrir a Deb para protegerla. El notario se reincorporó como pudo, desorientado, y se metió corriendo en la casa, aprovechando que la puerta se había quedado abierta. Davros miró hacia el coche en llamas. Se oían gritos que procedían de la garganta del conductor suicida.

—Deborah, ¿estás bien?

Ella asintió. Se apretó contra él.

—Vamos dentro. Llamaré a la policía.

Shave recibió la noticia del ataque sobre la que había sido su casa a la mañana siguiente. Le llamaron desde el gabinete de abogados. Manejaban información de primera mano y tenían la certeza de que la policía querría hacerle unas preguntas ya que la palabra *venganza* había circulado por la comisaría. No obstante, según le notificó Tobias Wilson, el abogado negro que le servía de enlace con el gabinete, había sido algo muy raro, ya que el conductor del vehículo se había inmolado contra la verja de acceso exterior, provocando sólo daños materiales de escasa consideración.

Y, en efecto, unas horas después, Shaveson respondía a un cuestionario frente a un agente que tenía un marcado acento extranjero. A su lado estaba el abogado, y lo cierto es que no había ningún atisbo de hostilidad. De hecho, Tobías parecía conocer a todos y cada uno de los oficiales y al personal administrativo. Shave se sintió reconfortado. Podía oler la influencia del dinero en todo aquello, y le encantaba la sensación.

El agente le dejó claro que no tenían nada contra él.

—Esto es un mero trámite. Usted podría ser sospechoso a la luz de su reciente separación y de que su exmujer le haya desplumado. —En ese punto, Shave miró a Tobías, incómodo por el empleo de aquel término, pero el abogado le hizo un gesto con la mano para que no dijese nada y estuviese tranquilo. El oficial se sacó un paquete de cigarrillos, se encendió uno y se volvió a guardar la cajetilla—. Habrá que hacer una investigación, como es lógico, y no estaría bien que no hubiesemos cruzado al menos unas palabras con usted.

—Entendemos la situación —dijo el abogado—. Y queremos que todo se aclare lo antes posible.

—Sí, por supuesto. Voy a terminar de fumarme el pitillo y traeré una declaración estándar que podrán repasar antes de firmar. —Se levantó, con pesadez, y salió de la sala.

El abogado aprovechó el momento y salió también para ir a mear. Shave sonreía, por inercia. Le parecía alucinante que un conductor suicida hubiese hecho volar la puerta de la casa. No era capaz de encontrarle sentido alguno, y

jugueteó en su imaginación con la posibilidad de que Deborah estuviese involucrada en asuntos turbios. No tuvo mucho tiempo de pensar. La puerta se abrió de nuevo.

Aquella fue la primera vez que Harry Sabbata y Shave estuvieron frente a frente. El poli musculitos miró al pasillo, a ambos lados, antes de colarse y cerrar la puerta. Shave lo miraba, curioso, y Harry se aproximó a él y apoyó las manos en la mesa. Acercó su cara a la de Shave y le habló, con susurros, dejando escapar un aliento que olía a café cargado:

—Si me entero de que has estado detrás de esto te voy a reventar la cabeza.

Shave se puso tenso. Aquella mole a la que no conocía de nada le acababa de amenazar, escudándose tras el uniforme. Pero no le impresionó. Estaba seguro de que no iba a hacer nada allí dentro. Había al menos una cámara, y su abogado y el otro oficial no tardarían en volver. Ante la posibilidad de que hubiese también micrófono en la habitación, Shave decidió empezar a llevar la situación a su terreno:

—¿Me está amenazando —preguntó, y mirando la identificación añadió—: *Hache Sabbata*?

—Me llamo Harry. —Levantó las manos de la mesa y dio un paso atrás. La puerta volvió a abrirse. Era el abogado—. ¿Vais a querer un café? —preguntó, para disimular. Parecía que traía la excusa preparada—. Está recién hecho.

—Yo sí que tomaré uno, gracias —dijo Tobías, que no perdió un segundo y fue a sentarse de nuevo—. Solo, cargado y sin azúcar, por favor.

Harry se quedó mirando a Shave, que le sostuvo la mirada.

—¿Y tú? ¿Quieres algo? —preguntó, hablando lento, marcando las sílabas, desafiante.

Shaveson negó con la cabeza. Aunque le hubiese apetecido, tenía la sospecha de que aquel cabrón le habría escupido en el café. Harry se retiró, y cuando se cerró la puerta, sin saber muy por qué, Shave decidió no contar lo que acababa de pasar a su abogado.

—Esta comisaría tiene un café excelente, señor Bálsamo.

Se estiró sin elegancia y esperaron apenas un par de minutos en silencio. El oficial que había estado con ellos al principio volvió. Trajo consigo unos papeles y el café. Tobías echó un vistazo a los documentos en los que de forma muy rudimentaria se indicaba que habían tomado declaración a Shaveson en relación a lo acontecido en la vivienda de su exmujer y se ensalzaba la buena predisposición de su cliente. Una copia era para ellos. El abogado dio el visto bueno, Shave firmó y se marcharon, no sin que antes Tobías apurase el café y volviese a felicitar al oficial por la calidad del mismo.

Una vez en la calle, Shaveson le dijo al abogado que prefería irse andando.

Tobías se despidió, efusivo, y le comentó que le mantendría informado si había alguna novedad, aunque era complicado que hubiese muchos avances. Le contó que en los servicios había coincidido con el comisario, que era amigo de su familia, y que le había dicho que no tenían por dónde empezar porque no les cuadraba lo del conductor suicida y no habían conseguido identificar el vehículo ni al kamikaze. Así, a falta de un par de pesquisas que quedaban por hacer en el laboratorio, lo normal es que a esas horas ya tuviesen mucha más información...

Y el abogado parecía querer seguir dándole detalles, pero Shave le dijo que andaba algo saturado y que necesitaba despejarse. Tobías lo entendió y le dejó marchar.

Cuando se separaron, Shave caminó sin un destino concreto, buscando ordenar sus ideas. Cogió el teléfono. Un péndulo marcaba un sonoro tictac en su cabeza, como si estuviese deshojando una margarita: *sí, no, sí, no*. Y al final, marcó.

—¿Qué quieres? —respondió Deb al otro lado.

A Shave se le hizo un nudo en la garganta al oírla.

—Quería saber si estás bien.

—Estoy muy bien. Dime qué quieres.

Pero en realidad, no era saber cómo estaba lo que había impulsado a Shave a llamarla. Las palabras salieron solas:

—¿Quién es Harry Sabbata?

Si hubiese podido pegarle una bofetada a través del auricular no hubiese tenido un efecto así sobre su exmujer, que se quedó congelada. Shave supo que había tocado alguna fibra. Intentó volver a golpear la línea de flotación:

—¿De qué conoces a Harry Sabbata? —De inmediato se dio cuenta de que había preguntado lo mismo. O casi lo mismo.

—Vete a la mierda. Déjame en paz.

Deb colgó. Shave se quedó parado en medio de la calle, con una mezcla de sensaciones enfrentadas. Volvió a marcar.

—Aquí Matty Ray. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quiero que averigües todo lo que puedas sobre Harry Sabbata. Es un agente de la comisaría de la calle Redox.

Matty le dijo que no había ningún problema. También le comentó que tenían que ponerse en marcha para el tema del cobro. Mike llegaría en unas horas de su corto retiro y podrían ir a hacer efectivo el billete premiado.

Colgaron. Shave paró un taxi y le pidió que lo llevase de vuelta al hotel. Por el camino le daba vueltas a qué podría haber detrás de la amenaza del musculitos de la comisaría y de la reacción de Deb, aunque se lo imaginaba, a grandes rasgos. Tampoco es que pensase recriminar nada a su exmujer, pero la

información nunca estaba de más. Ya había vivido en una mentira demasiados años y tenía interés por encontrar verdades.

Mucho interés. Verdades, sí.

—Seguimos sin noticias de él. Creo que no ha terminado de entrar en razón —dijo Pocket Phone, que llevaba el teléfono móvil pegado a la oreja—. Vamos a darle unos días para que asimile este segundo aviso.

La voz de Jackson O'Hara sonó al otro lado:

—Sigo pensando que deberías haber sido más claro.

—No es necesario. Shaveson Bálsamo sabe de sobra de qué va el juego.

—Tú le conoces mejor que yo. Yo no tengo muchas referencias. Mi hija ha dejado caer un par de comentarios acerca de él. Creo que le hubiese gustado bastante tenerle a sus órdenes.

Phone se quedó callado unos segundos antes de volver a hablar:

—No nos hace falta su asqueroso proyecto. Esto es una cuestión personal.

Jackson rio de forma comedida al otro lado antes de decirle que sí, que lo sabía, y que por eso mismo le estaban dejando hacer aquello a su manera. Los miembros de la directiva de HS solían tomar las decisiones en consenso, y con respecto a Shaveson, determinaron que quizá lo mejor era cerrarle las puertas del mercado laboral a lo largo de toda su extensa red, dificultarle lo máximo posible su acceso a cualquier puesto de relevancia y dejar correr el asunto. Pero Pocket Phone insistió a sus compañeros en que le dejaran a él administrar las medidas disciplinarias. Teniendo en cuenta que Shave era para ellos un simple insecto, accedieron sin poner ningún tipo de traba. No sería la primera ni la última vez que un miembro del consejo metía a un empleado o ex empleado en un tablero de ajedrez ficticio para divertirse moviendo las fichas a su alrededor. Pero ese juego siempre debía transcurrir dentro de unas reglas que en el caso de Shaveson no terminaban de cumplirse. Al final el asunto había tomado un cariz extraño que empezaba a inquietar al consejo.

Mike Rothmos llegó de madrugada, y a la mañana siguiente se reunió con Shave y Matty. Al fin pudieron hacer efectivo el billete de lotería. Dividieron el premio en dos partes. Luego, en base al criterio de Matty, ingresaron pasta en diferentes entidades bancarias, y distribuyeron cantidades de diversa consideración entre

sociedades en las que figuraban como miembros, pero no como dueños. Todo aquel entramado que se creaba, complicado a primera vista, les facilitaba muchísimo los movimientos, en especial cuando se trataba de evadir impuestos, de pasar dinero a cuentas en paraísos fiscales o de hacer ciertas operaciones en las que era mejor que no apareciesen sus nombres por ningún lado. El ejemplo que puso Matty era el del tráfico de drogas, aunque también insinuó que tenía clientes que traficaban con seres humanos y con cosas mucho peores.

Decidieron ir a comer juntos para celebrarlo. Matty se excusó, diciendo que tenía mucho trabajo pendiente, pero ante la insistencia de Mike y Shave, accedió. Fueron a un restaurante de lujo situado en la última planta de uno de los edificios más altos y emblemáticos del centro de Sugar Lake City. Allí era complicado conseguir una mesa sin reserva, pero el encargado conocía bien a Matty, y sabía que todo el que venía con él era un tesoro a conquistar y conservar. El servicio era excelente; la comida, fabulosa y carísima, y encima Matty recibía generosas comisiones cada vez que traía a uno de estos clientes que no solía escatimar en gastos.

Comieron a gusto. Bebieron y brindaron mientras repasaban algunos puntos sobre la red de sociedades y cómo a partir del primer año de creación, la mayoría de ellas empezarían a generar beneficios tan sólo con el mero movimiento de capital entre distintos fondos de inversión de confianza y cierta información privilegiada que manejaba Matty. Por supuesto, cuanto mayor rendimiento obtuviese al dinero, mayor era también su ganancia. Todos contentos.

Una vez que salieron del restaurante, dejaron a Matty en la oficina antes de dirigirse al Comedy Heights para alimentar sus recuerdos. Shave comentó por el camino que intentaría que el dinero no cambiase en exceso su forma de vivir las cosas, en especial de vivir los placeres sencillos. Era una de las enseñanzas que se había traído de su experiencia con sus antiguos colegas del instituto en Tresno. Mike no pudo hacer otra cosa que darle la razón. Aquel lugar, el Comedy, había sido el punto de encuentro de los dos colegas durante bastante tiempo. Aunque no era demasiado habitual que Shave se escabullera de la rutina en la que se había enjaulado junto a su exmujer, cada vez que podían se escapaban a comer y tomarse unas copas allí. Era un clásico. No tenían por qué perder aquella sana costumbre ahora que tenían dinero.

Y todo comenzó como siempre, con Michelle tomando nota del café con su peculiar forma de masticar el chicle, o de hacer como que masticaba chicle. Hizo la broma del negro y fuerte y se marchó con aquel contoneo sinuoso de serpiente que volvía loco a Mike Rothmos:

—Ese contoneo sinuoso de serpiente vuelve loco a Mike Rothmos — comentó. Los dos rieron.

El pianista tocaba piezas clásicas mientras un chico pelirrojo hacía un monólogo algo desfasado pero interesante sobre un caso de desapariciones de sin techo que azotó Sugar Lake City unos veranos atrás. Shave y Mike no le hicieron demasiado caso una vez que tuvieron delante el café y las copas.

—¿Cómo fue el retiro? —preguntó Shave—. Pensé que estarías algunos días más. Esa zona está increíble en esta época del año.

—Sí. El paisaje era excepcional. Pero yo iba pensando en pasar el tiempo con mi primo. Ahora que no hay nieve tiene menos trabajo. —Por la forma en que se apagó su voz con las últimas palabras, y por cómo bajó su mirada, se adivinaba que algo no había ido bien—. Pero no terminó de ir como esperaba.

—Tu primo tenía trabajo, ¿eh?

—No. Ahora está bastante relajado.

—¿Entonces?

—Pues supongo que me equivoqué. Un tema de expectativas. Mi primo pasó de mí desde el primer día. Ni siquiera hizo el intento de simular que se alegraba cuando me vio aparecer.

—Vaya.

—Sí. Pero eso no fue todo. Viendo su actitud, decidí alojarme en el hostel de la reserva en lugar de la cabaña en la que vive él, que está hacia el interior de las montañas. Le dije que iba a estar unos días y que me gustaría que hiciéramos algunas cosas juntos, que estaba de vacaciones y podíamos recordar viejos tiempos.

—No era mal plan.

—Eso pensaba yo. Ten en cuenta que mi primo está casi toda la temporada de heladas aislado. A veces pasan meses enteros en los que no tiene más que ocasionales contactos por radio. Pero me dijo que él siempre tenía trabajo, que la reserva le necesitaba. Me dejó de piedra. Supongo que al ver mi cara se ablandó un poco y me dijo que en el hostel podía contratar visitas guiadas que estaban bastante bien.

—Igual es verdad que tenía trabajo.

—Te digo que no, Shave. En el hostel hice lo que me dijo. Contraté la visita guiada por la reserva. Uno de los chavales del hostel era el que hacía de guía, y pasé toda la mañana del segundo día con él. Me gané su confianza y me confirmó que los guardas de las montañas, que eran cuatro, cada uno con su cabaña y su territorio, no empezaban su trabajo de verdad hasta que no llegase la nieve. Una vez que terminó la visita, comí algo ligero y me fui a ver si podía averiguar algo más sobre la actitud de mi primo. Pensé incluso en que hubiera ocurrido algo en la familia y yo no me hubiese enterado. Cualquier cosa.

—Sí. A saber. —Shave estaba intrigado por la historia. Dio un trago al

whisky y se sirvió un poco más de café.

—No lo encontré en el refugio. Esperé un rato, pero hay un trayecto considerable entre la cabaña y el hostel, y no quería que me pillase la noche en mitad de la reserva. Ya sabes: hay osos, lobos y cosas peores en esas montañas del diablo. Pues bien, regresaba disfrutando del camino, porque hay que admitir que el paraje es increíble si te gusta la naturaleza, y pensé que si Alfonso no quería pasar esos días conmigo, al menos aprovecharía mi estancia allí para recorrer el parque con las visitas guiadas. El joven del hostel me había hablado de dos lagos en los que al amanecer se reúnen muchas especies para refrescarse, y era una de las rutas estrella del programa. Y de golpe apareció mi primo de entre los árboles, apenas un par de metros delante de mí. Me dio un susto de muerte, el muy cabrón. Y, ¿sabes qué? Iba en bolas.

—¿En bolas? Pero estaba bastante lejos de la cabaña, ¿no?

—Pues bastante lejos, sí. Llevaba unas pinturas en el pecho, una especie de pájaro, y unas rayas rojas en los pómulos. Se quedó allí en silencio. Le dije que me había asustado; le pregunté por qué iba desnudo, y él siguió sin decir nada. Sólo me miraba, así que le dije *Alfonso, tío, estás colgado*. Y el muy capullo sonrió y me dijo que me marchase de su reserva, que no quería ni que estuviese en el hostel, y que si no me iba tendría problemas. Todo esto con muy pocas palabras. Creo que incluso se comía algunas, pero se le entendía.

—¿Y qué hiciste?

—Me dieron ganas de partirle la cara, pero le dije que no se preocupase, que no le volvería a molestar, y me fui. La verdad es que se necesitan unos cuantos como yo para partirle la cara al capullo de mi primo. Creo que tanto tiempo entre osos casi le ha convertido en uno de ellos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Shave. La historia de Darvie Johnson apareció por unos instantes en su cabeza, con todo lujo de detalles. Prefirió reírse ante el último comentario de Mike.

—Bueno. Él se lo pierde, Mike. No creo que tenga muchos primos millonarios.

—Ya. Pero yo confiaba en poder recuperar esa amistad que tenía con él. Creo que me dio envidia tu escapada, lo de los asuntos pendientes —lo decía en tono de broma, aunque llevaba una evidente carga de verdad.

—Eso tampoco salió del todo como yo esperaba. No es que fuese mal. Fue... raro.

Rieron los dos. Pidieron más café y más *whisky*. Michelle les dejó una botella de *bourbon* para que se fueran sirviendo. Conversaron sobre la conveniencia de desenterrar el pasado en busca de recuperar momentos felices. Hablaron sobre la forma de enfocar esos encuentros para no estamparse con la

realidad, y Shave le comentó a Mike lo que le dijo Joy Spiro en Tresno, sobre que la vida continúa para todos, y que ese cambio, ese devenir, a veces lleva a las personas a cambios drásticos. Y continuaron la conversación entre risas, hasta que el sol comenzó a ocultarse y decidieron que era hora de largarse del Comedy Heights. La charla les había dejado algo meditabundos y prefirieron irse a descansar.

Mike comentó que llamaría a un par de putas, aunque no estaba del todo seguro. Habían bebido bastante, tanto que Shave prefirió dejar el coche en el aparcamiento del Comedy. Llamaron a un taxi que les dejó en casa de Mike. Shaveson dijo que le apetecía caminar un rato para despejarse, y se despidieron sin más.

La noche había caído sobre Sugar Lake City. La ciudad estaba preciosa, pero a Shave no terminaba de agradarle. Seguía dando vueltas a su idea encontrar la felicidad, y le enfadaba no tener claro por dónde empezar a buscarla. También ayudaba en su estado de ira el efecto del alcohol.

—Perdone, señor —dijo una voz que llegó para interrumpir sus iracundas reflexiones.

Shave miró a un lado y a otro y no vio a nadie.

—Aquí abajo, señor.

Bajó la vista. En el suelo, sentado en la acera, había un vagabundo barbudo y bastante sucio. Llevaba la ropa andrajosa y remendada, y uno de sus zapatos estaba rajado, dejando a la vista un calcetín negruzco y a todas luces pestilente.

—¿Tiene una moneda? —preguntó el hombre.

Algo se giró en su cabeza. Tal vez por la interrupción. Tal vez por la embriaguez. Tal vez porque, de pronto, había empezado a odiar a los mendigos:

—Putas escoria —dijo entre dientes, lanzándole una mirada cargada de odio.

—Señor, sólo necesito algo para comer. Llevo todo el día sin probar bocado.

—Pues busca un jodido trabajo. —Shave sintió la tentación de darle una patada en la cara, más si cabe al ver que el vagabundo bajaba la mirada con aparente sumisión, pero se contuvo.

Le dio la impresión de que el tipo había empezado a llorar. Shave siguió su camino, con pasos erráticos. Puso el piloto automático en su cabeza. Quería que el aire fresco le devolviese la claridad de ideas, tratando de quitarse de encima aquella sensación de ira homicida que le había invadido.

Comenzó a silbar, y luego a tararear, y se relajó poco a poco hasta que estuvo cerca del hotel. Seguía sin saber por dónde empezaría a buscar la felicidad, pero sonrió, pues había caído en la cuenta de que en la búsqueda también se podían encontrar pinceladas de la misma. Una voz interrumpió sus

pensamientos:

—Perdone, señor.

Era la voz del vagabundo, otra vez. Shave miró a un lado, y al mirar al otro se encontró con el pecho del tipo.

—Aquí arriba, señor. —El sin techo resultó ser un mastodonte. Shave tuvo que levantar la vista para mirarle a la cara—. Sólo le estaba pidiendo una moneda.

Shave no tuvo tiempo de reaccionar. Iba pasado y estaba mucho más lento de reflejos. El vagabundo lo agarró del cuello con una mano, luego con la otra, y comenzó a apretar. Shave sintió que algo se cortocircuitaba en su cabeza. Lanzó algunos golpes a donde pudo, al costado y los brazos del gigante, pero no tardó en ver unas luces pequeñas que empezaron a cruzarse y a nublar su campo de visión. Intentó seguir pegando, aunque sus golpes perdieron intensidad y no le dio tiempo a nada más antes de perder la conciencia.

Harry Sabatta llegó a casa y se encontró a Deb tomando café en la cocina. No esperaba que estuviese allí, pero se alegró. Dejó la mochila en el suelo, se acercó y la agarró por la cintura. Ella se removió, con la clara intención de zafarse, y él liberó el abrazo:

—¿Qué pasa, nena?

—Es mi exmarido. —Harry se puso tenso, pensó de inmediato que Shave podía haber tomado represalias tras el enfrentamiento en la comisaría, pero Deb se lo aclaró en seguida—. Me llamó. Me preguntó de qué te conocía. ¿Cómo se ha enterado ese desgraciado de que tú y yo...?

—Culpa mía —dijo con una sonrisa.

—¿Culpa tuya? —Cualquiera que conociese a Deb sabía que aquel tono era equivalente a la cuenta atrás para una explosión.

—Fue a la comisaría por el tema del coche que atacó la casa y hablé con él para avisarle de que si tenía algo que ver con eso...

Deborah se puso en pie de golpe. Hizo un ruido considerable al arrastrar la silla, y dio la espalda a Harry en un gesto bastante teatral mientras hablaba:

—Dime por qué mierda te tienes que meter en mis cosas, Harry.

—Eh, muñeca. Sólo trato de protegerte. No me toques los cojones.

Deb se giró, muy seria. Lanzó una mirada gélida a Harry:

—No te preocupes. No lo haré.

Cogió su bolso, sacó la copia de las llaves del apartamento y las dejó sobre la mesa, junto a la taza de café vacía. Harry estuvo tentado de dar el paso, de detenerla, pero no era su estilo. Deb se marchó. Cerró la puerta con delicadeza, sin ruido, y esa falta de ruido dejó desarmado al policía, aunque no era la primera vez que tenía un enfrentamiento con Deb, éstos solían tener finales más airados y espectaculares. Ella tenía mucho carácter, y eso le gustaba. Se sirvió un café en la misma taza de la que había estado bebiendo Deborah y lamió el borde, justo donde había quedado la marca de su pintalabios.

Shave despertó con el sonido de voces desconocidas alrededor. Sonaba una

sirena. Estaba tirado en el suelo y había un par de tipos del personal sanitario que le atendían con total celeridad. Notaba las manos mojadas. Las miró y comprobó que estaban llenas de sangre. Se sentía mareado y sucio. No sabía dónde estaba ni qué estaba pasando.

—No se mueva, amigo —le dijo uno de los dos tipos, el que tenía más pinta de doctor—. Vamos a inmovilizarle y a ponerle en la camilla. No se preocupe...

La voz se desvaneció con un eco vacío. Se le nubló la vista. *No se mueva. No se mueva, amigo.* No llegó a perder la conciencia. Le colocaron un collarín; lo pusieron sobre una camilla y le sujetaron brazos y piernas con correas antes de meterlo en la ambulancia. Luego cerraron las puertas, la sirena sonó con más fuerza y la ambulancia arrancó y salió de allí a toda velocidad.

Shave volvió a quedar inconsciente.

Lo llevaron a la clínica privada y allí fue atendido de urgencia. A pesar de lo llamativo de la sangre, sólo tenía algunas laceraciones y una leve contusión. Lo que había estado a punto de matarlo era la asfixia. Por suerte para Shave, un grupo de turistas corrió a auxiliarle cuando vieron que el sin techo comenzó a estrangularle. El vagabundo arrojó a Shave y salió corriendo. Al caer se había golpeado la cabeza y se había abierto una brecha por la cual brotó una escandalosa cantidad de sangre que hizo temer lo peor.

Pero estaba vivo. Cuando despertó, pocas horas después del ingreso, el doctor Limboh le explicó que esta vez sí debía quedarse ingresado porque había que asegurarse de su evolución tras el golpe en la cabeza. Shave no puso ningún impedimento. Trataba de recordar lo sucedido con el vagabundo pero no lo conseguía, y eso le irritaba. El doctor le dijo que no tenía que preocuparse, que era producto de la contusión y del estado de embriaguez en que se encontraba en el momento de la agresión.

Poco después de la visita del doctor, Shave cayó en un sueño profundo.

Sueña con el lugar donde se encontró con el vagabundo por primera vez, pasado el cruce de la calle Keller con la cuarenta y dos. Lo ve todo como si estuviese dentro de una cámara de seguridad, desde una altura bastante elevada. Se desplaza por el aire, como esas cámaras de algunos eventos deportivos. Llega hasta un callejón lateral, mucho más estrecho, en el que hay contenedores, puertas traseras de negocios, y en el suelo, la clásica estampa de los montones de cartón y trapos bajo los que suelen refugiarse los sin techo cuando llega la noche. Shave, en el sueño, está seguro de que el gigante que trató de matarle está bajo uno de esos bultos.

Y algo más llama su atención. A pesar de la oscuridad, puede distinguir el brillo de unos ojos felinos al fondo del callejón. La cámara acerca el plano para

mostrar a un gato que contempla la escena desde allí, en el lado opuesto al que se encuentra Shave. El animal parece estar hipnotizado, observando a los vagabundos con los párpados entrecerrados. Entonces se lleva una pata a la boca y se la lame, y Shave ve que es una pata gigantesca, y sabe de qué gato se trata.

Al día siguiente, Mike Rothmos fue a visitarle. Había recibido el aviso de Matty Ray, que al parecer mantenía un seguimiento exhaustivo de sus clientes. *Cuido de vosotros, es mi obligación*, le dijo. A Mike le hizo gracia el comentario. También le había parecido tranquilizador y algo inquietante a la vez, aunque no quiso darle mayor importancia.

Y allí estaba. Eran las diez de la mañana cuando entró a la habitación para encontrarse con un Shave que se encontraba de buen humor y que sólo llevaba un vendaje en la parte lateral de su cabeza y un par de rasguños en la cara.

Pasaron un rato comentando el tema del ataque del vagabundo. A Shave se le había refrescado la memoria con las horas de descanso y aquel sueño en el que, de la mano de una cámara aérea, había dado una vuelta por la zona donde había visto por primera vez al tipo. No quiso comentarle a Mike el encontronazo inicial de la tarde, en el que, sin recordar con exactitud las palabras empleadas, sabía que había insultado al mendigo por pedirle una limosna. Decidió echar la culpa al sin techo, atribuyendo la agresión a un intento de robo.

—Putas ratas callejeras —dijo Mike—. Deberían barrerlas de las calles. Si están ahí es porque no valen para otra cosa.

Shaveson se encogió de hombros. Mike siguió hablando, aunque cambió de tema:

—Cambiando de tema. Te parecerá una puta casualidad, y lo es, pero, ¿a que no adivinas quién me ha llamado esta mañana? Mi primo Alfonso.

—El de la reserva.

—El mismo. Fue hablarte anoche de él, y parece que me hubiese escuchado. En fin. Estas cosas ocurren. El caso es que había algo diferente en su voz, algo mucho más amable. Me ha pedido disculpas. Dice que en esta época está muy estresado y que le gustaría que fuese a visitarlo más adelante, cuando pasen las nevadas. Jodido zumbado. Así es Alfonso.

Se rieron a gusto. Y así estuvieron un rato hasta que la enfermera le dijo a Mike que tenía que marcharse de la habitación. Tenían que hacer varias pruebas a Shaveson y hasta la tarde no podrían volver las visitas. Se dieron un apretón de manos. Mike sintió algo raro al pensar que era muy probable que nadie más, aparte de él, fuese a ver a Shave. Un escalofrío le sacudió la espalda cuando trató de averiguar quién iría a verle a él si estuviese en el sitio de su amigo.

Se despidió, prometiéndole volver después, y se marchó.

Deborah estaba en casa. Desde el interior veía como se realizaban las tareas de reparación de la puerta mientras tomaba una copa. Estaba sola. Comenzó a caminar por el salón. Lo contemplaba todo con gesto ausente. Había dormido poco esa noche, estaba algo ebria y para colmo no paraba de darle vueltas a la situación en la que se encontraba.

Para empezar, estaba segura de que tendría que vender la casa. No tenía ingresos que asegurasen el mantenimiento una vez que se fundiese lo que le había quedado tras el divorcio. Además, no se sentía segura allí. Tenía casi decidido marcharse de alquiler al centro, incluso antes de que se vendiese la propiedad, porque otra de las cosas que no paraban de acudir a su cabeza eran los recuerdos que desprendían los rincones, las paredes. Había huellas de Shave por todas partes, y esa era una razón de peso más para marcharse. Quería romper todos los lazos con aquel perdedor que tanto daño le había hecho. Y luego estaba una de las peores ideas que le rondaban, y era que casi todo lo anterior eran excusas mal ensambladas y consecuencias de una decisión precipitada que la habían llevado a un callejón con salidas que no terminaban de ser de su agrado. Porque, y esto llegaba cuando la dosis de alcohol era bastante elevada, tal vez Shave no fuera tan perdedor, y aunque fuese así, quizá ella no podía aspirar a más y debería haberse quedado con él.

—¡Una puta mierda! —gritó, de pronto, y tiró el vaso contra el suelo—. Yo valgo mucho más que tú. —Señaló a la pared, o a un punto intermedio entre la pared y ella.

Tenía los ojos vidriosos y el corazón acelerado. Se recompuso en unos segundos, irguió su cabeza, y se dirigió al mueble bar para ponerse otra copa.

Pasaron unos días hasta que el doctor Markus Limboh decidió que Shave estaba en perfectas condiciones para recibir el alta. Shave tuvo tiempo para pensar y poner un poco de pausa a sus ideas. Desconectaba en los ratos en que venían a verle. Mike seguía contándole buenas historias que le divertían, y también recordaban anécdotas de sus días en Heart and Sons. Matty Ray también

pasó un par de veces para hacerle una visita. Fue una sorpresa agradable verle por allí ya que fue, al menos en apariencia, como amigo, no como gestor o asesor. En cualquier caso, en el tiempo que estuvo solo, supo que tenía que comenzar a imponer un orden en su vida. Estaba hecho a unos horarios, a una cierta rutina, primero por los estudios y después por el trabajo, además del ejercicio físico, aunque esta última faceta la había dejado un poco de lado en los últimos meses por la falta de tiempo. Era lo primero que pensaba retomar. Siempre tendría ocasión de modificar o reinventar su agenda, pero le daba la impresión de que pasar de horarios establecidos a la libertad total, añadiendo a esta libertad el dinero necesario para hacer lo que le viniese en gana, podía acabar por resultar muy perjudicial para su salud y para sus intereses.

Así que nada más salir de allí, Shaveson no tardó en cerrar la compra de una mansión en Southern Crew, muy cerca del faro. La negociación la llevó Matty Ray, a través de una agencia inmobiliaria de confianza, y consiguió un precio bastante ajustado. De todas formas, el bueno de Matty obtuvo su jugosa comisión de rigor. Esas cosas funcionaban así.

Shave aprovechó que la mansión ya tenía montado un gimnasio cutre y en desuso y lo reacondicionó. El ataque del vagabundo le había dado el impulso perfecto para retomar sus entrenamientos y se hizo con nueva maquinaria, incluyendo todo lo necesario para el ejercicio aeróbico y anaeróbico. Contrató a un entrenador personal, que le asesoró a la hora de adquirir el equipamiento y tomó el control de su rutina diaria para alcanzar cuanto antes el estado de forma óptimo. Además, Shave comenzó a probar nuevas disciplinas, y eso le llevó a incorporar muchas de ellas a su trabajo semanal. Por la mansión de Southern Crew comenzaron a desfilar expertos en artes marciales, defensa personal, armas de fuego, etc. Shaveson quería, en un principio, recuperar la confianza que le había arrebatado el mendigo con su ataque, y una vez que empezó no supo, no pudo o no quiso parar.

Matty le envió a dos jóvenes, una pareja de isleños, para que se encargasen del servicio diario en la casa. El chico se llamaba Jürgen Dwight; tenía unos rasgos asiáticos muy marcados y la piel atezada. Era reservado y eficiente, elegante en el trato. La chica, rubia, de rasgos caucásicos, era la esposa de Jürgen. Se llamaba Vanni James, y cocinaba con maestría platos de cualquier parte del mundo. Tenía la particularidad de vestir siempre con un estilo *Pin-up*, en un lote que incluía ropa, peinado y maquillaje a juego. Cuando entró a trabajar, el primer día, le preguntó a Shave si le importaba que mantuviese aquella tendencia en su indumentaria, y a él en realidad le daba igual, por lo que le dijo que se vistiera como le diese la gana.

Shaveson, siguiendo el consejo de Matty, ofreció a la pareja alojamiento en

la propiedad, en una casita que estaba cerca de la entrada principal, y que ya era utilizada con el mismo propósito por los dueños anteriores. Esto abarataba de forma considerable la nómina y ofrecía una importante serie de ventajas.

El chico isleño demostró que tenía un amplio abanico de cualidades. Sin ir más lejos se encargó de reforzar los sistemas de seguridad tan pronto como se instaló. Montó un circuito de cámaras y sensores para tener controlados los exteriores y todos los accesos a la casa, respetando al mismo tiempo la privacidad del *patrón*, como insistía en llamar a Shave.

Por lo demás, eran como sombras. Shaveson apenas los veía, y desde luego no suponían ninguna molestia. Si los necesitaba para cualquier asunto, tardaban muy poco en acudir.

Shave también cambió de coche. Conservó el que ya tenía, por cariño y porque no dejaba de ser un buen coche. El primero que adquirió fue uno clásico, un vehículo muy amplio, distinguido, un *Mercury* con más de setenta años que lucía flamante y que tenía el privilegio de haber sido el modelo escogido por numerosas familias de la mafia, décadas atrás. Para el segundo, Shave se llevó con él a Mike. Convenció a su amigo de que tenía que sacarle partido al dinero y ponerse al volante de algo que mereciese la pena. Mike sabía conducir, pero no tenía coche desde hacía años, y no entendía nada sobre automóviles, de manera que aceptó, pero con la condición de que Shave le asesorase. Aquello no fue problema. De hecho, a Shave le resultó divertido. Acabaron por comprarse el mismo modelo, en diferentes colores y con extras personalizados. El tipo del concesionario no pudo evitar sentirse eufórico con aquella operación, y les regaló una botella de champán y una caja de puros a cada uno.

A Mike no le costó nada adaptarse a conducir aquella maravilla, y tuvo que admitir que aumentaba con creces su índice de follabilidad. Las mujeres lo encontraban de repente más atractivo al verle aparecer en aquel deportivo que costaba una fortuna. Mike Rothmos sabía que no podía fiarse de alguien que le escogía por ese tipo de detalles, pero en esa época él no buscaba princesas ni a la mujer de su vida, así que no le importaba. De todas formas, por ese entonces ya quedaba a menudo con Janessa, la enfermera negra de la clínica privada. Era, quizá la única chica que veía con regularidad, aunque no tenían ningún tipo de compromiso. Una de las cosas que más le gustaban de ella era que tuviese tan claro como él lo que necesitaba de aquella relación.

Y los días pasaban envueltos en el perfume de la gente que no tiene que preocuparse por cubrir sus necesidades básicas, aderezados con el condimento extra de los que tienen para derrochar sin temer que la fuente de su sustento se termine. Shave y Mike quedaban para comer o cenar, y luego montaban juergas dignas de estrellas de cine, aunque dentro de lo que cabe siempre eran bastante

comedidos. La gente empezaba a conocerlos y reconocerlos en los ambientes más selectos. Y sólo habían pasado unos meses desde que cobraron el dinero del premio.

Lo que en realidad les daba más razones para estar tranquilos era que tenían ingresos. Matty Ray demostraba sus cualidades desde el primer momento, y con sus movimientos de capital no sólo les había ahorrado una cantidad monstruosa de dinero a corto y medio plazo en el pago de impuestos, sino que había conseguido rendimientos impensables con algunas inversiones.

La vida les sonreía, con inusitado afán. Todo marchaba sobre ruedas, sobre unas ruedas carísimas que les llevaban en volandas al encuentro de un sinfín de escenas inolvidables. *Tal vez esto es la felicidad*, pensaba Shave a ratos.

En la otra cara del espejo, Deb coqueteaba con una vida que se marchaba a la deriva. Había puesto en venta la casa que fue su hogar junto a Shave. Ella no quería vivir allí, alejada de todo, así que alquiló un apartamento en el centro de Sugar Lake City. Su abogado le había dicho que la venta de la casa sería complicada, al menos en su valor de tasación, ya que no era una zona especialmente demandada en esos tiempos. No obstante, Deb estaba dispuesta a rebajar el precio de forma sustancial para contar con dinero en efectivo. Aquella propiedad no le servía.

Seguía teniendo contactos esporádicos y tormentosos con Harry Sabbata. En realidad, aquello siempre había sido así. Tenían sus momentos buenos, en los que parecía que no existía nada más que ellos dos, que el universo podía romperse en mil pedazos y que ellos seguirían siempre juntos, enredados en un abrazo que les haría volar en la eternidad, y luego actuaban como si fuesen enemigos irreconciliables. Ni uno ni otro estado les duraban demasiado. Los dos se necesitaban de alguna manera, y por eso volvían una y otra vez a tropezar con la misma piedra.

Deb esperaba la llegada de otro príncipe azul. Pero en las escasas semanas en las que se había dejado ver por clubs de cierta alcurnia, se había percatado de que el mercado estaba en manos de jovencitas voluptuosas con las que, para su desesperación, no podía competir. En la época en que ella encandiló a Shave no existía esa camada de chicas de portada, de aspecto impecable, dispuestas a dejarse follar por unas rayas de cocaína. Era evidente que los tiempos habían cambiado, y los tipos de dinero no buscaban compromisos. Tenían a sus esposas en casa y buscaban sexo, mamadas, azotes...

Esa tarde, en una de aquellas reuniones, Deborah tuvo un encuentro que hizo que su percepción se viese trastornada de una forma brutal. Estaba en el restaurante del club de golf, y se encontró con Jessica Brown. Jessie era la

esposa de un miembro del gobierno de Sugar Lake City con la que Deb había trabado cierta amistad después de coincidir en varias fiestas que patrocinaba Heart and Sons, en la época en que Shave trabajaba para ellos. Jessica le contó que se había encontrado a su exmarido en un restaurante de lujo, acompañado por una chica. Aquello encendió a Deb. Detalles como el coche en que llegaron, que no era el mismo que tenía, aquella nueva acompañante, o su presencia en un lugar en el que los entrantes ya valían el sueldo semanal de un ejecutivo, la sacaron de sus casillas. Le habló mal a Jessie, sin motivo, haciéndola culpable de su mala leche, y se marchó.

Se marchó entre maldiciones mientras pedía un taxi que la llevase de vuelta a su apartamento. De nuevo, en su cabeza anidaba la idea de que quizá no fue acertado darle puerta a Shave, y ahora se añadía el hecho de que, al parecer, a su ex no sólo le iba bien sino que le iba mejor que antes.

Y eso le dejaba opciones que no le hacían ninguna gracia. O bien Shave había conseguido un nuevo empleo que dejaba en paños menores el que tenía en Heart and Sons, o le había ocultado ingresos en el tiempo que estuvieron juntos. Lo último no le cuadraba. Shave estaba tan entregado a ella que le confesaba hasta el mínimo detalle de su vida. No tenía secretos, o eso había pensado siempre Deb.

Mientras regresaba a casa hizo una primera llamada a Davros Stella. Quería que el abogado averiguase en qué andaba metido Shaveson para poder permitirse aquellos lujos, porque si había ocultado dinero ella tenía derecho a saberlo y a obtener un alto porcentaje del mismo. Luego llamó a Harry. Le dijo que necesitaba verle, y era verdad. Necesitaba llorar, desahogarse, y luego quería que se la follase *como a una muñeca*. Así se lo dijo a Harry.

En la sala de reuniones del consejo de Heart and Sons se podía mascar la tensión. Todos los miembros de la cúpula directiva, a falta de Jackson O'Hara, que había delegado su responsabilidad en su hija, estaban allí para tratar varios asuntos, pero de manera especial, para dar un toque de atención a su miembro más carismático: el viejo Pocket Phone.

El ataque contra la antigua residencia de Shaveson Bálsamo había llegado a oídos de los miembros del consejo, y no les había hecho gracia. Sobre todo, por el hecho de emplear ese tipo de tratamientos contra un antiguo empleado que no tenía la menor importancia para la compañía. El otro punto a discutir era la escasa o nula efectividad de las medidas disciplinarias adoptadas.

—Ni siquiera era su casa —comentó Duke Poison, que mantenía una mano en el bolsillo de su chaqueta y la otra con el puño cerrado sobre la mesa.

—Era un aviso —dijo Pocket Phone, que trataba de mantener la calma. Los ataques de sus compañeros eran constantes y bastante repetitivos—. No me importaba si lo recibía él o su mujer. Si hubiese querido matarlo ya estaría muerto.

Eso era verdad, al menos él estaba convencido de ello, pero parecía que los otros empezaban a poner en duda todo lo que decía. Ahora era el turno de Graham Snow:

—No entendemos la necesidad de atosigar a Bálsamo. —Miró a sus colegas, buscando y encontrando aprobación—. Hablaste de hacerle que se arrepintiera de rechazar a Heart and Sons, pero esto parece otra cosa...

—No me jodas, Graham —interrumpió Pocket, que alzó su índice para señalar a todos sus colegas del consejo—. No me jodáis. Esto es asunto mío. Ese imbécil me desafió. Es algo personal. ¿Podéis entender eso?

Hubo unos instantes de silencio. Thibaut Gag lo rompió, golpeando con su bolígrafo la superficie cristalizada de la mesa antes hablar tras un leve y profundo carraspeo:

—Creo que eso lo entendimos todos cuando hablamos después de que ese tarado se marchase. Lo que no nos cuadra es que hayas causado todo este

revuelo sin haber conseguido nada.

—¿Nada?

—Nada, Pocket —continuó Thibaut—. ¿Sabes que nuestro antiguo empleado fue a la comisaría y no tenía ni la más remota idea de que el ataque tuviese relación con él?

—Lo sé —lo dijo muy lentamente, dejando caer las dos sílabas como si pesasen toneladas.

—Deberías acabar con esto cuanto antes. —De nuevo, era el turno de Duke—. Hazlo como quieras, pero hazlo. No podemos permitir que un asunto así nos acabe salpicando.

Los ojos de Pocket Phone contenían un fuego demoníaco que esperaba su turno para salir y abrasarlos a todos, incluso a Susan O'Hara, aunque la hija de Jackson no había hablado durante la reunión. Todos estaban en su contra, y se permitían licencias que en otras circunstancias no hubiese tolerado. No obstante, el viejo se contuvo y trató de llevar las cosas a un cauce más sereno:

—Tal vez lo deje estar —dijo al fin.

—Puede que sea lo más sensato —afirmó Duke, que luego quiso suavizar la situación ante el miembro de más autoridad de los presentes en la mesa—. Después de todo, no se merece tanta atención.

Jackson O'hara había encargado a los tres miembros menores del consejo que ejecutasen un ataque directo a las acciones de Phone sobre su exempleado con la idea de hacerle desistir sin tener que ser él quien se lo dijese. A nadie le interesaba un enfrentamiento directo entre los dos fundadores de Heart and Sons, y aunque la relación entre ellos era buena y muy estrecha, O'Hara conocía bien a su socio y sabía de los efectos que provocaban sobre él su orgullo y su obstinación. Para asegurarse de que todo transcurría según lo acordado había enviado a su hija como extensión de sus ojos.

Para sorpresa de todos, Pocket Phone se lo había tomado bastante bien.

Hubo unos pocos segundos de silencio. Luego continuaron con otros temas. Asuntos intrascendentes. Estaba claro que aquella reunión había sido convocada con la idea fundamental de darle un tirón de orejas. Y Pocket Phone sonreía, hacía como que escuchaba mientras prestaba una atención muy limitada a las tonterías que se hablaban en la mesa, y en su cerebro daba prioridad, de nuevo, a su venganza sobre Shave Bálsamo. Su sonrisa aumentó cuando pensó en las posibilidades que ofrecía dicha venganza, y en las caras que pondrían sus compañeros del consejo cuando la hubiese llevado a cabo. Les traería la cabeza del traidor en una bandeja. En aquellos momentos era lo que más deseaba.

La sala de reuniones no tardó en vaciarse, y los peces gordos se dispersaron, refugiándose cada uno en su despacho. Todos menos Susan, que aún

no tenía su sitio en aquella planta. Fue al servicio para refrescarse, y allí, desde su agenda electrónica, escribió a su padre para contarle de forma sucinta lo que se había hablado en la reunión, aunque en realidad no hizo otra cosa sino confirmarle que no había sorpresas en el orden del día.

Todo ok, hija, leyó. Espera instrucciones.

Susan se miró en el espejo. Esperaría instrucciones, aunque tenía la tentación de seguir uno de sus impulsos salvajes y mandar a la mierda a papá, al viejo Poket Phone y a todo lo que tuviese algo que ver con Heart and Sons.

El viejo se encontraba en su despacho. Miraba a través de la cristalera, aunque no estaba viendo nada. Pensaba en la reunión, con una mezcla de sensaciones bastante grosera que le dejaba un regusto empalagoso en el paladar. Él era el miembro más veterano del consejo de administración de Heart and Sons. Junto a él, como cofundador, Jackson O'hara, pero el escalón con los demás era muy significativo. Tal vez los métodos de los dos pareciesen desfasados ante los ojos de las nuevas generaciones, pero eso no iba impedir que se cobrara su presa.

Una llamada a la puerta le sacó de su ensimismamiento. Fueron tres golpes secos. Dijo *adelante*, y la puerta se abrió, dando paso a Franko Schmidt, el tipo que se encargaba de hacer el trabajo sucio para él. Pocket le indicó que tomase asiento:

—Se acabaron los avisos —le dijo—. El siguiente movimiento tiene que ser el último.

Franko no hizo ningún gesto. Pocket siguió hablando.

—Confío en vuestro buen hacer.

—No fallaremos —dijo Franko con una voz monótona, rara.

Una rápida combinación de golpes volvió a hipnotizar a Shaveson, que perdió, una vez más, el sable de fibra de carbono con el que trataba de aprender las bases del Kendo. Aunque los primeros días se mostró reacio por el exceso de protocolo y de disciplina que conllevaba, tardó muy pocas sesiones en sentirse atraído por los mismos motivos. Su maestro, un tipo de casi sesenta años llamado Boy Malone, le daba increíbles charlas, con enseñanzas no sólo del Kendo, sino de la vida en general, al menos sobre su forma de ver y entender la vida.

Aquella mañana estaban trabajando muy duro. Había días en los que Boy se olvidaba del sable y se pasaban la clase sumergidos en conversaciones más o menos profundas, pero casi siempre cargadas de valiosas lecciones. Una de las primeras cosas que le había enseñado a Shave era que no debía dejarse consumir por la prisa. Sin embargo, ese día parecía que el mundo estuviese a punto de

acabar. Boy trataba de enseñarle una combinación algo compleja, y Shave daba la impresión de dominarla hasta el momento en que se ponían frente a frente para practicarla en combate.

—No es lo mismo que luchar contra el aire —le dijo Boy mientras Shave recogía el sable del suelo—. Una última vez.

Shave no dijo nada. Sólo asintió y volvió a practicar la combinación sin rival. Boy Malone observaba satisfecho la correcta ejecución de los movimientos. Poco a poco le pedía que acelerase para buscar el límite, el fallo:

—Espíritu, espada y cuerpo. Recuerda. —Y volvió a situarse delante de él.

Se colocaron en posición de guardia y Boy dio inicio a la secuencia de golpes. La coreografía empezaba con choques muy marcados de los dos sables, con fuerza pero sin demasiada velocidad, y poco a poco aceleraban. Una vez más, Boy Malone comenzó a ganarle terreno a Shaveson, que falló en una parada baja y recibió un toque en el antebrazo antes de encontrarse con el sable de bambú de su maestro rozándole el cuello.

—Hemos terminado por hoy.

Boy se retiró. Shaveson estaba sudado y machacado después de la clase, pero decidió que se quedaría para practicar un rato hasta que llegase la hora de hacer su circuito de pesas.

Shave no valoraba el Kendo como algo práctico de cara a sacarle de apuros en una situación real. Y aunque el maestro Malone insistía en su validez a la hora de aplicarlo a cualquier tipo de pelea, era complicado que una espada pudiese llegar a salvarle la vida, sobre todo porque uno no iba por ahí con un sable afilado y listo para cortar cabezas. Pero le habían encantado los conceptos y la mejora efectiva que se producía cuando se aplicaba todo el esfuerzo; la forma en que se evadía de todo y de todos y se transformaba en un guerrero cuando intercambiaba golpes con Malone.

Cuarenta minutos después de marcharse el maestro, Shaveson dejaba el sable para empezar con las pesas, a las que dedicó unas series cortas con mucha carga durante otra media hora antes de dar por finalizada la sesión. De camino a la ducha echó un vistazo al teléfono móvil. Tenía un mensaje de Mike, que le confirmaba que tenían mesa en el Musicó Palace, pero otro detalle de la lista de mensajes hizo que su ceja izquierda se arquease de una forma poco natural: una llamada perdida de Susan O'Hara, y un escueto *llámame, tenemos que hablar*.

A Shaveson le cambió el gesto. Le enfadó que Susan tratara de ponerse en contacto con él. Se fue directo a meterse bajo un chorro de agua fría con el que trató de borrar los remanentes de aquella sensación asquerosa, con buenos resultados. Conforme el agua eliminaba el sudor de su cuerpo, en su cabeza tomaba forma una idea. La forma de las curvas de la joven heredera. Volvió a

surgir una sonrisa en sus labios cuando recordó que siempre había sentido una atracción bastante peculiar por ella, producto de la mezcla entre su atractivo y la posición de poder que ostentaba dentro de Heart and Sons. Shave siempre había colocado un muro invisible entre ellos, sobre todo porque una aventura con una mujer así tenía pocas o nulas posibilidades de salir bien para un hombre casado. Pero eso había quedado atrás, así que sería interesante, en caso de encontrarse con ella, ver qué sucedía sin el muro invisible.

La llamaría, sí, aunque decidió que no lo haría hasta después de comer. Era evidente que no estaba acostumbrada a esperas ni a negativas, y Shave pensó que todo lo que pudiese hacer para sacarla de su terreno de juego habitual le favorecería. Mientras se secaba, observó cómo sus músculos recobraban poco a poco el tono, y sonrió satisfecho, a punto de ronronear.

Estaban en el Musicó Palace. Shaveson y Mike disfrutaban de los privilegios que les brindaban sus cuentas bancarias, pero seguían el consejo de Matty Ray acerca de no hacer ostentación, ya que eso podía atraer miradas indeseadas, envidias y, sobre todo, inspecciones. Esto era aplicable, según el gestor, a aquella primera etapa en la que tenían que asentarse bien todas las rutas subrepticias para la evasión de impuestos y en la que había que poner en marcha una red de sobornos bien calculados para asegurarse el correcto tráfico de influencias. Esto podía llevar a lo sumo, según decía, un par de años.

Los dos amigos, fieles a su criterio de no cambiar demasiado sus formas de vida, trataban de ceñirse, dentro de unos límites, a aquella máxima sobre la conveniencia de no hacer alardes en el tema económico. Por supuesto, sus costumbres habían variado. Shave se había volcado, por el momento, en el culto de su físico y de diversas disciplinas de combate. Mike, por su parte, había cumplido uno de sus sueños de juventud. Se había matriculado en una famosa universidad a distancia para estudiar química, y había comprado un local en el que pretendía montar un pequeño laboratorio. Su idea era formular y registrar todas las recetas de su familia. Durante aquella comida, le confirmó a Shave que la adquisición de los primeros equipos básicos ya estaba en marcha, y le propuso unirse en sociedad, ya que él siempre le había insistido en la posibilidad de negocio que ofrecían aquellas pastillas milagrosas.

Durante el almuerzo, a Shave le vino a la cabeza el mensaje de Susan, y no dudó en comentarlo con Michael. Bromearon sobre qué era lo que podía interesar ahora a la heredera de Jackson O'Hara. Habían pasado más de seis meses desde que Shaveson abandonó la empresa.

- Creo que está buscando guerra—dijo Mike.
- No lo descartaría del todo, pero creo que quiere otra cosa.
- ¿Sí? ¿El qué?
- Creo que viene a por mi proyecto.
- Puedes negociar. Total, ya no lo necesitas.
- No voy a entregárselo a Heart and Sons.

—Bueno, creo que a estas alturas da igual.

—No me hace falta nada de lo que ellos me puedan ofrecer.

—Pero tampoco lo quieres para ti, ¿no? Es decir, no tienes en mente tirar adelante con eso, ¿verdad?

Shave no pudo evitar reírse:

—No, Mike. Los negocios *El Muerto* requieren un tiempo, unas inversiones y una dedicación que, por ahora, no estoy dispuesto a asumir.

—Entonces, no se lo das porque no te sale de los huevos.

—Es una forma de decirlo.

—Brindo por eso. —Mike elevó su vaso y apuró el dedo de vino que le quedaba—. Pero recuerda, si decides que lo quieres poner en marcha, cuenta conmigo.

—Eso dalo por hecho. Además, necesitaría mucha pasta.

—También se puede empezar poco a poco.

Se podía. El proyecto garantizaba el crecimiento y la rentabilidad de las actividades comerciales desde el instante en que se atravesase *la curva del muerto*. Este fenómeno se daría de forma necesaria en los primeros meses de vida de la marca, ante el choque que produciría en la mentalidad de los consumidores el nuevo concepto de negocio. Una vez rebasado ese punto, a más locales, más beneficios. Esa era la teoría.

—Si alguna vez lo hacemos —dijo Shave—, será para hacerlo a lo grande.

Pero eso quedaba muy lejos en la lista de prioridades de Shaveson Bálsamo.

Terminaron de comer. Mike había quedado en su nuevo local con el proveedor de algunas de las máquinas que había comprado. Shave se ofreció para acompañarle, pero Mike dijo que prefería esperar a tenerlo todo montado y a su gusto para mostrarlo a los ojos del mundo. Además, tenían que explicarle el funcionamiento de los aparatos, y era muy probable que aquello diese como resultado un rato bastante tedioso para alguien lego en la materia. Al fin y al cabo, Mike Rothmos había decidido matricularse en química ahora, pero llevaba toda la vida siendo un aficionado y practicante de aquella especie de religión, así que estaba familiarizado con todos los conceptos, los procesos y el equipamiento básico. Por supuesto, con la carrera ampliaría sus conocimientos y pondría un título para adornarlos y dar mayor seriedad y envidia a su iniciativa. Aquello nunca estaba de más.

Acordaron que Shave llamaría a Mike para contarle cómo había ido con O'Hara, y cada uno se fue por su lado. Mike salió en seguida del aparcamiento del restaurante. Shaveson llamó desde allí mismo a Susan, que tardó seis tonos en responder:

—Shaveson —dijo la voz al otro lado—. Cuánto tiempo.
—¿Qué se te ofrece, Susan?
—Me gustaría hablar contigo, pero no por teléfono, en persona.
—No te lo tomes a mal, pero si te han mandado para...
—Shhhhh —interrumpió—. No me ha mandado nadie, Shaveson. Esto es cosa mía. Quiero verte.

A Shave le habían inquietado la frase y el tono de Susan a la hora de decirle que aquella cita era cosa de ella, que de por medio no estaban su padre o cualquier otro miembro del consejo de HS. De todas formas, el mensaje le sonaba manipulado y debía mostrarse precavido ante las jugadas que pudiera haber preparado. Tenía decidido verla esa misma noche, pero antes había que ocuparse de las obligaciones.

Por eso estaba allí.

Fuel Smoke, el instructor, le animaba con palabras malsonantes desde el cuadrilátero y le indicaba los cambios de ejercicio cuando era necesario mediante un toque de silbato. En aquel momento Shave acababa de llegar a la parte alta de un muro tras subir por una cuerda de cuatro metros. Desde allí se descolgó, se dejó caer flexionando las rodillas y rodó a un lado antes de dirigirse a toda velocidad hacia el *ring*, como si su vida dependiese de ello. Una vez arriba, se puso el protector bucal y se preparó para el combate.

—Llevas casi un minuto de retraso —gritó Fuel, que chocó sus puños antes de lanzarse a por él.

Shave se protegió como pudo, pero la defensa que había planteado, con sus dos antebrazos unidos cubriendo el rostro no era suficiente ante aquella lluvia de golpes. Fuel Smoke intercalaba impactos certeros en ambos costados que dejaban a Shaveson sin resuello a marchas forzadas. Trató de sacar algún puñetazo, pero resultó inútil y contraproducente, porque el instructor consiguió golpear su mandíbula y le mandó al suelo, muy cerca del *knock out*.

El chorro de agua le devolvió a la realidad. La clase había terminado. Fuel Smoke se reía mientras se secaba el sudor con una toalla rosa.

—No ha estado mal del todo, muchacho —comentó.

Shave se incorporó con cierta laxitud. Su cabeza seguía presidida por un zumbido que hacía que las palabras le llegasen como a través de un océano de tiempo. Correspondió al comentario de Fuel con una sonrisa.

—El tiempo en el circuito ha estado mucho mejor, y al menos has sido capaz de sacar un par de manos.

En realidad, los avances de Shave eran enormes. Tenía a varios profesionales que se encargaban de sus entrenamientos, y era evidente que sus capacidades también se prestaban a una maleabilidad importante en cuanto al margen de mejora, por lo que estaba consiguiendo progresos que sólo el dinero, la constancia o los superpoderes podrían permitir.

Se dio una ducha y abandonó el gimnasio. Estaba agotado pero muy satisfecho. Aquellas sesiones le estaban transformando a nivel físico, y recobraba poco a poco el estado de forma que perdió a medida que se volcaba en su trabajo. Pero además estaba aprendiendo a pelear, y había conseguido recuperar la confianza que le había arrebatado aquel vagabundo gigante con su ataque. No obstante, no podía evitar que cada vez que el mendigo aparecía en su mente, un escalofrío extraño le recorriese la espalda. Como en otras ocasiones, desvió su atención hacia otro asunto que le deparase mejores sensaciones.

—Susan.

Lo dijo en voz alta mientras ponía en marcha el motor del coche. Su cabeza se centró en la imagen de la chica, y se ajustó las gafas de sol antes de salir del aparcamiento para dirigirse al encuentro de su antigua compañera de trabajo.

No tenía nada que perder, y sentía curiosidad por saber el motivo que se ocultaba tras aquel repentino interés por verle. Siempre hubo una buena relación entre ellos dentro de Heart and Sons, pero reducida al ámbito profesional. De hecho, al trabajar en departamentos diferentes, tampoco es que tuviesen mucho contacto. Aunque en algunas ocasiones, como en aquella en el ascensor cuando tuvo la última charla con Pocket Phone, a Shaveson le había dado la impresión de que había cierta química entre ellos, algo que no había terminado de salir a la luz.

Condujo hasta la parte alta de Sugar Lake. Habían quedado en tomarse algo en una de las cafeterías del mirador. Cuando llegó, Susan ya estaba allí, fumando un cigarrillo mientras contemplaba la ciudad desde aquella posición privilegiada.

Se saludaron con cordialidad y se dieron un par de besos protocolarios. Ella le miró de arriba abajo y de abajo arriba antes de decirle que lo veía muy bien, que parecía que le habían sentado bien las vacaciones. *No son unas vacaciones*, dijo él. Ella bromeó. Le preguntó si pensaba esperar mucho para volver a Heart and Sons. Shaveson le siguió el juego y le dijo que lo estaba meditando, que tal vez lo hiciera tras las vacaciones.

Entraron en una cafetería, en la que tenía mejores vistas, mayor privacidad y los precios más desorbitados. Shaveson pidió un refresco de limón con un chorro de *bourbon*, y Susan optó por un vodka con zumo de naranja natural, tónica y una mezcla de especias con un fuerte toque de pimienta roja.

Intercambiaron cumplidos. Los dos se veían con buenos ojos y no lo

ocultaban. Susan siempre fue descarada en ese sentido, aunque no lo era sólo con Shave.

—No creo que hayamos quedado porque me echases de menos, Susan. — Shave rompió el hielo, sin avisar.

—Directo al grano. —Ella sonrió mientras miraba su copa—. La verdad es que todo funciona mejor así. ¿Crees que me han enviado para convencerte de volver?

—No. No creo que Heart and Sons me necesite, pero es muy posible que el señor Phone se haya tomado como un capricho el tener mi proyecto en su haber. —El silencio de Susan, sumado a su gesto, le llevaron a la certeza de que había dado de pleno en el centro de la diana, así que se creció y decidió continuar—. Y sé de su peso en el consejo de administración, así que el resto habrá secundado ese interés. De manera que, corrígeme si me equivoco: te han enviado para ofrecerme una cantidad de dinero que haría enloquecer a cualquiera. Pero yo no...

Las risas de Susan cortaron de golpe su recién iniciada exposición. Se quedó con la boca abierta, confuso. Dio un trago a su copa y esperó una explicación que no tardó en llegar. Susan se encendió un cigarrillo y luego le comentó a Shave que su perorata iba bastante desencaminada, antes de repetirle que nadie la había enviado.

—Nadie me ha enviado. Diría más bien que me vería metida en un buen lío si el viejo o mi padre se enterasen de que estoy aquí hablando contigo.

Shaveson quedó impactado por las palabras de Susan. Echó otro trago trago y decidió callarse. Ahora sólo le quedaba escuchar, y ella tomó el testigo del monólogo. Tras la ventana, a lo lejos, el lago del centro de Sugar Lake City refulgía con los destellos carmesíes del sol del atardecer.

A Susan le costaba hablar. Shave nunca la había visto así. Su imagen decrecía, se apocaba y se vestía tras un velo de inseguridad que parecía impropio de la gran heredera.

—Pocket Phone se ha tomado todo esto como algo personal, y quiere hacerte pagar por lo que él considera una afrenta.

—¿Y qué va a hacer? ¿Va a denunciarme?

—Creo que no lo entiendes. —Susan miró a los lados, a pesar de que estaban en un reservado y nadie podía verles—. Él sólo quiere hacerte daño. De cualquier manera.

Shave no sabía por dónde tomar el encuentro. Estaba cada vez más confundido. No sabía si tener miedo o reírse:

—No sé si temblar o echarme a reír —dijo mientras se ponía en pie, nervioso.

—No montes un espectáculo, Shaveson. Es lo último que necesitamos.

Estaba enfadado. Las palabras de Susan le habían sonado como una amenaza bastante clara, y era algo que en su nueva vida no estaba dispuesto a tolerar, aunque tampoco sabía con exactitud de qué manera afrontarlo, no tenía ni idea de hasta qué punto podía llegar el alcance de la venganza de Pocket Phone.

—Es que no sé por qué toda esta mierda, Susan. —Levantó la voz, aunque no lo suficiente para llamar la atención del exterior del reservado.

Susan también se puso en pie y se colocó frente a él. Estaba muy cerca, y Shaveson sabía que se avecinaba una tormenta. Pero no llegó la tormenta. Al menos no la esperada:

—No quiero que te pase nada, Shavy.

¿*Shavy*? Trató de preguntarlo, pero ella le abrazó con fuerza. Temblaba, y a Shave le pareció había empezado a sollozar. Un relámpago los atravesó, en sentido figurado. Y aunque sospechó en ese instante que algo muy raro estaba ocurriendo, decidió que la felicidad estaba escondida tras los detalles más inesperados, que si no apostaba nunca ganaría, así que respondió al abrazo y trató de besarla. Ella esquivó el beso.

Shave regresó a casa montado en una nube de la que le costaría un buen rato bajar. Dejó el coche en el garaje y se fue directo al salón. Cogió el teléfono, con la idea de llamar a Mike, de contarle cómo había sido el encuentro con Susan, pero lo dejó caer en la mesa y se fue al mueble bar para servirse un dedo de *whisky*. Luego se acomodó en el sillón, con la mirada perdida, pensando en lo que ha dado de sí la cita con su excompañera de trabajo.

Después del abrazo, ella se había puesto bastante nerviosa, como si le molestara mostrar sus sentimientos. Hablaron apenas diez minutos antes de que se disculpase, diciendo que se tenía que marchar y que ya se verían en otra ocasión. Dejó un billete de cincuenta sobre la mesa, a pesar de las objeciones de Shave al respecto. Tampoco quiso que la acompañase al coche, por lo que Shaveson se quedó a terminar la copa y salió de la cafetería un cuarto de hora después, rodeado por la misma nube que le había hecho las veces de escolta de vuelta a casa y que le seguía enturbiando la mente en esos momentos.

Pensaba en la aparente desesperación de Susan, en aquella advertencia sobre Pocket Phone, y le vino a la cabeza la actitud del viejo el día en que optó por despedirse de Heart and Sons. Aquel día vio un rostro de su antiguo jefe que no había contemplado antes. No podía descartar que estuviese planeando algún tipo de venganza, como le había sugerido Susan, pero de ahí a temer por su integridad había un abismo. En cualquier caso era consciente de que no debía tomárselo a la ligera.

Llamó a Jürgen. El isleño no tardó en aparecer bajo el marco de una de las entradas del salón.

—Con permiso, patrón.

—Pasa, Jürgen.

—¿Qué se le ofrece?

—Necesito que compruebes los sistemas de seguridad de la casa.

—No es necesario. Todo está supervisado, y tenemos varias aplicaciones para notificar en tiempo real si hay cualquier alarma o anomalía.

Shave asintió y se quedó en silencio. Jürgen retomó la palabra:

—Si hay algo que le preocupa, podemos reforzar el sistema.

Matty Ray había escogido a la perfección a aquel tipo para llevar casi todos los asuntos de la casa. De hecho, parecía anticiparse a los deseos, como una especie de demonio o genio perverso.

—Hazlo, Jürgen. Gracias.

—Es mi trabajo, patrón. ¿Algo más?

Shave le dijo que no, y el isleño se retiró.

Se puso en pie y se terminó el *whisky* de un trago. Miró el reloj y pensó que aún le quedaba un rato para quemar calorías y desetresarse, así que se fue al gimnasio. Se cambió de ropa y, tras calentar unos minutos, empezó a golpear el saco, con una rabia que iba en aumento.

En su cabeza, le atizaba a Pocket Phone, a Heart and Sons y a todo lo que habían significado en su vida, sobre todo en el lado negativo; golpeaba a Deb, que había jugado con él y le había tirado a la basura cuando se había cansado, pero un rostro comenzó a tomar forma por encima de los demás mientras, en su imaginación, sus manos se transformaban poco a poco en unas zarpas gigantescas, protegidas por guantes no menos gigantescos.

El vagabundo. El encargado de arrebatarse su seguridad. La piedra de toque y descarga que necesitaba. Boy Malone se lo había dejado caer unos días antes, de forma no muy sutil: *Tienes que coger a ese puto mendigo y hartarlo a palos. Dale una paliza y recupera lo que es tuyo.*

Estaba frenético. Se quitó los guantes y se volvió a cambiar de ropa. Cogió dos sables de kendo y se marchó.

Era de noche. Shave pasó el cruce de la calle Keller con la cuarenta y dos y aparcó. Bajó del coche —llevaba la furgoneta con la que desplazaba Jürgen—, y sacó un fardo largo del maletero antes de adentrarse en un callejón en el que se hacinaban vagabundos entre contedores. Al fondo, en la total oscuridad, se oía un maullido profundo, ronco.

Caminaba con paso decidido. Se había asegurado de no resultar reconocible. Lucía una melena postiza, recogida en una coleta; también llevaba algo de vello facial extra y maquillaje.

Y por fin estaba cerca de la confrontación definitiva con el mendigo. Shave miró al fondo del callejón. Esperaba ver unos ojos felinos refulgiendo en aquella intensa negrura, pero no los vio. La misma ojeada le sirvió para percatarse de que toda la vida rastrera de aquella subciudad de los callejones estaba en reposo, esperando a que llegaran las luces del día para volver a pedir limosna en las aceras más cercanas.

Era el momento.

Clavó una rodilla en el suelo y desenvolvió el fardo con cuidado. Cogió uno de los dos sables y se dirigió a un bulto informe que yacía bajo un nido de cartón y papel de periódico. Con la punta de la bota, hurgó en aquella madeja hasta que una voz surgió de las profundidades.

—¿Qué ocurre? —El vagabundo titubeó, con una mezcla de sorpresa y ebriedad.

—Levanta —dijo Shave, que había recibido una bofetada de aliento étlico a pesar de la distancia—. Ha llegado la hora.

El amasijo de cartones se deshizo, y la pedigüeña mole se puso en pie. Shave retrocedió un par de pasos, le lanzó el sable, que cayó a los pies del tipo, y recogió el otro del fardo. Adoptó de inmediato la posición de guardia.

El mendigo no hablaba. Estaba desconcertado; recién despierto y bajo los efectos de la borrachera de turno. Ni siquiera se agachó para recoger el sable.

—Tienes cinco segundos —dijo Shave.

—¿Espadas de madera? —La mirada del vagabundo se tornó abyecta. Entrelazó los dedos de sus enormes manos y los hizo crujir—. Vete de aquí antes de que me enfade.

—Tiempo.

Shave se adelantó con rapidez y lanzó una combinación a los brazos de su rival, sin excesiva contundencia, con objeto de obligarle a tomar el sable para defenderse, pero el mendigo recibió los golpes y montó en cólera. Lanzó un bufido que por suerte no subió demasiado en decibelios, y trató de agarrarle en un abrazo bastante torpe. Shave lo esquivó y le golpeó con el sable de fibra en la espalda, a la altura de las lumbares.

Volvió a la posición de guardia. El mendigo se lanzó sobre él de nuevo tratando de darle un puñetazo, pero Shave volvió a evitar la acometida y le asestó un mandoble en la corva de la pierna de apoyo. El vagabundo perdió pie y, esta vez sí, emitió un alarido y estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Qué quieres?

Parecía que iba a echarse a llorar. Shave, una vez más, retomó a la posición de guardia.

—Coge el sable.

—Déjame, por favor.

Shave sabía que el resto de vagabundos no alzaría la voz para defender a su vecino de cartón, pero había ventanas de viviendas más arriba, y en alguno de los negocios cuya puerta trasera daba al callejón podía quedar alguien.

Así que actuó.

Dejó el sable con cuidado en el fardo y una chispa diferente se encendió en

sus ojos. Se arrojó sobre el mendigo gigante, que en esos momentos parecía suplicar piedad, arrodillado y con la cabeza agachada; le asestó una combinación de puñetazos, al cuello y a la mandíbula, que acabaron por tumbar en estado de *knock out* a su rival.

Había ganado. Había superado la prueba. Miró en dirección a la farola de la calle principal, que alumbraba el callejón de forma muy débil. Por un momento se paró a pensar en la precisión de la perspectiva de la cámara que enfocaba desde allí en su sueño, y le resultó bastante impresionante. Miró a ambos lados. Un par de miradas furtivas desde otros nidos similares se ocultaron en ese instante.

Shave controló el volumen de su voz antes de hablar:

—Si cualquiera de vosotros se va de la lengua, volveré a por más. Os mataré a todos.

Recogió el otro sable, lo guardó en la tela y se volvió a echar el fardo bajo el brazo antes de encaminarse de vuelta al coche.

De pronto, algo surgió de su interior y llegó a la superficie. No pudo controlarse. Dejó los sables junto a la entrada del callejón y volvió sobre sus pasos. Cogió al vagabundo y lo arrastró hasta el bordillo de la acera. El tipo murmuraba, pero no se movía. Le abrió la boca y la colocó abierta sobre el ángulo de piedra.

Y pisó con fuerza sobre la nuca del mendigo, reventándole la mandíbula, los dientes. Un charco de sangre empezó a formarse de forma inmediata. Shave contempló la imagen como si no fuera con él. Sacó una pistola con silenciador y descargó tres tiros en la cabeza del vagabundo.

Recogió los sables y se marchó.

Quedó el silencio. El charco de sangre crecía en el suelo, alrededor de la cabeza del mendigo. Un gato maullaba en el fondo del callejón.

Durante unos días, Shaveson se sintió extraño. Le asaltaban ideas como que iba a ser atrapado, que no tardarían en llamar a la puerta y le detendrían por el asesinato del vagabundo. Llegó a tener incluso un par de pesadillas recurrentes en las que era el mendigo, vestido de policía, el que le arrestaba y le daba una paliza en su propia casa.

Pero aquellas ideas no tardaron en esfumarse. Se fueron, casi igual que llegaron, mezcladas en el eco de las conversaciones que mantenía con sus instructores, con Mike o con Matty Ray, aunque el destino final del mendigo sólo se lo confesó a Boy Malone, su viejo maestro de kendo. Siguió entrenando duro, y muy pronto descubrió que no era ningún monstruo, y que nadie vendría a buscarle. En los diarios de la ciudad ni siquiera se habían hecho eco de la noticia. No había noticia. Un mendigo muerto en un callejón oscuro, de madrugada. Sin imágenes espectaculares de lo ocurrido, sin visos de asesino en serie, nada que pudiese reclamar la atención de los medios de comunicación. Sólo si se producía una cadena de crímenes de ese tipo en un corto espacio de tiempo se podría empezar a considerar una información jugosa. Fin del asunto, sí.

Con ese renovado estado de ánimo, aquella tarde había tenido una tremenda sesión con Boy, y el maestro le felicitó por todos los progresos que había realizado. Shaveson había tenido la idea de llamar a Mike para quedar, pero el teléfono móvil se le adelantó. Era Susan, que parecía haber oído aquella euforia que le invadía. Hablaron unos minutos, pero esta vez fue Shave el que no quiso perder el tiempo.

La invitó a cenar. Ella aceptó. Le dijo que la recogería a las ocho:

—Te recogeré a las ocho.

Ella comentó que le parecía bien.

Hablaron unos pocos minutos más, y a Shave le dio la impresión de que Susan se dejaba seducir y que le lanzaba indirectas como réplica. Aún no se lo había contado a Mike, no con detalle al menos, pero sabía que la opinión de su

colega no diferiría demasiado de la suya en esos momentos. Estaba casi seguro de que era el nuevo capricho de la heredera de Jackson O'Hara, la futura mandamás de Heart and Sons, pero no le preocupaba entrar en ese juego. De hecho, le apetecía averiguar hacia dónde llevaría aquella relación, y si en el camino acababan en la cama, sería una bonita manera de celebrar su salida de HS.

Colgaron.

Shave se dio una ducha rápida y salió del gimnasio. En la parcela de jardín trasero, vio a Jürgen. El isleño trabajaba con siete perros enormes y musculosos. El joven le había explicado que aquellos animales se encargarían de guardar la propiedad. Shaveson ya había estado en contacto con ellos. Había aprendido órdenes básicas y recibió algunas clases breves aunque magistrales sobre etología canina. En ese momento hacían maniobras de caza; sorteaban obstáculos, formaban en bloque y luego se dividían, abriendo dos flancos para volver a unirse. Resultaba hipnótico verlos actuar con aquella coordinación.

Shaveson se decantó por aparecer en su Mercury. Habían quedado en un punto a cinco minutos de la casa de Susan, ya que ella insistía en que necesitaba discreción. Shave podía entender que a su padre y al viejo Pocket Phone no les hiciese gracia que ella se citase con *el renegado*. Además, aquello le daba un punto adicional de morbo al encuentro. A esas alturas, Shave seguía buscando la motivación en todos los rincones de la vida, y por ahora había decidido que la encontraba en las cosas que le hacían sentirse vivo, sin más. Y fuera por el motivo que fuese, Susan O'Hara le ponía el motor en marcha, a un régimen de vueltas más que aceptable.

Shave salió para abrirle la puerta del coche, y Susan bajó un poco la cabeza y emitió una leve sonrisa mientras murmuraba algo parecido a *gracias*.

—Bonito, coche —dijo tras abrocharse el cinturón de seguridad.

Shaveson no respondió. Se limitó a devolverle la sonrisa e inició la marcha, incorporándose a la circulación con una maniobra señalizada, a pesar de que en ese momento no circulaba ningún vehículo por aquella vía.

Había acertado con la elección del vehículo. Era complicado impresionar a una mujer del estrato social de Susan O'Hara con un deportivo, por caro que fuese, porque era lo típico que podía permitirse cualquier persona con las cifras adecuadas en su cuenta bancaria. Pero ese otro coche, el legado de la mafia, era una joya restaurada; tenía alma, tenía algo que no sólo reflejaba el dinero invertido en él, sino un gusto por algo más allá de la simple estética o el derroche al que estaban más que acostumbrados los millonarios.

En cuanto al lugar escogido para cenar, el mérito había que atribuírselo en

gran parte al buen hacer de Matty Ray, que con unas pocas horas era capaz de obrar milagros. Por supuesto, también tenía mucho que ver el dinero de Shave, pero había que saber manejar los hilos para tener mesa en el Morningrise en esa época del año. El fundador y cocinero jefe abría apenas tres meses al año, y pasaba el resto del tiempo en labores de investigación, como si la cocina fuese una suerte de ciencia extraña o algo mágico y sobrenatural. Lo cierto era que la comida allí resultaba fabulosa, y aún más fabulosos eran los precios y las listas de espera. A Matty y a Shave les pareció una buena forma de cortejo tener disponible el restaurante de forma exclusiva, sacando al mediático Joh Saphiro de su retiro espiritual a apenas veinte kilómetros de Sugar Lake City.

Aquello también fue un buen punto a su favor con Susan. Económicamente podía suponer un esfuerzo considerable, pero el detalle iba mucho más. Había que tener contactos para conseguir algo así. Susan lo sabía. Shave lo sabía. Matty Ray lo sabía.

La cena en el Morningrise casi llegó a valer lo que había pagado por ella. Los platos fueron extravagantes, alternativos, vanguardistas; a su manera, deliciosos. Susan pareció disfrutar mucho más de aquella sinfonía de sabores que explicaba una joven pelirroja mientras se iban sirviendo las exiguas e innumerables raciones. A Shave le parecieron mucho más espectaculares los diferentes vinos que acompañaban a cada ración, también en pequeñas dosis, y los combinados que tomaron tras el postre.

Terminada la cena, el propio Saphiro salió para saludarles y tomar una última copa con ellos antes de que se marchasen. La noche había terminado su primera fase y Shave había pasado el corte con buena nota. Además, el nombre de Pocket Phone no se había deslizado entre sus conversaciones, y eso había contribuido a que el buen ambiente entre los dos aumentase. Shaveson sugirió la idea de tomar algo en un local del centro, y la palabra discreción volvió a dibujarse en los labios de ella.

Hasta ese momento todo había ido sobre ruedas, así que Shave pensó que quizá había llegado la hora de rebajar la intensidad. No insistió. Le dijo que la dejaría en casa, y arrancó el coche. Sobre ruedas, sí.

Shaveson camina siguiendo el perímetro interior de la muralla de su casa. En el exterior, grupos de saqueadores esperan cualquier despiste para invadir la propiedad. El propio Shave, acompañado de unos perros del tamaño de caballos, monta guardia para evitarlo. Lleva un fusil de asalto, muy parecido al que utiliza en las prácticas de tiro con Fuel Smoke.

Por un instante se pregunta qué hace allí, y qué está ocurriendo fuera. Entonces se queda paralizado, porque entre los rostros de la multitud distingue el de su exmujer. Deb está agarrada a los barrotes de la puerta de acceso a la mansión, y le pide ayuda. Shaveson siente que debería auxiliarse, pero algo le retiene clavado en el sitio; es incapaz de moverse.

Pero Deb no parece huir de los saqueadores, que la ignoran. Y Shave empieza a comprenderlo cuando en su cabeza vuelve a formarse la imagen de un baile en el que él y Deb eran los protagonistas hasta que un gato con unas patas anormalmente grandes aparecía para despedazar a la que fuese la mujer de su vida.

Vuelve a la realidad del sueño. Aparta de su cabeza el recuerdo del baile, y descubre que Deb no está, que los saqueadores no están, que sólo quedan el gato de las patas enormes y él, cerca de los muros de la casa. El gato le mira a los ojos. Shave no sabe si usar el fusil para volarle la cabeza, pero algo le dice que no serviría de nada.

El fabuloso animal parece sonreír y mira hacia fuera de la casa. Se dirige a la puerta con sus andares elegantes mientras Shave sigue paralizado. El animal vuelve la vista atrás justo antes de agazaparse. Su espalda tiembla, con los clásicos espasmos musculares que le ayudan a calcular la distancia. Y salta. Salta más allá de donde alcanza la mirada de Shave. Y algo brilla en el cielo, en el punto donde el animal se ha perdido de vista; ese algo se hace más y más grande hasta que cae justo en frente de él. Lo reconoce en unos pocos segundos: el cadáver despedazado de su exmujer.

Shave sigue inmóvil, clavado dentro del sueño. Sabe que es un sueño.

Miau.

Deb despertó de buen humor. Harry se había marchado a trabajar, pero le había dejado para su colección otra noche memorable. No habían hecho nada especial. Vieron un par de películas y cenaron unas pizzas que habían preparado juntos. Luego, acompañados por el efecto del vino, se calentaron hasta que el suelo del salón, primero, y la cama después, les acogieron en una especie de ruleta rusa sexual. Al final, ella se había quedado dormida en el pecho de él mientras se acariciaban.

Deborah fue directa a la cocina, donde tenía una buena ración de café esperándola. Se sirvió una taza con unas gotas de leche y fue entonces cuando cogió su teléfono. En el display, un mensaje de su abogado. *Llámame*. Y eso hizo.

Hablaron. Davros le contó que a Shaveson las cosas parecían irle mejor que nunca, aunque no se lo expresó así. Conocía a Deb lo suficiente para hacerlo con tacto, con todos los ambages de los que se sentía capaz, para así tratar de amortiguar el desastre natural que se avecinaba. Pero ni siquiera consiguió retrasarlo. Cuando Deborah Fowler supo de la casa junto a los acantilados, en Southern Crew, explotó.

—Ese desgraciado no puede permitirse una casa ahí. ¿A qué estás jugando?

—Deb, no sé si la ha comprado o la ha alquilado, sólo que está viviendo allí. Tengo unas fotos que...

—Me da igual. Quiero mi parte.

—¿Tu parte?

—Todo lo que es ese idiota me lo debe a mí...—De pronto una nueva idea entró a golpes de ariete en su cabeza—. Espera un momento. Me ha ocultado el dinero. Eso es.

Davros guardó silencio. Él estaba al corriente de la contabilidad de la pareja en los años que habían sido matrimonio, y Shave había sido transparente siempre. No faltaba nada. La única que había hecho gastos anormales y que luego hubieran requerido justificaciones era ella. Deb siguió hablando, tras encenderse un cigarrillo y servirse un poco más de café.

—Te juro que si ese hijo de puta ha jugado conmigo le voy a sacar hasta el último centavo.

Y Davros siguió guardando silencio, entre otras cosas porque eso que decía Deb ya lo habían hecho. Lo habían desplumado, despojado de todo. Al menos de todo lo que tenía hasta la separación. Al abogado también le sorprendía el nuevo nivel de vida de Shaveson, incluso se había maldecido por su elección a la hora de romper relaciones con una de las dos partes del matrimonio. Y tenía en cuenta

que no le había contado a Deb lo del deportivo de alta gama, los restaurantes de lujo o las nuevas compañías femeninas. Era mejor no mencionarlo. En cualquier caso, tenía que dejar claro que no había nada que reclamarle, ya que cuando firmaron el acuerdo de divorcio, los bienes declarados de los dos estaban bien definidos, y no había nada que hiciese pensar que Shaveson Bálsamo pudiese llevar una doble vida en la que ocultase cuentas millonarias a su esposa, a su abogado o a cualquiera en el mundo de los vivos.

Y Deb se enfadó aún más. No colgó, sino que estampó el teléfono móvil contra la pared, dejándolo inservible. Y gritó. Golpeó todo lo que tenía alrededor; destrozó parte del mobiliario de la casa de Harry como si estuviese poseída por alguna criatura infernal. Se hubiera arrancado la piel a tiras a causa de la rabia, pero en lugar de eso, se fue al mueble bar y se dispuso a atajar sus problemas de la mejor forma que sabía.

Pasaron un par de días. La segunda cita con Susan O'Hara había sido muy diferente de la primera, pero además habían sucedido cosas que empujaron a Shaveson a llamar a Mike Rothmos para ponerle por fin al corriente de lo que se cocía en el ámbito del recién inaugurado reino de *Shavesonlandia*.

Quedaron en casa de Shave. Mike apareció en uno de sus nuevos coches. Aparte del deportivo casi gemelo del de su amigo, parecía haberle cogido gusto a la colección de vehículos de cualquier época y procedencia. Se presentó con una furgoneta de aspecto destartado que había hecho las veces de ambulancia militar durante La Gran Guerra.

Era la hora de comer. Así que se sentaron en el salón principal, donde Vanni y Jürgen les sirvieron una pitanza digna del mejor banquete de bodas medieval, una comida en la que abundaban los platos a base de aves exóticas con elaboradísimas salsas en las que aparecían como ingredientes principales la achicoria amarga y los arándanos.

Disfrutaron del almuerzo, y se alegraron la vista con el escote y la forma de manejarse y expresarse de Vanni James, la *pinup girl* isleña. Con la llegada de los cafés, Shave comenzó a relatar con más detalle su nueva relación de tanteo con la heredera de Heart and Sons, y Mike no perdió la oportunidad para bromear.

—¿Crees que puedes acabar siendo el jefe de Pocket Phone?

—No estaría mal —admitió Shave—. El caso es que...—Se detuvo. Llevaba un rato dando vueltas a la idea de contarle lo de la advertencia de Susan sobre el viejo.

—¿Qué? ¿Te la has tirado?

—No. Es decir, no es eso. Susan me dijo que Pocket tenía algo personal contra mí. —Ya estaba sobre la mesa—. No sé hasta qué punto tomármelo en serio.

—¿Y qué va a hacer? ¿Va a denunciarte?

—Eso es lo que le dije, pero Susan estaba nerviosa. Me dijo que no quería que me pasase nada. Todo bastante raro.

—Vaya. No sé qué le has dado, pero debe tenerte mucho cariño para venir a jugarse el culo de esa manera. Sabes lo que digo, ¿no? —comentó Mike, que se había puesto algo más serio de repente. Aquella historia tampoco terminaba de encajarle del todo.

—Sí. No me fío del viejo, pero tampoco me voy a poner en manos de Susan. Sólo tengo curiosidad por ver a dónde quiere llegar.

—Si lo tienes claro, poco más te puedo decir.

Pero Shaveson aún se guardaba una bomba. Y procedió a dejarla caer.

—Adivina quién vino a verme ayer.

Shave estaba en el gimnasio, terminando las series de musculación cuando sonó el intercomunicador.

—Adelante, Jürgen.

—Patrón, hay una mujer en la puerta de acceso. Exige que la deje pasar.

Shave dejó las mancuernas en el suelo y se acercó al monitor.

—Dame imagen de la entrada. —El sistema tenía algunas funciones que podían activarse con comandos de voz.

Cuando en la pantalla apareció aquel fantasma, a Shave le recorrió una especie de desagradable corriente eléctrica. No reaccionó durante unos segundos, los suficientes para que Jürgen retomase la palabra.

—¿La dejo pasar?

—No.

Shave se secó el sudor mientras pensaba qué hacer. Deborah Fowler estaba en la entrada de su nueva casa, agarrada a los barrotes de la puerta y haciendo gala de un estado de excitación evidente. La imagen se correspondía de forma casi exacta con la del sueño en el que acababa con el cadáver de Deb a sus pies. Sacudió la cabeza, enfadado, y salió a su encuentro.

El camino a pie desde el gimnasio hasta la puerta de acceso se le hizo más largo de lo habitual. Ella pareció relajarse un poco cuando lo vio, y de hecho adoptó un gesto triste, fingido. Shave no hubiese sido capaz de detectar aquella hipocresía apenas un año antes. Pero en aquel momento sí.

Hablaron. Discutieron. Ella subía y bajaba en su tiovivo particular de emociones, para acabar acusando a Shaveson de engañarla cuando él se negó, por enésima vez, a dejarla pasar. Parecía bastante pasada de alcohol por la forma en que se le embotaban las palabras y por cómo se movía y se trastabillaba. Shave sintió lástima por ella, pero no cedió. Sintió lástima, porque el despojo de persona que estaba ante él había sido todo en su vida durante muchos años, y hasta hacía muy poco. Aunque lo que de verdad le apetecía era odiarla. Le soltó que estaba saliendo con alguien, y ella volvió a explotar.

Shave decidió que aquello tocaba a su fin, y tras la negativa de ella a aceptar un taxi, se volvió al interior sin prestar atención a los renovados gritos acusadores. Apenas quince minutos después, una patrulla de policía se presentó en la casa.

—¿Se la llevó la policía?

—No. Cuando llegaron ya no estaba. Creo que se largó porque vio venir el coche.

—¿Y dices que venía borracha?

—Iba pasada de algo, seguro. Espero que no vuelva por aquí.

—Sería lo mejor. Por respeto no diré todo lo que se me ocurre, pero bastante te jodió ya como para volver a tocarte los huevos.

—Si las cosas hubiesen sido de otra forma, la ayudaría.

—Si las cosas hubiesen sido de otra forma, colega, se habría quedado con el dinero de la lotería y te habría dado la patada después.

Shave se quedó callado. No tenía nada que objetar. Su colega tenía razón.

—Me has despistado con una cosa —añadió Mike Rothmos—. Le dijiste que estás saliendo con alguien. ¿Eso significa que con Susan vas en serio?

—Bueno. Eso fue fruto del calentón. Se lo dije por joder.

Michael alzó su copa y brindó por la idea. No es que le duese mal a Deb, pero entre ella y su amigo, si tenía que ver caer en picado a uno de los dos, tenía muy claro por quién se decantaba.

—Amén, hermano —sentenció antes de beberse el *whisky* de un trago.

Hablaron hasta bien entrada la tarde, hasta que Mike tuvo que marcharse para poner al día algunos asuntos relacionados con su proyecto del laboratorio. Le dijo a Shave que muy pronto le pondría al corriente de cómo iba el tema, pero seguía fiel a su idea de mantener el proceso con un cierto secretismo hasta que lo tuviese todo más o menos claro y presentable.

Apuraron las copas. Mike Rothmos se fue, y Shaveson se dispuso a contemplar el ocaso mientras se daba un baño en la piscina.

Pocket Phone había llamado a Susan a su despacho. Le había explicado que a sus oídos había llegado información acerca de un par de encuentros con Shave. Ella no lo negó ni mostró la menor inquietud. Sabía de sobra cómo se las gastaban en las alturas de Heart and Sons, pero contaba con el salvoconducto de ser la hija de Jackson O'Hara.

El viejo adoptó su pose habitual, con aquellos ojos que amenazaban con salirse de sus órbitas y una especie de sonrisa desencajada que al unirse conformaban una mueca espantosa.

—Sabes que siempre te he tenido un cariño especial, Susan. Yo siempre quise tener una hija. Una hija como tú. Una niña Susan Phone.

—Se lo agradezco. —Un cosquilleo le había recorrido la espalda al oír su nombre seguido del apellido del viejo.

—No me gustaría que te implicaras demasiado con ese chico.

—¿Con Shaveson? No, tranquilo. Es un simple juego. No es uno de los nuestros.

—Me alegra oír eso, Susan. —Pocket se puso en pie y se acercó a la cristalera—. Tú estás por encima de todos esos —dijo, señalando con la mano abierta y la palma hacia arriba en dirección a la ciudad—. No son dignos de ti.

—Lo sé.

El viejo cerró la mano, apretando con fuerza el puño. Su gesto se endureció.

—Quiero que entiendas que ese monigote nos desafió, y que no le voy a dejar tranquilo así como así. No quiero que estés cerca de él cuando mi venganza le alcance, porque podrías sufrir algún tipo de daño colateral. Y eso no me lo perdonaría.

A Susan le sonó a amenaza. Si el viejo andaba tan desquiciado como para hacerle una advertencia así, aunque fuese de forma un tanto velada, debía estar muy cerca de perder el rumbo por completo.

—No me malinterpretes, hija —continuó—. A veces la forma de hacer daño a alguien que se cree indestructible pasa por destrozar las cosas que quiere.

Susan pensó que al viejo se le había ido la olla del todo.

—No tiene de qué preocuparse. No hay nada con Shaveson.

El viejo pareció darse por satisfecho. Susan salió del despacho y fue directa a los servicios. Se repasó con el pintalabios frente al espejo y luego sacó su teléfono, donde tecleó a ritmo vertiginoso para informar de todo al patriarca O'Hara.

Deborah salió corriendo cuando vio el coche de policía subir por el camino que conducía a la mansión. Se había escondido detrás de unos arbustos, y se había puesto perdida. Se quedó allí para observar lo que pasaba. Los policías hablaron con un tipo rubio, de aspecto isleño, y luego se marcharon. Estuvo tentada de volver a tocar las narices, pero decidió que regresaría en otra ocasión, cuando trazase algún tipo de plan.

Se sentía estafada. Aquel Shave con el que había hablado no era el pelele al que había desplumado. Se le veía más fuerte, más seguro, mucho más Shaveson que nunca. También estaba claro que había ganado tono muscular. Y luego estaba la mansión. Aunque se tratase de un alquiler, el gasto que exigía una propiedad de ese calibre, y en esa zona, le había despertado todo tipo de sospechas. Al menos, se dijo, tenía que averiguar de dónde había salido aquello. Y quedaba el tema de la nueva chica con la que estaba saliendo.

—Me las vas a pagar, cabronazo.

Se puso en pie y se sacudió de la falda la mezcla de tierra y hojas secas. Comprobó que se había destrozado uno de los zapatos, aunque no sabía muy bien cómo. Para rematar el asunto, estaba sin teléfono. Lo había reventado esa misma mañana. Así, emprendió a pie el regreso por el camino sin asfaltar a través del cual se accedía a la ruta de los acantilados, una de las más preciadas joyas del senderismo del estado.

Pero Deb no estaba en condiciones de disfrutar del paisaje, y se hartó muy pronto del famoso sendero. Volvió a la carretera y decidió que pararía en el primer establecimiento que encontrase para pedir un taxi o llamar a alguien que la recogiese. Caminó un poco más, por el arcén. Se acababa de quitar los zapatos cuando un coche paró justo a su lado. La ventanilla se bajó, y el conductor, con un rostro inexpresivo y los ojos ocultos tras unas gafas de sol, le preguntó si necesitaba ayuda.

Deb pensó, con sarcasmo, que el tipo debía ser un lince para sospechar que podía tener algún problema sólo por el hecho de ir caminando por el arcén, con los zapatos en la mano y la ropa hecha una pena. Se obligó a sonreír y le pidió al conductor que la dejase en el punto más cercano desde el que pudiese llamar para que viniesen a buscarla.

Antes de subir al coche echó la vista atrás, arriba, y aunque desde allí ya no

veía la casa de su exmarido, se dijo a sí misma que volvería, y que Shave tendría que escucharla. Se equivocó.

Subió al coche. Se equivocó.

Shaveson, Mike y Matty Ray habían quedado para almorzar y poner al día las cuentas en un ambiente distendido. Las cosas iban bastante bien, y los números mantenían un estado de salud impresionante. A pesar del descenso lógico inicial debido a las compras de vehículos, inmuebles y otros caprichos, Matty había conseguido, gracias al capital que había movido en el extranjero, que el impacto se redujese de forma considerable.

Quedaba claro que el gestor estaba donde estaba porque sabía hacer muy bien su trabajo. Shave y Mike habían depositado su confianza en él y no sólo no les había defraudado, sino que les había sorprendido para bien. Incluso les instaba a ser emprendedores y explorar nuevas vías con las que expandir aún más su capital. Por eso, cuando en aquella comida salió a colación el asunto del laboratorio, a Matty Ray se le encendieron los ojos de una forma especial. En un primer momento se mostró un tanto escéptico, y llegó a sugerir que el desembolso realizado en la compra de maquinaria quizá no fuese del todo reembolsable. Pero conforme Mike fue contando los pormenores del proyecto y las posibilidades que ofrecía, Matty se rindió.

Después de la comida, fueron a hacer una visita al laboratorio. El aspecto que presentaba era impecable. Mike había contratado a un par de diseñadores para llevar a cabo la adaptación del local, y el resultado, al menos a nivel estético, era fantástico. Shave estuvo más que satisfecho de formar sociedad con su colega en aquella aventura a la que empezaba a verle opciones reales de negocio. Matty Ray comenzó sobre la marcha a comentarles el tipo de licencias que necesitarían, y las condiciones del acuerdo que firmarían para sentar las bases de la nueva empresa.

Mike les dijo que su idea original había sido montarse algo para pasar el rato y que al final se le había ido un poco de las manos. Aún no había arrancado y ya era consciente de que iba a necesitar varios empleados para manejar las máquinas y realizar las mezclas, aparte de personal de mantenimiento y administración.

Así, Rothmos les explicó para qué servían los equipos instalados, a veces

con un galimatías que sus dos interlocutores no acertaban a interpretar. Matty anotaba en su agenda electrónica palabras clave con las que luego se pondría a trabajar. Mientras hacían el recorrido, trazaba esquemas diferentes para enfocar el nacimiento legal de la empresa.

Terminaron el *tour*. Matty no tardó en marcharse. Aquella misma tarde tenía otra reunión, pero antes quería pasar por la oficina para poner en orden las notas que había tomado. Pocas cosas le excitaban tanto como las buenas perspectivas de negocio.

Mike se fue a casa a estudiar. Aunque el curso estaba empezado y su matrícula no sería efectiva hasta el siguiente semestre, no había perdido el tiempo, y parecía saborear cada bocado de aquella nueva aventura que había supuesto su regreso a las clases.

Y Shaveson también se propuso disfrutar, a su manera. A las seis tenía clase de kendo, y luego saldría a correr por la ruta de los acantilados. Con eso tenía cubierto el resto de la tarde. Cogió el coche, y decidió dar un rodeo, entrando por la parte norte de Southern Crew. Le apetecía conducir, y aún quedaba un buen rato para el entrenamiento con Boy Malone.

Cualquiera se podía sentir libre al llevar el volante de un coche así. Shave llegó a la carretera que bordeaba la costa y aceleró por el carril izquierdo. Sobrepasaba de manera habitual los límites de velocidad establecidos, y realizaba algunos adelantamientos que no eran del todo reglamentarios, pero sin poner en riesgo a otros usuarios de la vía. Redujo de forma notable la velocidad cuando llegó a la desviación desde la general hacia Southern Crew, ya que la calzada pasaba de tres carriles a dos, y poco después a uno.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que un coche venía justo detrás de él. No tardó en llamarle la atención dándole ráfagas con las luces delanteras y haciendo sonar el claxon de forma reiterada, insolente. Estaba pensando qué hacer cuando el vehículo que le seguía aceleró de golpe, le rebasó usando parte del arcén y frenó de forma brusca hasta quedar cruzado en mitad de la calzada, lo que obligó a Shave a clavar el pie en el freno para no llevárselo por delante. Aun así, no pudo evitar golpear la puerta trasera derecha del otro.

Bajaron de los coches al mismo tiempo. Shave se quedó de piedra al ver que conocía al otro conductor, y le sorprendió aún más ver que no venía vestido de uniforme. Harry Sabbata se dirigió hacia él con cara de mala leche. Le señaló con el dedo y le dijo algo que no llegó a entender. Había varios coches que habían frenado justo detrás y algunos habían empezado a pitar, formando un escándalo considerable.

—¿Dónde está? —preguntó el poli, muy alterado.

—¿Dónde está el qué?

Sabbata se colocó frente a Shave y le miró a los ojos. Parecía que algunas venas estaban a punto de estallar en su cuello, y su respiración sonaba a bufido de res extenuada.

—¿Qué le has hecho a Debbie, hijo de puta?

Debbie. Deb. La cabeza de Shave dio varias vueltas, sin saber muy bien por dónde empezar a procesar la mezcla de información y conjeturas. *Debbie. Hijo de puta.* Las manazas de Harry Sabbata le agarraban la camisa y se la estrujaban. Era una camisa de trescientos pavos. Las palabras salieron solas.

—Suéltame ahora mismo, *Hache*.

Pero *H* no lo soltó. De hecho, liberó la mano derecha sólo para echarla atrás, cogiendo impulso para amenazar o golpear. En ese instante Shave dejó de pensar y pasó a la acción, por instinto. Se desembarazó y le propinó un cabezazo en la nariz al poli, que se echó un par de pasos atrás y se llevó la mano a la cara. La sangre empezó a correr de inmediato, y Harry se abalanzó sobre Shave. Cayeron sobre el capó del coche, y de allí al suelo.

Shaveson estaba en forma, y sabía pelear cada vez mejor, pero Harry Sabbata era una mole de músculo que tampoco se manejaba mal. Rodaron por el asfalto, se pusieron en pie y siguieron lanzándose golpes. Los usuarios de los otros coches se acercaron con idea de separar, pero al ver cómo repartían los dos implicados en aquella trifulca, prefirieron quedarse al margen. Algunos se mantuvieron a una prudente distancia, otros volvieron a sus vehículos y echaron el cierre.

Harry estaba demasiado alterado, y sus puñetazos carecían de efectividad. Shave esquivaba y conectaba un golpe tras otro, hasta que el agente se hartó y sacó una pistola con la que le apuntó entre los ojos.

—Échate al suelo, hijo de puta. Las manos a la cabeza.

—¿Me vas a decir a qué viene esto? —preguntó mientras colocaba las manos entrelazadas tras la nuca.

—Al suelo, cabrón.

No podía asegurar que aquel tipo no le fuese a pegar un tiro a pesar de los testigos, así que obedeció. Harry se acercó a su automóvil y cogió unas esposas. Se las colocó a Shave y le leyó sus derechos, intercalando insultos. Luego lo metió en la parte de atrás del coche, su coche particular, y se lo llevó detenido. Shave prefirió no abrir la boca. Tenía derecho a permanecer en silencio.

Shave no tenía muy claro por qué lo habían detenido. Ahora estaba en el calabozo, a la espera de que llegase su abogado. Se había enfriado y comenzaban a dolerle diversos rincones del cuerpo. Se palpó la cara, y supuso que debía tener un buen hematoma en el ojo derecho.

—¿Has cogido la matrícula?

Le sorprendió la pregunta. El tipo que estaba sentado frente a él no había abierto la boca ni para saludarle, y ahora saltaba con aquella broma lamentable y desfasada. Shave se limitó a ignorarlo, pero el otro insistió:

—Eh, tío. ¿Has cogido la matrícula?

La puerta que daba a los calabozos se abrió. Un agente se dirigió a la celda donde estaba Shave.

—Señor Bálsamo, acompáñame.

Shaveson obedeció, en silencio. Le siguió hasta la planta principal. Desde allí accedieron a una pequeña sala, muy parecida a aquella en la que le interrogaron la vez anterior, cuando un conductor suicida se inmoló contra la casa de Deb. El oficial le dijo que se sentase, que no tardarían en venir, aunque no le especificó quién.

Unos minutos después entró su abogado. Traía un maletín pequeño bajo el brazo y un vaso con café en cada mano. Saludó, dejó los vasos sobre la mesa y le acercó uno Shaveson antes de tomar asiento.

—¿Cómo está? —preguntó por cortesía—. No se preocupe, esto se va a solucionar.

—Todavía no sé por qué me han traído aquí. —Volvió a llevarse la mano al ojo.

—De momento tengo claro que se han vulnerado muchos de sus derechos, y esta detención es, a todas luces, antirreglamentaria.

—Quiero saber qué hago detenido.

—He estado con el comisario. Floyd es amigo de mi familia, no sé si se lo había comentado. El caso es que hay un problema que afecta a su exmujer, a la señorita Fowler.

—No me jodas. ¿Es por ese numerito que montó en la puerta de mi casa?

El abogado abrió los ojos de par en par, dio un trago al café y se aclaró la voz antes de volver a hablar.

—¿Numerito?

—Vino a casa hace un par de días, a molestarme. Le dije que me dejase en paz y tuve que llamar a la policía para que se fuese.

—Sí. Así me consta. El aviso a la policía quedó registrado.

—¿Y eso le da derecho a ese payaso a liarla de esta manera?

—Verá, señor Balsamo. Me he asegurado de que la habitación sea segura, pero no le recomiendo que diga una palabra más de lo necesario mientras sigamos aquí. No tienen nada contra usted, de momento, y los errores cometidos por el agente Sabbata nos garantizan un buen trato...

—¿De qué estamos hablando? Y deja de tratarme de usted, me incomoda.

—Se lo explicaré... te lo explicaré fuera. El comisario Floyd ha querido mostrar la voluntad de rectificación por parte del Cuerpo de Policía y me ha pedido que te transmita sus disculpas. Ahora nos vamos de aquí. Iremos a la clínica para que le echen un vistazo a ese ojo. Tenemos que prepararlo todo. No creo que tarden mucho en volver a llamarnos.

Salieron de la comisaría sin necesidad de firmar ningún papel ni de esperar la autorización de nadie. El comisario quería evitar a toda costa un escándalo y, aunque pensaba aplicarle medidas disciplinarias a Harry después de su arrebato, no quería exponerse a una demanda por parte de alguien que a todas luces era uno de los nuevos hombres de oro de Sugar Lake City. Su amistad con Tobías Wilson, el abogado de Shave, hacía el caso aún más especial.

Una vez que estuvieron en el coche, Tobías no perdió el tiempo:

—Bien, Shaveson. Necesito que me lo cuentes todo con detalle. En primer lugar, debemos evitar que localicen el cadáver.

—¿El cadáver?

—El comisario me ha contado lo que tienen, y puedo asegurarte que por ahora es muy poca cosa o nada. Encontraron los zapatos y la documentación en la entrada sur de Southern Crew y no se ha sabido nada más de ella en las últimas cuarenta y ocho horas. Floyd me ha confesado que no saben con exactitud por dónde empezar.

—¿Me estás hablando de mi exmujer?

—Claro.

—Para el coche. —La cabeza de Shaveson parecía a punto de bloquearse.

Tobías puso el intermitente y se apartó para estacionar en una zona de carga y descarga. Shave retomó la palabra:

—¿Piensas que he matado a Deb?

—Yo no he dicho eso. Pero si fuese así, o si hubiese una remota posibilidad de que pudieses estar involucrado, mi trabajo es defenderte. Y en estos casos, si no hay cadáver, las opciones de condena se reducen de forma sustancial.

—No soy un asesino, Wilson. —La cara del vagabundo apareció en su mente en forma de *flash*—. Puede que Deborah y yo no acabásemos bien, pero no sería capaz de hacerle daño.

—En esta profesión se ve de todo. En cualquier caso, tengo que reiterar que entre nosotros este tipo de asuntos no es tabú. El gabinete está a tu disposición.

Shaveson no sabía si agradecer aquel gesto. Una sensación asquerosa le subía por la garganta. En primer plano en su cabeza estaba la idea de que a Deb le hubiese pasado algo, y no le resultaba agradable. Al mismo tiempo, la tranquilidad con la que aquel abogado le hablaba de la necesidad de deshacerse de un cadáver para tapar un caso de homicidio le había dejado perplejo.

—No sé nada de mi ex. Vino a mi casa, pero ni siquiera la dejé pasar. Se puso pesada, llamé a la policía y ella se quitó de en medio antes de que llegase la patrulla. Jürgen les dijo lo que había pasado, echaron un vistazo por los alrededores y se largaron.

—Jürgen es tu empleado, ¿no?

—Sí.

—No nos ayuda el hecho de que fuese él y no tú el que habló con los agentes.

—Están las cámaras. Toda la propiedad está controlada por un circuito de cámaras de vigilancia.

—Eso sí que nos puede servir. Me encargaré de pedir una copia de las grabaciones cuanto antes para cubrirnos bien las espaldas. Y ahora vamos a la clínica.

Tobías arrancó el coche y se incorporó a la circulación con cierta brusquedad. Su acción obligó a frenar al coche que venía justo detrás para evitar una colisión. El conductor del vehículo hizo sonar el claxon, y Tobías sacó la mano por la ventanilla y le enseñó el dedo corazón mientras sonreía y murmuraba *hijo de puta*, o algo así.

Pocket Phone no había parado de recibir y emitir llamadas a lo largo del día. Algunas estaban relacionadas de forma directa con los negocios, pero otras trataban de su venganza. En ese preciso instante estaba hablando con Jackson O'Hara, el único miembro de Heart and Sons al que le había confiado sus últimos movimientos.

—No sé qué pretendías conseguir.

—He intentado hacerle entender a ese desgraciado que estaba jugando con

fuego, y dado que no atiende a razones y se cree por encima de las leyes de Dios y de los hombres, he optado por destruir las cosas que ama.

—Pocket, esa chica ya no es su mujer.

—Si una persona no tiene miedo hay que atacar a su entorno. Coge a cualquier hombre, amenázale con hacer daño a su familia, a sus amigos, y lo tendrás a tus pies.

—Ya, pero estamos hablando de su exmujer.

—Ese detalle se me escapó —admitió Pocket.

—Amigo, creo que tienes que enterrar todo esto antes de que acabe por salpicarnos.

—Enterrarlo quizá sea la palabra más apropiada. —Sonrió.

—Haz lo que tengas que hacer, pero no le des más vueltas. Cuando algo se alarga tanto en el tiempo se corre el riesgo de no acabarlo, o de acabarlo mal.

—Quizá lo más sensato sea dejarlo pasar de una vez.

Jackson guardó silencio al otro lado del teléfono.

—Hablamos, Jackson. Tengo que cerrar un par de temas antes de acabar el día. No quiero que se me haga tarde aquí.

Se despidieron. Colgaron.

Jackson O'Hara era amigo íntimo de Pocket Phone, pero en el asunto de la venganza sobre Shave, el viejo no estaba siendo del todo claro. Le contaba gran parte de lo que hacía, y Jackson le aportaba interesantes consejos, pero casi todo lo que estaba haciendo Pocket Phone estaba basado en sus propias intuiciones. Tal vez por eso no terminaban de salirle bien las cosas. Eso le jodía. Quería demostrarse a sí mismo que podía llevar a cabo ese tipo de acciones sin pasar por la excelencia táctica de la que siempre había hecho gala su socio.

Con la oreja aún caliente, volvió a coger el teléfono y marcó.

—Franko, ¿la tienes? —Un par de segundos de silencio, mientras sonaba la respuesta en el auricular—. Adelante con la siguiente fase.

Harry Sabbata había esperado con paciencia en la sala de curas de la comisaría. Le habían puesto algunos puntos en la ceja y mantenía la bolsa de frío con una ligera presión contra la mandíbula. Shaveson Bálsamo le había sorprendido, y eso le enfadaba, porque sabía que los excesos de confianza eran aliados fatales de un policía. Esa impresión se mezclaba con la incertidumbre por Deb. Había encontrado su teléfono móvil destrozado, y horas después unos chicos que hacían bicicleta por la zona de los acantilados habían hallado el bolso y los zapatos. Y Harry había visto suficientes cosas similares para saber que aquello no pintaba nada bien.

También sabía que entre los dos hallazgos Deb había ido a casa de su exmarido, y eso le había empujado a ir de cabeza a buscarle. Y al final parecía que el malo era él. El comisario estaba reunido. Su detenido se había marchado hacía horas, libre, sin cargos, y a él le esperaba una buena bronca, como mínimo.

Harry comenzaba a impacientarse cuando le dijeron que ya podía ver al comisario Floyd. A pesar de que le habían dicho que se marchara a descansar, había insistido en aclararlo todo cuanto antes, ya que no quería darle vueltas a más asuntos de los estrictamente necesarios, y sabía que el de Debbie ocuparía un lugar preeminente en su lista cuando saliese de allí.

Entró en la oficina de Floyd Enduro y cerró la puerta tras de sí. Las formalidades estaban de más, y el comisario empezó, con un tono un tanto paternalista pero firme, a reprender a Harry.

—Puedo llegar a entender lo que pasa por tu cabeza, Sabbata, pero sabes de sobra lo que opino acerca de mezclar asuntos personales con el trabajo...

Harry le escuchaba sin replicar. Le miraba a los ojos y procuraba asimilar todo lo que su jefe le decía. *Detención antirreglamentaria. Errores. Errores de bulto. Testigos de abuso de autoridad. Suspensión de empleo y sueldo.*

—Es algo de cara a la galería, Harry. Tengo a todo el departamento pendiente de la decisión que voy a tomar contigo. Incluso he recibido un par de llamadas de *arriba* —remarcó la palabra, como si fuese vital para que Harry entendiese que él también tenía jefes.

Y sin apenas mediar palabra, Sabbata dejó su placa y su arma sobre la mesa de Floyd. A pesar de que le dijo que no hacía falta, insistió en que si estaba suspendido debía estarlo a todos los efectos, y luego no quiso hablar más. Se marchó de la comisaría con la cabeza a punto de colapsar.

Suspendido. Le iban a abrir un expediente disciplinar. Una mancha en su intachable hoja de servicios, y lo peor era que se la había ganado. No había actuado conforme a los pasos de la justicia. Él siempre los había seguido de manera ejemplar, pero también era cierto que nunca se había visto en una situación como aquella. Deborah Fowler era un cóctel explosivo en su vida. A ratos la detestaba, pero la mayor parte del tiempo estaba loco por ella, hasta por sus facetas más complicadas y difíciles de digerir.

Por eso la idea de perderla le había hecho enloquecer. Y ahora, privado de su estatus de policía, no iba a recuperar de golpe la cordura. Comprobó la puerta trasera derecha del coche, que estaba hundida, y vio que le costaba bastante abrirla. Pensó que lo mejor sería dejarlo en el taller de confianza de siempre y pedir un vehículo de sustitución sin tener que dar parte al seguro. Así todo quedaba entre amigos. Había bastante gente, incluido Shaveson Bálamo, que ya conocía el aspecto de su coche particular.

Puso en marcha el motor y abrió la guantera. Había dejado en la comisaría su arma reglamentaria, pero tenía una igual allí mismo, además de una pequeña colección de diversas golosinas en una habitación segura de su casa.

Harry confiaba en sus instintos y en su olfato, así que decidió que no iba a esperar en casa, cruzado de brazos, a que apareciera Debbie. Estaba decidido. Haría cualquier cosa para encontrarla.

Cualquier cosa, sí.

Shaveson estuvo pronto de regreso en casa. Tenía diversas contusiones, y el ojo hinchado tardaría unos días en volver a su estado normal, pero no era nada que el reposo y una combinación de potentes medicamentos no pudiesen subsanar. Mike Rothmos le llamó para interesarse por lo sucedido y le prometió que estrenaría la maquinaria del laboratorio para elaborar un par de recetas que le irían bien en su recuperación. Mike siempre se comportaba como un perfecto aliado. Era uno de los pocos en los que podía confiar.

Jürgen le dijo que el coche estaba en el depósito de vehículos de la policía y que lo recogería al día siguiente para llevarlo al taller. Tobías le había dicho a Shaveson que los gastos derivados de su curación así como los de la reparación del deportivo se los reclamarían a la policía. En realidad no había muchas opciones de que se hicieran cargo, pero desde el gabinete se veían en la obligación de hacerlo, y aquello no le supondría ningún gasto extra en forma de

honorarios, ya que con ellos tenía una especie de tarifa plana.

Shaveson se dejó caer en el sofá, y Vanni James le trajo una buena jarra de café y un menú completo al estilo de bar de carretera para reponer fuerzas. Shave no tenía apetito, pero se obligó a comer. Se tomó casi todo el café, acompañado de una buena colección de pastillas. Luego se aplicó una pomada en el ojo antes de tumbarse y dejarse arrastrar por el efecto de los relajantes musculares y los calmantes, que lo llevaron en volandas al mundo del sueño. Se sintió caer con un estrépito lento y controlado, y vio cómo la vorágine de aquellos días quedaba atrás, al final de un túnel extraño parecido a una serpiente de humo hueca. Sonrió de forma boba antes de rendirse.

El recuerdo vívido de la primera vez que coincidió con Deb llega a su cabeza, sin avisar.

Shave estaba colocado. Había fumado algo de marihuana en el césped del campus antes de volver a la clase de macroeconomía, y venía charlando de forma desinhibida con algunos colegas cuando la vio. Entraba en el aula donde se solía reunir el equipo de debate. Shave había asistido con cierta asiduidad a aquellas reuniones durante el primer semestre, hasta que le cogió el punto a lo de haraganear y descubrió que le gustaba más que los debates. Pero cuando Deborah Fowler apareció ante él, todo pareció suceder a cámara lenta. La marihuana y el hecho de estar recordando dentro de un sueño también tenían mucho que ver a la hora de provocar ese efecto.

Shaveson masculló una disculpa a sus compañeros, les dijo que inventasen una excusa por él para justificar su ausencia en la siguiente asignatura, y se metió en el aula para asistir al debate. Se sentó cerca de Deborah, lo más cerca que pudo, y le llamó la atención no haberla visto antes por la facultad. Quedó prendado, ella lo notó, y fueron a tomar un café cuando acabó la reunión, porque algo había surgido entre los dos. En aquel primer encuentro, Deb ya acabó echándole la bronca a Shave por el hecho de haber faltado a clase y porque había notado que iba puesto de maría.

A partir de ese día, no tardaron en dar por sentado que estaban saliendo, y Deb se convirtió en la sombra protectora de Shave. Ella había llegado a la facultad por obligación. No quería estudiar y trataba de encontrar su sitio en la vida mientras deambulaba por el campus. De hecho, se había incorporado tarde al curso. Encontrarse con Shave puso un nuevo objetivo en su camino. Y él se enderezó gracias a aquella mano de hierro que ella le impuso. También pasaban grandes momentos. Hablaban sobre planes futuros y se convirtieron en rivales irreconciliables en los debates, algo que solucionaban en la cama cuando caía la noche.

Shaveson revive de una forma bastante exacta el transcurso de su vida con Deb, aunque algunas partes están distorsionadas por el paso del tiempo y por la calidad caprichosa de la memoria. Pero en líneas generales, al Shave del sueño le sorprende el buen recuerdo general que guarda de aquella mujer, a pesar del lamentable final que había tenido su vida en común.

La sensación cambia cuando llega la ruptura. Además, el gato de las patas grandes comienza a aparecer en algunas escenas, y casi siempre mira a Shave a los ojos, como si se burlara o quisiera decir algo. Pero no dice nada. Ni siquiera maulla.

Poco a poco el sueño se contamina, muestra cada vez menos realidad y deja más imágenes desconcertantes. Escenas grotescas, paisajes increíbles, gente desconocida que realiza las acciones más cotidianas y las más impensables. Animales domésticos, exóticos e imaginarios. Y en medio de todo el caos, Deb se acerca a él, con su paso más sinuoso y sensual, y con esa mirada que le había estremecido tantas veces en el pasado. Se acerca, aunque es como si se alejase porque todo el plano de fondo también se aproxima, a una velocidad mayor. Cuando ella está por fin frente a él, extiende su mano y le acaricia la cara. Shave no reacciona ante el gesto. Ella sonríe e inclina de forma leve la cabeza. Luego le guiña un ojo y le dice algo en una lengua que le resulta por completo ininteligible. Algo así como *miaumor, miaudiós*.

Y los ojos de Deb se ennegrecen, como si fuesen dos pupilas gigantescas. Su boca se abre poco a poco hasta límites imposibles, y del interior comienza a surgir una bola de pelo. Su cuello también se ensancha de una forma grosera y exagerada, y todo su cuerpo parece rígido, como un envoltorio vacío, antes de comenzar a encogerse y estirarse, hasta que acaba por regurgitar al gato de las patatas. El felino se sienta en el suelo y empieza a lavarse, se lame con furia mientras el cuerpo sin vida de Deborah se queda allí de pie, con la cabeza reseca abierta como la cáscara de una fruta madura.

Y suena una melodía familiar.

Sonó el teléfono móvil. A Shave le pareció que acababa de coger el sueño, pero comprobó en su reloj que había dormido varias horas. Tardó lo suficiente en incorporarse como para que no le diese tiempo a atender la llamada. Era algo raro, porque en la pantalla del teléfono vio que tenía seis llamadas perdidas. Sin duda, las pastillas le habían dejado fuera de combate, lo cual era muy de agradecer. Volvió a dejar el teléfono sobre la mesa, sin mirar quién le había llamado, y se echó las manos a la cara. Se frotó los ojos mientras regresaba a la realidad. Los ecos del sueño y de la Deb que se había encontrado allí continuaban en su cabeza.

No la echaba de menos. Prefería pensar que la idea de que le hubiese ocurrido algo malo había despertado en él cierta compasión y eso había removido los buenos recuerdos. De todas formas, también era posible que aquella desaparición fuese tan sólo una de las jugadas de Deb. Había hecho muchas a lo largo de su vida. Era única cuando se trataba de buscar o desviar la atención. Algo en el interior de Shave deseaba que fuese así.

Oyó movimiento fuera de la casa, y se puso en pie con laxitud. Se dirigió a las ventanas que daban a la parte delantera de la vivienda. Había anochecido, pero el camino hasta la puerta principal estaba bien iluminado, y pudo ver cómo Jürgen se dirigía hacia el acceso principal acompañado por dos de los perros. Tras la verja se adivinaban los faros delanteros de un coche.

Algo se torció en el gesto de Shave. El coche se retiró antes de que la figura de Jürgen llegase a la verja. El isleño se agachó, permaneció unos segundos en esa posición, y luego se puso en pie y volvió sobre sus pasos. Shave salió a la calle cuando se acercaba.

—¿Quién era?

—No lo sé, patrón. Llamó a la puerta sin bajar del coche e insistía en que saliese usted. Le dije que estaba descansando y me dijo que tenía algo que entregarle. Pero el coche se ha ido antes de que yo llegase. Han dejado esto en el suelo. —Jürgen le entregó el sobre que había recogido.

En el exterior, escrito con letras anchas, irregulares y oscuras se leía: *La destrucción de Deborah.*

Se quedaron en silencio unos segundos.

Jürgen preguntó si podía ayudar en algo, pero Shave le dijo que podía retirarse a seguir con aquello que estuviese haciendo antes de la llegada del mensajero. El isleño, con un gesto leve de la mano, indicó a los perros que le siguieran y éstos reanudaron la marcha.

Shave estaba nervioso. Permaneció un par de minutos fuera de la casa, repartiendo miradas entre el sobre y la puerta de entrada. En realidad no miraba nada concreto. Sólo le daba vueltas a varias ideas, y las cosas que llegaban a su cabeza no eran precisamente halagüeñas.

La destrucción de Deborah. El mensaje del sobre no invitaba a pensar en nada positivo, y además traía consigo una connotación que no estaba dispuesto a pasar por alto su mente, aún aletargada por el efecto postrero de los relajantes musculares. Aquello le relacionaba de forma indiscutible con la desaparición de su exmujer. Lo que fuese que le hubiese ocurrido a Deb tenía algo que ver con él, aunque no le preocupaban las repercusiones legales que pudiese acarrear el tema, sino el hecho de estar conectado.

No podía evitar sentir algo que le apretaba y le hurgaba en el pecho al pensar en Deb secuestrada, retenida contra su voluntad a la espera de quién sabe qué petición. Ya tenía decidido pagar cualquier cantidad que pidiesen como rescate, sin pensar en que Deborah Fowler era capaz de fingir un secuestro con tal de sacarle hasta la última gota de jugo monetario.

Una inusual ráfaga de aire le sacó de su ensimismamiento y le hizo volver al interior de la casa. Se sentó de nuevo en el sofá y sopesó el sobre. Había algo suelto en su interior, algo pequeño. Lo abrió. Como único contenido había una tarjeta de memoria. Shave dejó el sobre vacío en la mesa y se fue a su despacho para ver a qué se enfrentaba.

Estaba descolocado, desorientado hasta un extremo en el que hacía un buen tiempo que había dejado de sentirse cómodo para pasar a un escalón superior que aún no había tenido tiempo de definir. Mientras arrancaba el ordenador portátil, reflexionó, iracundo; pensaba que él sólo trataba de encontrar la

felicidad sin molestar a nadie, que su único objetivo incluso antes de quedar destruido su matrimonio con Deb era ser feliz, sin pretensiones grandiosas. Había buscado su bienestar, su plenitud, en cualquier ámbito, sin despreciar las pequeñas cosas, pero parecía tener un ilimitado número de trabas en su camino. Había comenzado a sumergirse con profundidad en aquella aparente imposibilidad del ser humano para estar completo hasta que pudo pudo por fin insertar la tarjeta de memoria en el portátil. En unos pocos segundos, el contenido se desplegó y quedó a merced del recién iniciado sistema operativo.

La tarjeta contenía dos carpetas. Una con imágenes y otra con un par de vídeos.

Shaveson abrió primero algunas de las fotografías. En el inicio, las fotos mostraban, desde una vista tipo *webcam*, a Deb subida en el asiento del copiloto de un coche. Parecía estar angustiada, con el maquillaje deslavazado y un fino hilo de sangre bajando desde la comisura la derecha de sus labios. Tenía los ojos hinchados y brillantes, señal inequívoca de que lloraba o de que lo había hecho poco antes. Luego la luz y la calidad de las imágenes cambiaban de repente. Shave tuvo que hacer un esfuerzo para continuar, ya que parecía bastante claro hacia dónde conducía aquello.

La segunda fase de la galería de imágenes mostraba a Deb amordazada, atada a una silla y flanqueada por un par de pilares de hormigón, con un muro blanco al fondo. La pared tenía unas protecciones de goma la altura de los parachoques de los coches, lo que dejaba claro que se trataba de un aparcamiento.

Shave pasó varias fotos más, pero aún le quedaban muchas cuando decidió darse por vencido. Deb aparecía con nuevas heridas, con la ropa cada vez más desgarrada; antes de ciertas vejaciones había primeros planos de las herramientas y juguetes empleados para infligir los castigos. Estuvo a punto de vomitar, o de coger el ordenador portátil y reventarlo contra la pared.

Abrió la otra carpeta. Le temblaba todo sin haber terminado de ver las imágenes, pero se obligó a echar un vistazo a los vídeos.

El resultado del visionado de los dos archivos estuvo muy lejos de resultar satisfactorio. En el primero de ellos, que se correspondía con las fotos de calidad *webcam*, estaba grabada la secuencia en el interior del coche. Había sonido. Comenzaba con el vehículo parando. El tipo de las gafas de sol y el gesto indiferente preguntaba si podía ayudar y poco después se oía la voz de Deb y se subía junto a él. En el momento en que ella se colocó el cinturón, del asiento trasero apareció otro tipo muy similar, por no decir idéntico al conductor, que le colocó un cable alrededor del cuello desde la parte trasera del reposacabezas y le dijo que no se moviese, que no gritase. Ella trató de pedir ayuda, pero el del

asiento trasero tensó el cable, y la ahogó unos segundos. El conductor le dio un puñetazo o una bofetada, le cogió el bolso y los zapatos y los arrojó por la ventanilla. Luego, con una Deb que miraba aterrorizada a todas partes, el coche iniciaba la marcha. No había mucho más. Los dos tipos estaban callados casi todo el tiempo. Se oía el sollozo constante de Deb, que en un par de ocasiones preguntó a sus captores a qué venía aquello. En la primera la ignoraron. La segunda vez recibió como respuesta otro golpe en la boca que le hizo soltar un grito apagado antes de agachar la cabeza y romper a llorar. El vídeo se cortaba poco después.

El segundo clip comenzaba con Deb atada a la silla en aquel decorado de aparcamiento subterráneo. Ese corte era mucho peor. Un tipo encapuchado se dedicaba a emplear todo tipo de elementos de tortura sobre Deborah. Shave se obligó a verlo, a pesar de que le revolvía por dentro y a veces tenía que apartar la vista de la pantalla. La mordaza ahogaba los gritos y llantos, y daba como resultado un sonido horrible que no olvidaría nunca. El tipo del pasamontañas, que por la voz y el porte estaba claro que era uno de los dos del coche, desempeñaba la tarea de forma mecánica; incluso cuando la insultaba, no parecía que hubiese sentimiento alguno detrás de aquella voz monocorde y asquerosa.

Llegó un momento en el que Shaveson no pudo continuar. Detuvo la reproducción porque estaba demasiado saturado y se encontraba mal. Deb no había demostrado ser una buena persona, al menos con él se había comportado como si no tuviese alma ni corazón, pero tampoco le deseaba un destino así. Y mucho menos, como parecía ser, por culpa de él. El hecho de que le enviaran aquel material le hacía suponer que todo era parte de algún tipo de venganza, de un ajuste de cuentas. Eso o un rescate, pero por el estado de Deb cuando dejó de ver el vídeo y el continuo *in crescendo* de la paliza que le estaban dando, Shave podía adivinar cuál era el desenlace de la escena.

Barajó las opciones, pero no terminaba de centrarse, desbordado por completo por la situación. Sin apenas tiempo para digerir lo que acababa de ver, cogió el teléfono y se puso en contacto con Tobías Wilson. El abogado tardó sólo tres tonos en responder.

La nueva visita de Shaveson a la comisaría, que parecía haberse convertido de repente en un segundo hogar para él, no se había alargado demasiado. Tobías insistió en que se marchase a casa tras darle la tarjeta de memoria al comisario Enduro y mantener una breve conversación con él, en la que le explicaron las circunstancias en que se había efectuado la entrega. Shave llevó también el sobre en el que le habían dejado la tarjeta. Tanto el abogado como el comisario estuvieron de acuerdo en que sería de vital importancia acceder a las imágenes del circuito de cámaras de vigilancia para recabar toda la información posible en relación al vehículo y a su conductor. Shave hizo una llamada a Jürgen y unos minutos después el correo electrónico de la policía tuvo acceso al enlace de descarga en el que se aglutinaba el contenido relevante, entre el que se encontraban algunas buenas tomas del rostro del conductor en el momento en que tocó el pulsador del interfono. También se veían con claridad el vehículo y la matrícula.

Tobías Wilson se quedó en las dependencias policiales y le dijo a Shave que le informaría de cualquier novedad, pero que era muy probable que no llegasen a ninguna conclusión hasta el día siguiente. El abogado, el comisario y dos agentes especiales completaron el visionado de las ciento cuarenta y nueve imágenes y de los dos vídeos. El comisario había visto muchas salvajadas a lo largo de su carrera, pero aquello tenía ingredientes fuera de lo común. Había algo muy extraño alrededor de todo lo que había sucedido, y Floyd Enduro no pudo evitar buscar asociaciones, sin obtener resultado alguno. Tobías Wilson, que no parecía especialmente impactado por el visionado de la tortura, tampoco veía conexiones claras entre aquella atrocidad y su cliente, aparte de que la víctima era su exmujer. Esas acciones eran propias de las mafias, de las venganzas familiares de ciertos clanes étnicos y de los ajustes de cuentas, pero Shaveson Bálsamo no era el clásico objetivo de ese tipo de represalias. Más si se tenía en cuenta que la relación con su expareja era inexistente.

El vídeo del aparcamiento subterráneo terminaba de forma abrupta, cuando el tipo del pasamontañas se situaba junto a Deb con un soplete de gas y una

navaja de afeitar oxidada. Según el Floyd, estaba claro que se había buscado un efecto de incertidumbre, algo típico en esa clase de grabaciones.

Una vez acabada la reproducción, los cuatro presentes guardaron silencio. Fue el comisario Enduro el encargado de romper el hielo:

—Es horrible. —Hizo una pausa. No era una pausa dramática. Necesitó tragar saliva un par de veces antes de continuar—. Si tenemos en cuenta el final del vídeo, creo que cabe pensar que Deborah Fowler sigue viva, y que sus captores tratarán de hacer llegar sus condiciones para un rescate, pero debo admitir que nunca he visto algo así. Necesito que saquéis punta a todos los detalles. Sonidos, el trayecto que se adivina a través de las ventanillas del coche, ese aparcamiento subterráneo... A trabajar.

Los dos agentes asintieron y se dispusieron a repasar las fotografías y los vídeos. El comisario Floyd acompañó a Tobías al *parking* de la comisaría. Se tomaron un café y se fumaron un cigarrillo mientras comentaban algunos detalles del caso. Tobías le dijo al comisario que le informase en cuanto supiese algo. Se dieron un apretón de manos y se despidieron.

Shaveson agradecía haber descansado aquella tarde. Los calmantes mitigaban con solvencia casi todo el dolor, pero no podía evitar tocarse el ojo, hinchado y casi cerrado, mientras recordaba lo que en ocasiones daban de sí las horas del día. Eran las dos de la madrugada. Había recibido poco antes la llamada de Tobías, para decirle que acababa de dejar la comisaría y que en base al material que habían visto no quedaba constancia de que Deborah estuviese muerta. Tobías le advirtió sobre la posibilidad de que los secuestradores se pusieran en contacto con él, y le dio varias instrucciones sobre cómo actuar llegado el momento.

A Shave seguía inquietándole algo. Aunque no había terminado de ver el contenido de la tarjeta, todo el tiempo estuvo presente la sensación de algo familiar, algo que no terminaba de reconocer pero que le despertaba un ligero eco en la memoria. Y ese algo seguía ahí, palpitaba, pulsaba teclas en su cerebro que le impedían conciliar el sueño.

En cualquier caso, la experiencia de ver cómo la mujer con la que había compartido su vida era torturada de forma brutal no había sido plato de buen gusto para él. Se sirvió otro café y la ansiada dosis de analgésico y relajante muscular.

Se abandonó. Dejó que fuesen las sustancias químicas las que le permitiesen volver a conciliar el sueño, pero con aquella molesta sensación de que algo se le escapaba justo detrás de su oreja.

Le sorprende la visión de los cuartos traseros de un felino enorme que camina directo hacia una edificación que aparece ante sus ojos, en medio de un desierto de arenas rojizas. Mira alrededor. No hay nada más a la vista. Decide que lo mejor es seguir al gato gigante.

El edificio crece a cada paso, y la distancia, que parecía inabarcable, se descompone con rapidez hasta dejarles justo en la entrada. Antes de llegar a la puerta, Shave reconoce sin problemas el lugar, a pesar de que no está situado en su emplazamiento real y la fachada difiere de forma notable de la de su equivalente fuera del mundo onírico. Comienza el enlace de ideas.

Sigue al gato, que empuja la puerta y penetra en la colosal estructura. Hay figuras inertes que simulan a las personas que ocuparían los espacios vacíos en otras circunstancias. Son figuras negras, brillantes. Shave las ignora y aprieta el paso para colarse en el ascensor junto al felino, que no se detiene a esperarle. El animal no parece hacerle caso, aunque Shave sabe que es consciente de su presencia.

El ascensor baja dos plantas, hasta el sótano. Allí está el aparcamiento de los directivos. Se abren las puertas y el gato sale corriendo, desaparece en la oscuridad. Shave trata de alcanzarlo, pero es evidente que las pupilas del animal se han adaptado mejor a la falta de iluminación, y lo pierde de vista. Hay una luz al fondo, y se dirige hacia ella. Conforme se acerca, oye un sonido apagado, asqueroso, que le resulta conocido.

Y cuando llega lo entiende. La asociación ya está completa. Ve al tipo de las gafas que sujeta la cámara de vídeo; lo graba todo con su gesto de cera. Sabe de sobra lo que está grabando, pero se asoma y puede ver cómo el otro degolla a Deb mientras le quema los ojos con un soplete.

Shave siente que se desvanece en el sueño.

Despertó sobresaltado, empapado en sudor. Había amanecido, o eso parecían contar los rayos de sol que entraban por la ventana. Los cabos estaban atados en su cabeza adormecida. El tipo que conducía el coche en el vídeo de *La destrucción de Deborah* era el mismo que le entregó aquella nota extraña cuando salía de casa de Mike. El aparcamiento donde habían grabado el vídeo se parecía mucho al subterráneo de Heart and Sons, y la forma hexagonal de los pilares era un detalle arquitectónico que lo diferenciaba de la inmensa mayoría de aparcamientos de la ciudad.

Se incorporó. Las piezas encajaron, aunque de una manera un tanto inesperada y siniestra. Las palabras de Susan O'Hara sobre las ansias del viejo Pocket Phone de hacerle daño de cualquier manera entraron en su cerebro impregnadas de un lubricante imaginario y excelso. No dejaban de ser pasos

extraños, aunque pensó que aquella maniobra podía ser un claro intento de implicarle en la desaparición de su exmujer. No necesitaba saber con exactitud las motivaciones que habían impulsado aquellos actos. Tenía que confirmar cuanto antes sus sospechas y prepararse para lo que fuera que estuviese por llegar.

Y decidió que era su turno de mover ficha.

El amanecer traía consigo juegos de sombras y brillos sobre las fachadas y algunas cubiertas de los edificios de Sugar Lake City. Pocket Phone estaba plantado frente a la cristalera. Disfrutaba de aquel caleidoscopio cuyo orden de cambio conocía de memoria. Habían sido muchos años contemplando amaneceres desde las alturas. Tenía los ojos muy abiertos y lucía una sonrisa exagerada.

Había pasado la noche en el despacho. Aquello también se había repetido incontables veces desde sus tiempos de juventud. En ocasiones con los socios, otras solo. Las obligaciones eran lo primero, y cuando éstas se presentaban, el sueño debía esperar.

Desde aquella posición siempre se había sentido como si manejase con hilos invisibles todo lo que sucedía en la ciudad: cada barrio, cada negocio, cada vida, por pequeña que fuese. Estiró aún más sus labios, llevando las comisuras a un punto de extensión insospechable, casi inhumano. El movimiento de su boca respondía de forma involuntaria al pensamiento que rondase su cabeza en cada momento. De hecho, poco después volvió a relajar el gesto al recordar que tenía que comprar nuevas camisetas para el equipo de golf de la empresa.

Así se mantuvo durante un tiempo indeterminado, hasta que llamaron a la puerta. Se dirigió a su mesa y dijo *adelante*. Tres segundos después su secretaria asomó la cabeza, y luego el resto de su cuerpo, mientras daba los buenos días.

—Buenos días, señor Phone. Tiene una visita. Le he dicho a recepción que es demasiado temprano, pero el señor Schmidt insiste en que tenía cita con usted.

—El señor Schmidt es casi siempre bienvenido.

—Pero yo no tenía anotada esta cita en la agenda y...

—Hazle pasar, Tania.

Tanía Lionhead no añadió una palabra más. Asintió y se retiró. Apenas un par de minutos después, repetía la protocolaria llamada para dar paso a Franko Schmidt. Pocket Phone le dijo a la joven que no quería interrupciones de ningún tipo hasta que su invitado se hubiese marchado. Ella volvió a asentir y cerró la

puerta cuando salió.

Franko no se quitaba nunca las gafas de sol. Aunque algunas personas pudiesen considerar aquella actitud como de escasa o nula educación, él lo atribuía a una sensibilidad desmesurada de sus retinas a la luz, sensibilidad que le provocaba terribles cefaleas en caso de no llevar la protección de aquellos cristales especiales. Su gesto, como siempre, era tan plano que resultaba imposible dirimir si se encontraba de buen o mal humor, incluso costaba adivinar si estaba vivo o si se trataba de una réplica muy conseguida de un ser humano.

Tras unos segundos de silencio, fue Pocket Phone el que arrancó la conversación tras encenderse un pequeño puro. Ofreció otro a Franko, pero éste declinó la oferta con un gesto de la mano.

—Bien, Franko. Cuéntame esas buenas noticias que estaba esperando.

—Hicimos la entrega como estaba previsto. Luego, al parecer, Bálsamo fue a la policía con el cuento.

—Era de esperar —dijo mientras daba una calada profunda al purito y expulsaba el humo, con un delicioso toque de vainilla quemada y cacao—. Has traído el material, ¿no?

—Sí, señor Phone. Sólo hay una cosa que...

—No, no —interrumpió el viejo—. Quiero verlo. Quiero imaginar la cara de Shaveson Bálsamo al contemplar cada una de las imágenes.

Franko Schmidt se echó mano al bolsillo y sacó un sobre que contenía una tarjeta de memoria. En la parte exterior del sobre, igual que en el que le entregó a Shave, podía leerse en letras grandes y oscuras: *La destrucción de Deborah*.

—No era necesaria la presentación con el texto en el sobre, Franko. Incluso te diría que es algo temerario ir con algo así encima, pero me ha gustado el detalle.

Puso la tarjeta de memoria en el lector del ordenador de sobremesa y en seguida se desplegó un menú de reproducción automática. Franco le indicó el contenido de las carpetas y Pocket Phone abrió las imágenes. Sus ojos volvieron a abrirse muchísimo mientras pasaba las fotografías, como cuando miraba a través de la cristalera. Parecía disfrutar mucho con aquello. De hecho, lo hacía.

Pocket Phone casi nunca olvidaba cuál era su posición en la dinámica de la sociedad. Sabía que ocupaba un lugar de privilegio, y que en su mano estaban la vida y el bienestar de una incontable colección de seres humanos, de forma directa o indirecta. Pero aquella posibilidad de decisión sobre el destino de una persona, expuesta de una manera tan gráfica, le llegaba a excitar como muy pocas cosas. El gesto de Franko Schmidt, por el contrario, no expresaba nada.

El primer vídeo creó una expectativa enfermiza en la cabeza de Pocket, que encendió otro puro. Vieron el segundo. El viejo se mordisqueaba el labio

inferior, nervioso, mientras la tortura se desarrollaba con una elegancia macabra. En algunos puntos, Pocket le preguntó a Franko qué instrumento estaba utilizando, incluso detuvo la reproducción para recibir la información en los casos en que ésta era más profusa.

Y llegó el clímax. El torturador se dirigía a la chica con el soplete de gas encendido y una navaja de afeitar oxidada. Se situó junto a ella y parecía que miraba a cámara. La joven permaneció con la cabeza agachada, aguardando el final sin oponer ningún tipo de resistencia. Y entonces la grabación terminaba, sin más.

Pocket Phone se quedó mirando unos segundos la pantalla en negro. Acto seguido, mientras señalaba el monitor con la mano izquierda, se dirigió a Franko:

—¿Qué es esto?

—Trataba de explicárselo, señor Phone.

—¿Qué me tienes que explicar? Esto no es lo que te pedí. ¿Dónde está la parte que falta?

—No...—dijo, titubeando—. No hay más.

Pocket se puso en pie y apoyó las manos sobre la mesa. Se inclinó hacia la posición de Franko y negó con la cabeza, con los ojos cerrados, antes de volver a hablar:

—Esto es una chapuza. No dais pie con bola y el que queda como un incompetente soy yo. —Estaba visiblemente alterado, pero no gritaba, sobre todo porque no quería montar un espectáculo allí. El efecto que conseguía era aún más acojonante—. ¿Tienes alguna explicación o es sólo que os dio por joderme?

—La cámara se quedó sin batería.

Pocket se quedó callado, mirando muy fijo a Franko, que decidió dar más explicaciones:

—Al principio mi compañero intercalaba planos de las herramientas de tortura y de la chica, pero luego dejamos la cámara sobre el trípode, en plano fijo, ya que necesitaba que me ayudase con los últimos pasos. Y entonces, cuando terminamos y fuimos a apagarla, vimos que ya se había desconectado y comprobamos que se había quedado...

Pocket Phone no modificó su postura. Se limitó a fruncir el ceño y a respirar con fuerza, tratando de no perder el control. Franko Schmidt prefirió no decir nada más, ni siquiera la disculpa que parecía querer salir de sus labios. Bajó la mirada para no parecer desafiante y esperó a que llegasen las represalias, en cualquiera de sus formas.

Después de unos larguísimos segundos, que se estiraron hasta parecer

minutos, Pocket Phone puso en orden sus ideas:

—Márchate y espera instrucciones. Necesito pensar en el siguiente paso y no quiero más errores. Ya se me ocurrirá qué hago con vosotros.

—Esperaremos, señor Phone.

Franko inclinó la cabeza en señal de despedida y se retiró.

El viejo volvió a sentarse. A pesar de que el contenido del vídeo no se adecuaba del todo a lo que había pedido, estaba seguro de que había conseguido dejar a Shave destrozado. Al fin y al cabo ése era el objetivo. Después de todo, no podía hablar de un fracaso estrepitoso. De hecho, pensó, le había salido bastante bien la jugada y ahora, si contemplaba todo aquello como una gigantesca partida, sobre el tablero quedaban muy pocos movimientos para someter de forma definitiva a su oponente.

Sonrió.

—Pagarás por todo, hijo de puta.

Su moral se elevó hasta cotas cercanas al infinito. Incluso se preguntó qué pensaría su socio de todo aquello. Llevado por la euforia, no quiso esperar para averiguarlo y descolgó el teléfono. Marcó. La voz de Jackson O'Hara no tardó en responder al otro lado.

Shaveson había quedado con Susan para exponerle sus sospechas, pero antes pasó por casa de Mike Rothmos para poner al corriente a su amigo y pedirle consejo.

Lo primero que hizo Mike fue darle un ungüento de elaboración propia que debía aplicarse en las zonas con contusiones. Le dijo que tenía tremendas propiedades antiinflamatorias y analgésicas, y que era muy efectivo contra los hematomas. Le prometió que haría milagros con su ojo, y lo cierto es que apenas aplicarse la crema notó un cosquilleo y una sensación de calor que se tradujeron en un alivio casi instantáneo de la molestia.

Shaveson le contó con detalle todo lo ocurrido con Harry Sabbata, lo del vídeo de Deborah y que el día anterior estuvo dos veces en la comisaría. Después de los últimos acontecimientos, Mike no tenía ningún aprecio por Deb, pero tampoco era capaz de alegrarse de algo así. En cuanto a lo del policía, del que ya sabían que era algo así como el nuevo novio de Deb, coincidieron en que no dejaba de ser una pérdida de papeles, pero si tenían en cuenta las circunstancias en que se había producido la desaparición, no era del todo injustificable. De hecho, Shave comentó que le había pedido al comisario Floyd Enduro que readmitiese cuanto antes a Sabbata a cambio de no presentar ningún tipo de demanda contra ellos.

—Y ahora quiero que veas una cosa. —Shave cogió su teléfono móvil y buscó una imagen de las que correspondían al interior del coche, en la que se veía con claridad la cara de Franko Schmidt—. ¿Reconoces a este hijo de puta?

Mike cogió el teléfono y amplió un poco la imagen. Algo se removió en su cerebro, y frunció el ceño tratando de sacarlo a la luz. Después negó con la cabeza. Entonces Shave trató de refrescarle la memoria:

—A mí me parece que es el mismo que me dio aquella nota ridícula en la puerta de tu casa.

El rostro de Mike Rothmos cambió. De nuevo puso a trabajar sus neuronas, y entonces sí, recuperó lo que estaba buscando.

—Si no es él, es su hermano gemelo —sentenció antes de devolverle el

teléfono a Shave—. ¿De qué va esto, tío? —Su tono de voz dejaba claro que no le había gustado nada la relación que se se establecía entre aquellas acciones.

—Verás. Puede que esto te suene descabellado...—Shave se quedó callado, sin saber cómo soltar lo que venía a continuación, a pesar de que Mike ya sabía algo del tema.

—No creo que desentone con lo anterior, colega. Suéltalo.

—¿Recuerdas lo que me dijo Susan? ¿Lo de que el viejo tenía algo personal contra mí?

—¿Pocket Phone?

Shave asintió.

—En otras circunstancias te diría que es una locura, pero todo lo que me has contado lo parece. De todas formas, ¿qué tiene que ver Deb con eso? Quiero decir, ella y tú ya no...

—Lo sé. Yo tampoco lo entiendo. Tobías me ha llamado hace un rato. Entre otras cosas me ha solicitado consentimiento para intervenir mis líneas porque piensan que los secuestradores tratarán de ponerse en contacto conmigo.

—Como si necesitasen tu consentimiento.

—Ya. Imagino que así parece más elegante. El caso es que yo no quiero esperar demasiado. Voy a hablar con Susan. A ver si puedo enterarme de algo más.

Mike sirvió café. Volvió a decirle a Shave que llevase cuidado con ella. Por mucho que pareciese estar de su lado, no dejaba de ser hija de uno de los fundadores de Heart and Sons, y su padre era íntimo amigo del viejo. Shave lo sabía. No iba a abrir la boca más de lo necesario. De hecho, su idea era que fuese Susan la que hablase, y si veía algo raro, daría media vuelta y regresaría por donde había venido. No iba a darle más información de la precisa a no ser que estuviese completamente seguro.

—Tengo buen ojo —comentó antes de mirar el reloj y apurar el café—. Debo irme, Mike. Luego te cuento.

Un apretón de manos selló la despedida, y Shaveson se largó.

Llegó puntual al callejón donde solía citarse con Susan. Ella aún no estaba allí, y Shave se llevó la mano al cinturón. El frío de la culata le dio una mayor sensación de seguridad. Miró a ambos lados, y luego por los espejos retrovisores. Tenía que terminar con aquella historia cuanto antes porque estaba empezando a sentir una incertidumbre cada vez mayor y no quería que aquello derivase en alguna rara manía persecutoria.

Susan tardó algo más de lo habitual pero apareció al fin. Se subió al coche y Shave le preguntó a dónde le apetecía ir.

—No es una buena idea, Shaveson. Dime a qué viene tanta urgencia en

verme. Tengo que volver al trabajo. —Ella se dio cuenta del ojo morado, pero no preguntó.

Primer revés. Shave no esperaba que ella llegase con el tiempo tan justo como para querer marcharse desde el primer minuto.

—Esto no me lo esperaba. ¿No te dejan salir a comer? —trató de bromear, aunque tampoco tenía el ánimo para montar la fiesta del siglo.

—Las cosas están revueltas. Pocket sabe que quedé contigo, y estoy segura de que se lo diré a mi padre. Mientras descubro si me echa la bronca, me deshereda o me da su bendición para hacer lo que me dé la gana, creo que no es lo mejor que nos vean juntos por ahí.

Shave no sabía qué decir. En realidad, era algo con lo que contaba desde el principio, desde la primera vez que se vieron tras su salida de HS. Tal vez por lo desconcertante del momento, se le fue la lengua:

—Mi exmujer ha desaparecido. —Susan lo miró y arqueó una ceja, preguntando sin palabras a qué venía eso—. Vino a verme a casa, y luego desapareció.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo, Shaveson? —Susan se mostró algo indignada aunque comedida, incluso pareció empatizar con él hasta cierto punto.

—Ayer estuve en la comisaría. Un coche vino a casa y dejó un sobre con unas fotos y unos vídeos en los que un par de tipos...—Hizo una pausa—. La secuestraron, Susan. Luego la destrozaron, lo grabaron todo en vídeo y me lo enviaron.

—Eso es horrible, Shavy.

Se quedaron los dos en silencio. Shave entendió que tenía que buscar la forma de que ella hablase o aquel encuentro sería un fracaso, más si tenía en cuenta cómo lo había planteado de antemano en su cabeza.

—Creo que el viejo está detrás, Susan.

Ella tomó aire hasta tres veces antes de volver a abrir la boca:

—No tiene mucho sentido.

—No. No lo tiene.

Algo le hacía guardarse información. Si le decía a Susan lo de las columnas del aparcamiento, por ejemplo, tal vez inclinase la balanza a su favor, pero las palabras de Mike Rothmos y su propia intuición le hicieron quedarse para sí algunos detalles, al menos por ahora, para no descubrir todo lo que sabía. Bastante había dicho ya.

Susan parecía estar reflexionando, con el gesto aún más serio que cuando entró en el coche. Shave quiso hablar, pero ella le pidió o le ordenó que se callase con un gesto de la mano y un contundente siseo. Pasaron unos segundos, durante los que llegó a cerrar los ojos con fuerza al mismo tiempo que se llevaba

la mano a la sien. Shave no sabía muy bien cómo reaccionar, hasta que al fin ella volvió a levantar los párpados y habló:

—Voy a ver qué puedo averiguar, pero no te prometo nada.

—Sólo necesito saber qué opinas. Tampoco quiero que te juegues el culo.

—Si quieres mi opinión, te diría que no creo que el viejo sea capaz de hacer algo así. Sobre todo porque no veo ninguna finalidad. En Heart and Sons no actuamos de esa forma.

Shave prefirió no saber *cómo actuaban* en Heart and Sons, por lo que no preguntó. Susan prosiguió:

—Si puedo ayudarte, lo haré, pero creo que deberías tener mucho cuidado. No vayas por ahí tan tranquilo.

—No te preocupes. Tenía que aprovechar el día de hoy. Mi abogado ha pedido protección policial y creo que mañana por la mañana tendré compañía.

—Parece que te haga gracia. No creo que sea mala idea lo de la protección. Tengo que volver al trabajo —dijo tras mirar la pantalla de su teléfono móvil, que estaba sonando—: me reclaman.

Le pidió de nuevo que tuviese mucho cuidado y volvió a llamarle Shavy antes de salir del coche. Shave vio como atendía al teléfono mientras observaba el contoneo de sus caderas alejándose calle abajo.

Esperó cinco minutos antes de poner en marcha el motor y salir del callejón. Todavía le quedaban cosas por hacer antes de regresar a casa. Volvió a acariciar la culata de su automática. Cosas por hacer, sí.

Susan atendió la llamada de la oficina y le dijo a la secretaria que no tardaría en regresar, que estaba en su *jodida hora del almuerzo*. Nada más colgar apretó el paso para llegar cuanto antes al coche. Una vez estuvo dentro, arrancó e hizo una llamada a través del dispositivo de manos libres. Sonó la voz de papá O'Hara al otro lado. *Qué hay, cariño.*

—Shaveson dice que han secuestrado a su exmujer y que le han mandado un vídeo. ¿Tenemos algo que ver con eso?

—No. No exactamente. Pocket me ha llamado hace un rato y me ha informado. Digamos que sigue actuando por libre.

—Dios.

—Dios no ha tenido nada que ver con esto, hija. Pocket me lo ha contado como un triunfo, y luego me ha vuelto a pedir consejo para acabar con el tema.

—Van a ponerle protección a Shaveson. Según me ha dicho, mañana por la mañana tendrá al menos a un agente haciéndole compañía.

—Interesante. Eso cambia las cosas. Voy a hablar con Pocket.

—Un beso, papá.

—Buen trabajo, hija.

Colgaron. Susan se encendió un cigarrillo y sonrió mientras ponía la música a todo volumen.

Shaveson había terminado de cenar. Se estaba mirando en el espejo del baño y apenas podía creer la forma en que se había recuperado la inflamación de su ojo. No tenía más remedio que admitir las portentosas propiedades del ungüento de Mike. Sonrió, porque pensaba que su amigo tenía el éxito asegurado con aquel laboratorio que no tardaría en arrancar. Después de lavarse los dientes, fue directo al dormitorio.

Desde el exterior llegó el sonido de un relámpago. Miró a través de la ventana y vio el cambio que se había producido en el clima. Una tormenta brutal se había formado sobre Sugar Lake City y había comenzado a descargar hacía apenas unos minutos.

—La suerte está echada —dijo en voz baja.

Otro relámpago, aún más monstruoso, iluminó el exterior con una luz azulada.

No era exactamente un sueño, pero lo parecía.

Un tipo con un pasamontañas, vestido de negro de pies a cabeza, se descolgó por una cuerda desde la muralla exterior de la propiedad. Era un punto casi opuesto a la entrada, lejos también de las perreras; el punto de acceso que más favorecía a una incursión, aunque también el más previsible.

La figura resultaba imposible de distinguir a simple vista. Se desplazaba a gran velocidad, agazapado, pegado a la muralla, lo que le dejaba justo en un espacio de oscuridad que parecía estudiado a la perfección. Cuando llegó a la altura de la puerta de acceso de servicio, situada en la parte trasera de la casa, se echó al suelo y comenzó a reptar. El temporal ayudaba a la hora de camuflar sus movimientos, y a esas alturas no le importaba mojarse porque ya iba calado hasta los huesos.

Se deslizó hasta alcanzar la puerta. Colocó un aparato en la cerradura, un inhibidor, y luego probó varias de las ganzúas que llevaba en un pequeño llavero. La tercera resultó ser la correcta. El inhibidor hizo su trabajo, y la alarma no sonó cuando el intruso accedió al interior de la vivienda. Reguló el

dispositivo de visión nocturna que llevaba en el ojo derecho y se situó antes de seguir su camino. Había tenido el tiempo justo para estudiar el plano de la casa. Era un plano antiguo, pero se dio cuenta de que la distribución no parecía haber variado. Avanzaba en total silencio. En el exterior, un aguacero de proporciones diluvianas seguía cayendo sobre Sugar Lake City.

Cuando llegó a la escalera que conducía a la segunda planta, sacó una pistola con silenciador y comenzó a subir. A pesar de su sigilo, le resultaba inevitable dejar un rastro de agua y barro, aunque en aquel momento eso era lo de menos.

Por fin se situó ante la puerta del dormitorio. Su objetivo estaba claro: si era posible, debía sacarle de la propiedad y llevarle ante el jefe; si se complicaba el trabajo, tenía que liquidarlo para dar por terminada la venganza.

Abrió la puerta. Se oía un ronquido que se asemejaba al ronroneo de un gato. Eso le daba la tranquilidad de saber que su víctima estaba dormida. Dio un par de pasos hacia la cama, donde se apreciaba un bulto bajo las sábanas con el inconfundible movimiento de la respiración humana.

Y entonces se encendió la luz. En un primer instante, el tipo se quedó paralizado, pero cuando la figura de la cama empezó a moverse supo que se había despertado y apuntó con su arma. Apenas había levantado el brazo cuando en el aire se deslizó una especie de silbido, y la mano que empuñaba el arma cayó al suelo.

—Sorpresa, hijo de puta —dijo Shave, que acto seguido, ciego de adrenalina, asestó otro tajo en la parte delantera del cuello que le seccionó la tráquea y estuvo a punto de decapitar al intruso.

Cayó en redondo, emitiendo un gorgoteo asqueroso por la herida del cuello mientras experimentaba unos ligeros espasmos con sus últimos restos de vida. En la cama, Jürgen, el isleño, admiraba la escena y encumbraba en su interior a su patrón. Se quitó de encima la sábana y la lámina antibalas y se colocó junto a Shave para contemplar en primer plano los coletazos finales del sicario.

—Habrà que limpiar esto —comentó el isleño, indiferente.

Hay ciertas dinámicas ineludibles. Shave Bálsamo ya había entendido que se encontraba inmerso en una espiral, o en una serie de círculos concéntricos que tendían, en todo caso, hacia la devastación en su irremediable vorágine. Lo sabía antes de reunirse por primera vez con Susan aquel día. Y cuando volvieron a verse antes de la caída del sol, Shave ya actuaba como una perfecta figura del tablero. Llevaba ensayando sus movimientos varios días.

Fue ella la que le advirtió sobre el plan de enviar a un sicario para secuestrarlo o liquidarlo. Shave le agradeció mil veces la información. Sabía de sobra que actuaba por libre, contra los intereses de Heart and Sons, porque aunque Pocket Phone hubiese planeado todo aquello sin contar con el resto de miembros del consejo, el viejo seguía siendo el capo. Era la cabeza visible junto al también veterano Jackson O'Hara. Enfrentarse a cualquiera de los dos era enfrentarse a HS.

Susan se mostró bastante incómoda, pero demostró sus tablas, y le entregó a Shaveson un móvil con el que podrían hablar dando un rodeo al pinchazo policial que sufrían sus líneas. Ella tenía muy claro que no quería verse implicada en aquel asunto. A Shave no le pareció extraño, y volvió a agradecerle todo lo que hacía por él.

El segundo encuentro, como el primero, transcurrió a contrarreloj, aunque en esa ocasión Shaveson dejó a Susan a cubierto en la entrada del garaje de su casa. De todas formas no había un alma en la calle. Diluviaba, y sólo unos pocos coches acertaban a manejarse con aquella tempestad.

Shave no perdió el tiempo. Llamar a la policía no era una opción, así que, emulando de manera inconsciente al viejo Pocket, decidió hacer las cosas a su manera. Se acercó a ver a Fuel Smoke al gimnasio. El instructor no descansaba, a pesar de que esa tarde habían fallado dos citas a causa del temporal y a los cortes que estaba sufriendo la red de carreteras. Shave le contó la historia, aunque obvió algunos detalles. Fuel entendió lo apremiante de la situación y accedió a acompañarle a casa para trazar un plan de acción. Decidió seguirle en su camioneta. En la parte trasera cargaron entre los dos la pesada lámina

antibalas con la que se cubriría unas pocas horas después Jürgen. El isleño también demostró ser un aliado formidable, y se prestó con eficiencia y criterio propio a cada uno de los pormenores del plan.

Y luego todo salió más o menos sobre ruedas. Las alarmas exteriores estaban activadas, pero programadas para dar una señal diferente. Los perros estaban en otra parte de la propiedad, porque su olfato hubiese detectado al intruso y se habrían puesto nerviosos, provocando un notable escándalo. Las cámaras estaban dotadas de visión térmica e infrarroja, por lo que la entrada de Franko Schmidt estuvo documentada desde antes de saltar el muro por la zona prevista. La alarma interior, perfectamente aleccionada, fingió dejarse dominar por el inhibidor.

Luego, se suponía que había que inmovilizar al sicario para sacarle toda la información posible, pero a Shave le pudo el impulso y no quedó intruso al que interrogar.

El resto era historia. Shaveson llamó a Susan para decirle que todo había salido bien. Y luego un cansancio atroz se apoderó de él. Jürgen ayudó a apaciguar su ánimo con una actitud fría, sobria, que denotaba un control felino de la situación. Le dijo que se fuese a dormir a la casa de invitados de la piscina y que él se quedaría para limpiarlo todo.

Y así lo hizo. Una vez estuvo en su nueva cama provisional, Shave miró a través de la ventana, varias veces, y la luz de su dormitorio seguía encendida cuando consiguió dormirse, más de una hora después.

Cuando despertó al día siguiente, el isleño había salido. Se lo dijo Vanni James, que le regaló una de sus mejores sonrisas para alegrarle el inicio del día. Shave desayunó con tranquilidad. Decidió realizar con parsimonia cada acción, como si tuviese todo el tiempo del mundo y necesitase demostrárselo a alguien.

Su cabeza era una bomba de relojería en la que se mezclaban las ganas de venganza arrolladora y el ansia de paz. Al fin y al cabo él no había pretendido molestar a nadie desde que se vio libre de las ataduras que le imponían su matrimonio y las obligaciones sociales, laborales y económicas, pero el destino se lo había pagado de aquella manera. Ni siquiera se lo podía achacar al karma.

Así, entre galletas caseras, leche de avena artesanal y cereales integrales — todo cosechado y/o preparado por Vanni James—, pasó casi una hora hasta que regresó Jürgen. Venía exultante, casi fuera de sí.

—Buenos días, patrón —dijo mientras dejaba una bolsa en el suelo—. Hoy es un gran día, ¿no cree?

Shaveson se encongió de hombros. Era la primera vez que el isleño se saltaba los protocolos, aunque la experiencia de la noche anterior había dejado clarísima su lealtad, y quizá fuesen comprensibles ciertas licencias.

—Me he permitido acercarme al centro, a pesar de que sigue lloviendo, y le he comprado un detalle. —Sacó de la bolsa una caja pequeña, envuelta en papel de regalo, y se la dejó sobre la mesa—. Y también he comprado algo para mí. Quisiera que me dé su opinión, patrón.

Sacó de la bolsa una caja oscura, con el anagrama de una conocidísima firma de calzado. El isleño le mostró un majestuoso par de zapatos de vestir, muy elegantes, con un brillo que sólo podían tener las pieles naturales después de ser sometidas a ciertos tratamientos que las hacían quedar como el mejor de los tejidos sintéticos. Eran piezas de colección, una edición limitada. Shave no era un experto en zapatos, pero sabía reconocer la calidad, y se lo hizo saber a Jürgen, que agradeció su opinión y se retiró.

Shaveson terminó de desayunar. Se tomó unas pastillas que le había facilitado Mike y se aplicó la pomada en el ojo a pesar de que comprobó que estaba casi perfecto, con una sorpresa un tanto injustificada en vista de los resultados observados el día anterior. Después se fue a entrenar al gimnasio.

No quería saber nada del mundo de Heart and Sons. Necesitaba descargar tensiones para observar las cosas con otra perspectiva. Planificó un circuito de una hora y media en el que mezcló ejercicios aeróbicos y anaeróbicos, y luego estuvo un rato golpeando el saco con combinaciones de las extremidades superiores e inferiores, hasta que estuvo agotado y se metió en la ducha.

Y el día avanzó. Shave sentía ganas de llamar a Mike para contarle cómo había ido todo; a su abogado, para ver cómo afrontar lo que venía, a Susan, al comisario Enduro... pero prefirió tomarse el día libre, y al aire libre. Ni siquiera sabía con certeza qué había hecho Jürgen con el cadáver del sicario, por eso cuando vio aparecer al isleño con cara de pocos amigos y una bolsa sucia en la mano derecha, procedente de las perreras, sospechó con claridad que su día de paréntesis había llegado a su fin.

Se levantó de la hamaca en la que estaba tumbado, en la parte trasera de la mansión, y aguardó a que el isleño estuviese más cerca para preguntar:

—¿Qué me traes, Jürgen?

Jürgen se acercó en silencio, con el rostro serio, apesadumbrado. Dejó la bolsa en el suelo y sacó del interior los zapatos nuevos que le había enseñado esa misma mañana. Pero ya no estaban nuevos, estaban destrozados y llenos de barro.

—Mire lo que hice, patrón. Me los puse para enterrar al sicario.

Aquello sonaba bastante raro. El isleño continuó hablando:

—Pero luego me sentí muy cómodo, y quise impresionar a los perros llevándolos durante el adiestramiento, y a uno de ellos no le gustaron y se los comió.

Shave sontragó saliva. No se atrevía a preguntar por qué se había puesto aquellos carísimos zapatos para esos menesteres.

—Si Vanni se entera de lo que hice...

Shave sonrió, y le dijo a Jürgen que no se preocupase. Pensó que ojalá que todos los males del mundo tuviesen tan fácil solución. Si la felicidad estuviese a mil pavos de distancia, la tendría siempre al alcance de la mano.

Y se fueron de compras.

Habían pasado un par de días desde el incidente nocturno, desde la ejecución del sicario Franko Schmidt. Todo parecía haberse calmado, al menos hasta cierto punto. Shave trataba de permanecer ocupado, y se volcaba en sus entrenamientos para no pensar demasiado. Hablaba con Susan, que le había dicho que por el momento al parecer podía estar tranquilo porque se avecinaba una reunión de urgencia del consejo de administración de HS y el viejo había relajado sus ánimos de forma notable.

Shaveson aprovechó la idea de Susan del teléfono alternativo y se hizo con otro terminal con su respectiva tarjeta, adquirida a nombre del isleño, para realizar sus llamadas al margen del control de la policía o de la propia Susan. De todas formas, la llamada que esperaba el comisario Enduro no llegaba, y Shave empezaba a sospechar que no llegaría.

Había quedado con Mike para comer en casa. No tenía miedo a salir, pero le parecía que era mejor no tentar a la suerte. Y su amigo ya había llegado. Lo hizo en un descapotable verde con casi seiscientos cincuenta caballos bajo el capó. Era un coche de fabricación europea, una pieza de museo, y Shave no pudo dejar pasar la ocasión para expresarle su admiración por la adquisición de aquella joya. Además, lo había conseguido a buen precio, en una subasta.

Tomaron una copa de vino mientras servían la comida. Poco después se dejaron hipnotizar por la mano exuberante de Vanni James, que les preparó un recorrido culinario temático, con el mar como hilo conductor. Las raciones eran pequeñas pero numerosas: bocados delicados y deliciosos, canapés, ensaladas, innumerables salsas que tocaban el agridulce, el dulce, el ácido o el picante, entre una amplísima paleta de colores para el paladar que maravillaba a los dos amigos. Con un par de sopas de por medio, llegó el plato principal, que presentaba a un inmenso crustáceo, similar a una langosta, aunque de proporciones mayores, y con unas pinzas formidables. La chica les explicó que el verdadero manjar estaba, precisamente, en las pinzas, y les aleccionó sobre la forma correcta de abrirlas y comerlas, usando unas tenazas de acero inoxidable para quebrar el caparazón.

—Menudo fichaje esta chica —comentó Mike justo tras degustar una tapa que iba servida en una concha parecida a la de un mejillón.

Shave asintió y le dio la razón mientras saboreaba la carne de aquel animal que no había probado en su vida y que en otras circunstancias habría confundido con una langosta común. Vanni se encargó de que no cayesen en ese error, insistiendo varias veces en que se trataba de un *cangrejo de Sheeva*, la pequeña isla de la que ella era originaria. Sólo se permitía la pesca de un número muy limitado de ejemplares salvajes al año, y éstos eran muy cotizados, de forma que quedaban fuera del alcance de la mayoría de los bolsillos. Luego estaban los criaderos, que seguían siendo caros pero mucho más asequibles, aunque Vanni dijo que jamás serviría un cangrejo de criadero porque esa especie necesitaba libertad para moverse y alimentarse, de lo contrario adoptaba una forma y un tamaño menor, y la carne adquiría una textura y un sabor diferentes, haciéndolo casi indistinguible de una langosta.

Cuando Vanni terminó de dar aquella clase teórica sobre el cangrejo de Sheeva, y tras preguntar si necesitaban algo más, se retiró para preparar los postres y el café. Shave se quedó degustando un bocado más tiempo de lo normal, con aire ausente. Le daba vueltas en la cabeza a la posibilidad de hacer partícipe a Mike del alcance de la guerra que libraba con el viejo Pocket Phone, del tipo que habían enviado para matarlo y del final que tuvo, de lo que podía estar a punto de venir. Pero no terminaba de decidirse, y para romper un silencio que ya se alargaba más de lo deseable, se decantó por sacar otro tema de conversación:

—No te he contado lo del coche, ¿verdad?

—¿El coche?

—El mellizo.

Les habían llamado *los mellizos* a los dos deportivos, puesto que se habían comprado el mismo modelo, con la única diferencia del color y un par de extras aquí y allá que escogieron a su gusto.

—Tendrían que habérmelo reparado ya —continuó Shave—, pero hay una pieza que tienen que recibir. Al parecer no es un recambio habitual, y al ser un coche de edición limitada tienen que fabricarlo.

—Vaya putada.

—¿Putada? Se lo dije al tipo del concesionario, que si no le había demandado era porque Matty me llamó diciéndome que era un buen amigo suyo y que le hiciese el favor de tener paciencia.

—Por suerte no es una cuestión de vida o muerte.

—Ya, Mike. Pero es que la cosa no se queda ahí. —Shave parecía estar algo más exaltado de lo necesario—. Me dijo que podían poner una pieza equivalente

mientras recibían la original. ¿Tú ves eso normal?

Mike Rothmos se quedó callado unos segundos. Era evidente que Shave estaba nervioso por todo lo que ocurría a su alrededor. Sabía gran parte de lo que pasaba, aunque Shaveson solía guardarse siempre algunos detalles para sí. Como un *flash*, le vinieron a la cabeza los días en que Deborah le había dejado, y cómo su amigo se había ocultado del mundo.

—Es una opción, colega —dijo, al fin, refiriéndose al tema de la pieza equivalente—. Al menos ha tratado de darte una alternativa para tener el coche disponible.

—Sí. Una opción chapucera, un parche.

En ese momento hizo su reentrada Vanni James. En una bandeja traía una jarra de café y dos platos pequeños con los postres. Los dos amigos recibieron con agrado la pausa que les aportó la isleña, que había cortado sin quererlo una situación de tensión innecesaria.

Shave le dio las gracias a Vanni. Le dijo que la comida había estado fabulosa y que podía retirarse. La chica sirvió el café y sonrió, satisfecha. Sabía de sobra lo buena que era, pero le encantaba que se lo recordasen. Recogió los platos que habían quedado sobre la mesa y se marchó, dejándolos de nuevo a solas. Shaveson se levantó y acercó a la mesa la botella de *whisky* y un par de vasos con unos cubitos de hielo.

Entonces volvió a hablar:

—Tienes razón, Mike. —Sirvió el *bourbon*. Rothmos le indicó con el dedo la medida para él, un poco por encima de lo habitual. Shaveson se sirvió el suyo equiparando el contenido al de su amigo—. Estos días están siendo extraños para mí.

Tomó asiento y dio un sorbo al café antes de continuar.

—Las sospechas que tenía sobre el viejo se confirmaron. Fue él quien ordenó el secuestro de Deb, o eso al menos es lo que me dijo Susan.

—Joder. ¿Y a qué está esperando la policía?

—La policía aún no sabe nada. No de forma directa al menos.

—No lo entiendo, tío.

—No serviría de nada. No hay pruebas para acusar a un tipo así. Se podría iniciar una investigación, sí. Los pilares que se ven en el video donde tenían atada a Deb, estoy casi seguro que son los del aparcamiento de Heart and Sons. Pero cuando se trata de gente de esa posición, o de una empresa así, la policía tiene que pisar sobre seguro. Tobías sí que está al tanto, y coincidió conmigo en que era probable que no hiciesen nada, excepto mandar a algún imbécil a hacer preguntas y poner sobre aviso a Phone. Y Susan no va a exponerse hablando con el comisario. Bastante se la ha jugado ya.

—¿Y qué vas a hacer? Ese cabrón puede mandar a alguien para hacerte lo mismo a ti.

—Bueno. Me han puesto protección. Hay un coche fuera con dos agentes. Todo camuflado, claro. El coche es un *Camaro* clásico, de color marrón. Igual lo has visto por los alrededores.

—No. No he visto nada. Tampoco es que me haya fijado, pero ya es algo. Si puedo ayudarte, cuenta conmigo.

—No te preocupes. Se me ocurrirá algo. Además, tampoco he estado cruzado de brazos. Tengo mis propias armas.

Estuvo tentado de contarle lo del intruso, de nuevo, pero se contuvo una vez más. Tenía toda la confianza del mundo con Mike, pero no sabía hasta qué punto aceptaría un homicidio, aunque se tratase de un caso evidente de defensa propia.

Shave insistió en cambiar el tema de conversación. Dijo que bastante sombrías eran ya ciertas cosas como para andar dando vueltas sobre ellas. Mike coincidió con él. Se acomodaron en el sofá y pusieron un partido de baloncesto de los ochenta mientras daban buena cuenta de la jarra de café y se apuraban dos o tres copas más. Apenas empezado el segundo cuarto, habían desconectado por completo de lo anterior y disfrutaban de aquel partidazo de leyendas.

Y durante un rato, no importó nada más que el básquet, hasta que el sonido del teléfono les sacó de su momentáneo mundo paralelo. Era el móvil que le había dado Susan O'Hara. Se quedaron en silencio y Shave comprobó que el número que aparecía en la pantalla no era el de Susan.

—¿Aló?

—Hola, Shaveson Bálsamo.

Aquella voz era una de las últimas que esperaba oír.

Era el viejo Phone. Quería verle esa misma noche para dar solución a sus diferencias. Le propuso encontrarse en su despacho, en las alturas del edificio de Heart and Sons, a las once, cuando ya no quedase nadie trabajando.

Shave aceptó. El tiempo para preparar las jugadas maestras y los jaques parecía haber llegado a su fin.

Despachó a Mike, que trató de convencerle, sin éxito, de que no asistiese a ese encuentro. Shaveson no podía negar la evidencia. Aquello olía a encerrona, y a tenor de las últimas actuaciones del veterano directivo, tampoco se podían esperar de él acciones coherentes o medidas. De todas formas, trató de quitarle hierro al asunto y le aseguró que lo más probable era que quisiese llegar a algún acuerdo para zanjar el tema antes de la reunión del consejo.

Mike no quiso insistir. Se marchó, y Shave empezó los preparativos. No iba a acudir a la cita como un cordero lechal al matadero. Había previsto múltiples situaciones en las que se produciría la confrontación con su antiguo jefe, y esa

era una de ellas: una cita en las alturas de Heart and Sons.

Algo cambió en su cabeza. Sabía que tenía que hacer varias llamadas para ponerlo todo en marcha, pero antes quiso liberar su mente de todas las ideas accesorias. Cerró los ojos y comenzó a concentrarse; visualizó la imagen del viejo Pocket Phone y lo que podía ocurrir cuando se encontrasen cara a cara.

No llegó a quedarse dormido, o al menos no era esa su intención, pero profundizó mucho en aquel ejercicio de introspección que había aprendido y perfeccionado con su maestro de kendo. Tal fue el grado de desapego corporal que alcanzó, que de pronto se vio transportado al interior del edificio de Heart and Sons, aunque lo reconoció como el equivalente del plano onírico, aquél que estaba en medio del desierto de arenas rojizas.

Reconoce el edificio. El gato ya está allí. Está sentado sobre los cuartos traseros, apoyado en sus patas delanteras. Parece claro que le estaba esperando, ya que al verle acercarse le hace un gesto con la cabeza para indicarle que lo siga y se pone en marcha. Shave no sabe por qué, pero el animal le da una extraña confianza. Avanzan por escaleras y pasillos interminables. En esa ocasión, en la representación onírica no hay ascensores, o no funcionan.

Suben hasta que en el exterior el nivel del suelo apenas se distingue y sólo se adivina como una mancha de color carmesí. El gato se planta frente a una puerta. Mira el pomo y a Shaveson de forma alterna, y maulla hasta que al fin Shave comprende lo que quiere. Abre, y el gato se cuelga con rapidez. Shave entra detrás, aunque descubre en seguida que ya no hay rastro del felino. Lo busca con la mirada, pero el despacho, que identifica como el de Pocket Phone, está vacío.

Mientras se pregunta dónde se ha metido el animal, de forma consciente o automática, se acerca a la cristalera. Desde allí se puede ver la ciudad, aunque no es su ciudad; es un asqueroso entresijo de esqueletos metálicos, de construcciones gigantescas semiderruidas y calles agrietadas donde se hacían hileras de vehículos abandonados en los que ha anidado una naturaleza espuria.

Entonces escucha el maullido y se gira. Allí está el gato, que corre a esconderse tras una planta momentos antes de que entre por la puerta Pocket Phone. Shave se queda paralizado. El viejo sonrío y saca un revólver, y se supone que dispara, pero el fogonazo es acompañado por un abominable tictac.

Shave volvió a la realidad de golpe. Decidió de inmediato que era mejor no perder ni un segundo más con la parodia de meditación que había intentado antes de quedarse dormido. Miró el reloj. Eran las seis de la tarde.

La noche cayó sobre Sugar Lake City. Las condiciones climatológicas seguían sin mejorar, y la lluvia y el viento componían una curiosa sinfonía en el exterior del coche. Shave estaba parado en el aparcamiento de Heart and Sons, a escasos metros de la puerta de acceso. Llevaba sin estar tan cerca de su antiguo lugar de trabajo desde el día en que se despidió, y le parecía que hubiesen pasado años, décadas. Si su vida pudiese medirse en páginas, mediaría casi una novela entera entre aquellos dos momentos. No obstante, tenían sus puntos en común. Después de todo, le esperaba una reunión con el mismo hombre, con unas condiciones muy diferentes, pero con una tensión parecida.

Su anterior encuentro en el despacho de Phone empezó con unas expectativas grandiosas, con un Shaveson que esperaba ponerse al frente de un millonario proyecto, su proyecto para Heart and Sons. Pero acabó en un desastre que no se quedó ahí, y meses después podía terminar todavía peor. Se pasó la mano por el abdomen, procurando que el tacto del chaleco antibalas que llevaba bajo el abrigo le tranquilizase. Los nervios se redujeron. Luego acarició el arma, que reposaba dentro de su funda en el pecho. Una leve sonrisa apareció en sus labios.

El reloj marcaba las once menos cinco.

—Alla voy —dijo en voz alta.

Salió del coche y se dirigió con paso seguro hacia la puerta de acceso. La espesa cortina de lluvia lo dejó empapado en el escaso trayecto que le separaba de la entrada. Las oficinas de Heart and Sons cerraban a las ocho. Pocos trabajadores permanecían después en el interior del edificio. Eso significaba que la puerta estaba cerrada y que no había nadie en la recepción, pero Pocket Phone le había dicho que podría acceder sin problemas con su antiguo código de empleado.

Marcó en el teclado y sonó un chasquido antes de que la puerta le diese paso con su movimiento lateral. A Shave le resultó incómodo volver a introducir aquel número. No sabía si lo habían mantenido activo todo ese tiempo o si Pocket Phone lo había vuelto a dar de alta para la ocasión, tal vez con la única

idea de joderle.

No valía la pena perder el tiempo pensando en eso. Tomó aire y se dirigió al ascensor. El interior del edificio resultaba siniestro, vacío, con aquella iluminación atenuada. No se paró a mirar, pero le llamó la atención la forma en que el inmenso recibidor, habitualmente atestado de gente enchaquetada, le devolvía el sonido de sus pasos en forma de eco. Una vez dentro del ascensor marcó el número cien. Las puertas se cerraron. Shave tragó saliva.

La suerte estaba echada, sí.

Le pareció que transcurría una eternidad mientras llegaba a su destino. Era como si el motor que movía la cabina funcionase a menos revoluciones. Llegó a impacientarse, ya que incluso la pantalla que indicaba el paso de plantas mostraba los números con una languidez que no recordaba y que le irritaba cada vez más.

—Puto ascensor de los cojones —murmuró—. Va a tardar una jodida eternidad.

Estás nervioso, eso es todo, le dijo una voz al oído.

Shave se quedó callado. *Planta noventa y nueve.*

—Allá vamos. Empieza el *show*.

Planta cien. Las puertas del ascensor se abrieron. Shave se encaminó al despacho de Pocket Phone. No se veía movimiento alguno en los pasillos. Los puestos de las secretarías estaban vacíos. Cuando llegó a su destino, se encontró con la puerta entreabierta; del interior llegaban voces y un ligero tufo a carroña, a carne descompuesta.

Shave contó hasta tres.

Todos a sus puestos. Va a entrar, dijo la voz en su oído.

Cuando Shave accedió al despacho de Pocket Phone, se encontró con el viejo, que estaba en pie, de espaldas a la entrada. Miraba a través de la cristalera y hablaba solo. Giró la cabeza, aunque no llegó a mirarle:

—Puntual. Bravo, Shaveson. —Y volvió a dirigir su mirada a la ciudad—. Pasa. Siéntate. En seguida estoy contigo.

—Dime qué quieres.

Pocket se giró y le miró. En su rostro apareció una mueca de rabia, adornada con una sonrisa desmesurada que hubiese podido desconcertar o asustar a cualquiera. Señaló la silla y dijo:

—Quiero que te sientes.

—Estoy bien.

Pocket comenzó a reír.

—Eres como yo, hijo.

—No soy tu hijo. —Shaveson se dio cuenta de que estaba tuteando a Pocket Phone, aunque aquello no importase en absoluto en tales circunstancias—. Y no soy como tú.

—Sí que lo eres. —Pocket Phone se dirigió con pasos lentos y casi robóticos a su asiento mientras seguía hablando—. Yo os he tomado a todos bajo mi tutela. Incluso cuando creéis que podéis volar lejos del nido y os rebeláis, incluso entonces, seguís siendo mis hijos.

Shaveson apenas podía creer lo que oía. Además, el rostro de Phone hacía contracciones esperpénticas, como si fuese pasado de alguna droga muy potente o estuviera a punto de sufrir algún tipo de accidente cerebrovascular.

—Hazme el favor. —El viejo volvió a señalar la silla mientras él depositaba su culo en la suya—. Siéntate.

—He dicho que estoy bien de pie, Phone.

Shave estaba muy cerca de perder los papeles. Tenía delante al responsable del secuestro de Deb y de aquel vídeo horrible; a la persona que había enviado a un sicario para liquidarle en su propia casa, pero tenía que esperar y tratar de arrancarle las palabras que le convirtieran en culpable ante los ojos de la ley de

los hombres. Entendió que debía seguir el juego, y se sentó, aunque hubiese preferido sacar la pistola y pegarle un tiro en la cabeza, o molerlo a puñetazos y arrojarlo por la cristalera.

—Ahora, ¿vas a decirme por qué?

Pocket Phone se echó hacia atrás. Se apoyó contra el respaldo y emitió un gruñido mientras entrelazaba los dedos y los hacía crujir. Shaveson estaba muy atento a los movimientos del viejo. Si intentaba sacar un arma, él dispararía primero.

—Tú me has desafiado, Shaveson. Y es algo que no puedo pasar por alto...

—Yo no te desafié —interrumpió Shave, bastante indignado—. Las condiciones que me propusiste no me convencieron y me largué.

—Por lo tanto, me desafiaste. Y es algo que no puedo pasar por alto. Es hora de que entre en juego el mensajero.

—¿Qué?

Pocket Phone se inclinó sobre la mesa y pulsó un botón azul. Luego volvió a su posición anterior.

—No sé de qué va esto, pero sé que fuiste tú el que secuestró a Deb.

Ya lo había soltado, al fin. Para sorpresa de Shave, el gesto del viejo no varió.

—Yo no la secuestré —dijo. Cuando parecía que iba a negarlo todo, y mientras llamaban a la puerta, soltó la confesión—. Yo no me mancho las manos. Franko lo hizo por mí. Adelante, Franko.

La puerta del despacho se abrió. Apareció el tipo rubio, de rostro plano, con sus sempiternas gafas de sol y a Shave se le cruzaron los circuitos en la cabeza. Era el mismo cabrón que había secuestrado a Deb. El mismo que se escondía bajo el pasamontañas, el que se había colado en su casa y al que había dejado seco con un certero corte en el cuello.

El tipo entró. Shave se había quedado de piedra. Ni siquiera se dio cuenta de que Franko, o el gemelo de Franko, llevaba una caja bajo el brazo izquierdo. En ese momento sólo pensaba que estaba viendo un fantasma.

Era lo que estaban esperando. Tenían una confesión y Shaveson estaba, ahora sí, en un peligro claro e inminente al haber hecho entrada en la escena el tipo rubio que aparecía en el vídeo del secuestro. El comisario Floyd Enduro estaba dentro del furgón, al mando de la operación, aunque en aquellas circunstancias contaba mucho más el criterio del jefe del equipo de operaciones especiales, que ya estaba dentro del edificio con tres hombres más. Los dos coincidieron en que era el momento de intervenir.

Los sentidos de Shaveson reaccionaron, y su cerebro le dijo que aquel tipo era un hermano del que entró en su casa. Aquello le convenció, justo antes de que Pocket Phone volviese a hablar.

—¿No vas a abrir mi regalo? —Señalaba con la mano la caja que el recién llegado había dejado sobre la mesa.

Al ver que Shave no respondía, Phone le hizo un gesto a Franko, que sacó un arma. No se podía decir que le hubiese pillado por sorpresa, ya que no le estaba mirando. Estaba desbordado por la situación, y al parecer no hacía otra cosa sino empeorar.

—Abre la caja —dijo Phone.

Entonces Shave sí que levantó la vista y vio al otro apuntándole con la pistola. Se abstuvo de decir nada y se puso en pie. La caja estaba cerrada con una cinta de carroceros bastante sucia. Quitó el adhesivo y despegó las solapas. El hedor que penetró en sus fosas nasales estuvo a punto de hacerle vomitar. Tosió varias veces, cerca de echar lo poco que llevaba en el estómago.

—Siempre quise hacer algo así —comentó el viejo, que se había incorporado—. Ahí encontrarás algo que muchos considerarían innecesario, pero quiero que sepas que esto no ha hecho más que empezar.

Mientras abría la caja, en el furgón policial, la imagen de las dos microcámaras que llevaba Shave se distorsionaba y se perdía, y el sonido también comenzaba a entrecortarse. Él no tenía manera de saberlo, y tampoco es que le hubiese importado demasiado. Bajo las solapas se encontró con un plástico que procedió a retirar.

—Nunca debiste jugar en mi contra —decía el viejo, con una sonrisa repugnante en sus labios—. Parece que mi pecado es la venganza —sentenció.

Los ojos de Shave lagrimeaban, por una mezcla de circunstancias entre las que destacaba la increíble intensidad del hedor. Desde el interior de la caja, casi irreconocible, le miraba con ojos ciegos, quemados a soplete, el rostro de Deborah Fowler. Shaveson bajó los párpados. Sabía que en cualquier momento le iban a pegar un tiro en la cabeza y todo se iba a terminar.

—Hijo de puta —dijo entre dientes.

Pocket Phone comenzó a reír sin mucho afán, mientras se deleitaba con el sabor del momento.

Shave se inclinó sobre la caja y recordó un mensaje que su instructor de kendo le había grabado en la cabeza: *Si todo está perdido, trata de morir matando*. Decidió que actuaría en consecuencia, y cuando parecía que estaba a punto de derrumbarse, cogió la caja, se la arrojó a Franko y se abalanzó sobre él. Con el acto reflejo de apartar la caja, el sicario dejó de apuntar el tiempo suficiente para que su disparo terminase en la pared, después de pasar más cerca

de Pocket Phone que de su objetivo. Shaveson le lanzó una patada y el acólito se fue al suelo y perdió el arma. Shave sacó su pistola, le apuntó a la cabeza y apretó el gatillo.

El cañón de su arma aún humeaba cuando sonó un disparo a su espalda. Notó como si le diesen un golpe seco en las costillas y perdió el equilibrio, cayendo sobre el cadáver de Franko, aunque se giró hasta quedar boca arriba, justo al lado del sicario. La pistola se le había escapado y se tocó con la mano en la zona del impacto. Entonces recordó que llevaba el chaleco antibalas.

—Siempre me he rodeado de inútiles —dijo Phone, que se acercaba a su posición—. Son ellos los que me han hecho parecer poco avezado. Pero ahora podré llevar tu cabeza a la reunión del consejo.

Shaveson se apoyó sobre el codo y observó al viejo, que se acercaba mientras lanzaba su discurso. La pistola había quedado fuera de su alcance. Estaba perdido.

—¿Tienes algo que decir antes de que te mande al otro barrio, hijo? Nunca debiste enfrentarte a mí. Soy parte de algo mucho más antiguo y perverso que todo el mal que hayas podido conocer.

Sonó un maullido. Un maullido profundo y ronco que les llegó a ambos. El viejo se echó un par de pasos atrás sin dejar de apuntar a Shave, aunque desvió su mirada hacia el macetero que había junto a la cristalera. De allí procedía el sonido. Shave también miró, y lo vio. Apareció el gato, con un brillo rojizo en los ojos y las pupilas abiertas como si quisieran recoger toda la luz del universo.

—¿Qué demonios? —preguntó el viejo, sin saber si dejar de apuntar a Shave para encañonar al fabuloso animal.

El gato, que había salido caminando con pasos lentos y desafiantes, arrancó con una velocidad increíble, sus patas incluso patinaron antes de que saliera disparado y saltase sobre el viejo. Le clavó las uñas de una de sus gigantescas patas en el ojo izquierdo, y con la otra le inmovilizó el brazo que sujetaba la pistola.

Otro maullido. Esta vez inteligible:

—¡Corre, Shave! ¡Corre!

El gato y el viejo forcejearon. Pocket conservaba la pistola a duras penas, y con la mano libre agarró el lomo del felino, que pareció enfadarse y le mordió en la clavícula mientras le desgarraba la cara con la pata; comenzó por arrancarle el párpado izquierdo, y continuó su descenso formando una curva hacia la comisura de los labios, en un movimiento que le dibujó a Pocket una nueva y curiosa sonrisa.

Shave trataba de ponerse en pie cuando la puerta del despacho se abrió de golpe. Un agente de policía entró empuñando su arma reglamentaria, valoró la

situación en cuestión de milésimas y apuntó a Pocket Phone:

—¡Tire el arma!

Pocket parecía haberse librado del gato, que había desaparecido, y trató de aprovechar que su brazo había vuelto a quedar libre. Decidió que era su última oportunidad de terminar con lo que había empezado. Dirigió el cañón del arma hacia Shaveson.

Un disparo en la mano dio por liquidado su intento. El viejo gritó y cayó de rodillas. Se llevó la mano sana a la que ahora lucía un agujero de bala, y luego a la cara, que mostraba las horribles heridas que le había provocado el gato con sus uñas.

Entraron los otros tres agentes.

—¡Llevaos a Harry! —gritó el jefe del equipo, el que había entrado primero —. ¡Harry, tira el arma!

Pero ya era tarde. La cabeza de Deb había quedado expuesta en medio de la habitación, a la vista de todos, y Harry ya se encaminaba a la posición de Pocket Phone.

El viejo estaba a punto de murmurar su enésima promesa de venganza cuando un disparo a bocajarro acalló su voz para siempre. Sus sesos se desparramaron de una forma poco elegante por el suelo.

Harry Sabatta recogió con cuidado la cabeza de Deb. La metió en la caja y salió del despacho sin decir una palabra. Sus compañeros lo miraron, pero no supieron qué decir. Sólo el jefe de equipo le dio una palmada en el hombro cuando pasaba a su lado, antes de acercarse a comprobar el estado de Shave.

El día posterior a los hechos relatados en el capítulo cincuenta y dos, el clima no sólo concedió una tregua, sino que el amanecer trajo consigo un resplandeciente sol que anticipaba un verano inolvidable. Los rayos que arrojaba la estrella sobre Sugar Lake City eran una promesa de veladas interminables, de amores fugaces y de sexo fuerte al aire libre; de historias que, se convirtiesen en reales o no, siempre formarían parte del alma de todos los que fuesen capaces de imaginarlas.

La operación en Heart and Sons no estuvo exenta de polémica, ya que la empresa era una de las que gozaban de un mayor número de privilegios en el estado a la hora de pasar por encima o por el lado de la ley sin que ésta se inmutase. Pero en aquel caso concreto, la evidencia y la dimensión de las atrocidades eran tan enormes que hubiese sido muy complicado suavizar los hechos de cara a la opinión pública.

Así que, tras una reunión con la cúpula directiva de la multinacional, y con acuerdos de confidencialidad de todas las partes implicadas, se decidió dar una versión muy diferente de lo ocurrido para transformar el cariz del asunto. Por un lado, se evitaba el escándalo para HS, ya que sus directivos no deseaban bajo ningún concepto verse salpicados por las consecuencias de la enajenación mental de la que había hecho gala su miembro fundador. En el otro lado de la balanza, al equipo que participó, incluido el propio Shaveson, no le interesaba verse envuelto en una guerra contra los peces gordos de Heart and Sons.

Y todo quedó en eso. En una historia alternativa en la que un delincuente había retenido a Pocket Phone en su despacho hasta que perdió los nervios y acabó por disparar al veterano directivo, provocándole la muerte al volarle la tapa de los sesos. Luego, el criminal se había atrincherado y había mantenido un intercambio de disparos con la policía hasta que fue abatido por uno de los agentes.

Esa suerte de solución intermedia, no terminó de satisfacer a todas las partes por igual, pero resultó efectiva.

Harry Sabbata consiguió que se le permitiese dar descanso de manera

oficial a los restos de Deborah. Se buscó otra explicación para adornar la aparición del cuerpo sin vida de la mejor manera posible. Teniendo en cuenta que en realidad sólo habían encontrado la cabeza, un experto forense sugirió la posibilidad que se impuso sobre el resto de ideas: Deb murió atacada por animales salvajes. Cosieron su cabeza al cuerpo destrozado de una chica que había muerto en tales circunstancias, y recomendaron a su única familiar cercana, su hermana, no exponer el cadáver al clásico velatorio debido al estado en que se encontraba. Pero su hermana ni siquiera se presentó al reconocimiento del cadáver, ni al entierro. Los restos mortales de Deborah Fowler fueron incinerados y Harry se encargó de esparcir sus cenizas en cinco lugares diferentes de San Carlos Town, la ciudad que la vio nacer.

El Cuerpo de Policía se colgó su correspondiente medalla, ya que las imágenes manipuladas del circuito de cámaras de seguridad demostraban que no habían podido hacer nada por salvar la vida de Pocket Phone, y el encargado de efectuar el disparo que acabó con la vida del asesino del viejo tuvo una fama que le llevó a abandonar de forma temporal su puesto para iniciar una gira de charlas por universidades de todo el estado, además de firmar diversos contratos publicitarios de muy diversa índole. Un veinticuatro por ciento de los beneficios de aquella nueva vida fueron entregados a la comisaría central de Sugar Lake City, cumpliendo con lo establecido en el convenio.

A través de Susan O'Hara, Shave supo que el consejo de Heart and Sons tampoco es que estuviese hundido por la muerte de Phone. De hecho, sentían que se habían liberado de una fuente de problemas irresolubles a corto, medio y largo plazo. En el plano personal y profesional, a ella le vino como anillo al dedo, ya que ante la baja del viejo, ocupó su silla en el consejo de administración. Ese salto en su carrera supuso, entre otras cosas, que el contacto entre Shaveson y ella quedase reducido a breves llamadas en días no consecutivos y mensajes de texto que no siempre tenían respuesta.

Así, pasó casi un mes hasta que se volvieron a encontrar cara a cara. Fue en una fiesta organizada por el ayuntamiento a la que ambos estaban invitados. La afluencia era bastante restringida. Matty Ray había conseguido que les hiciesen un hueco a Mike y Shave gracias a sus contactos, ya que insistía en que las relaciones con la clase alta política y empresarial de la ciudad eran claves para el desarrollo de sus futuros negocios y trapicheos. Y lo que al principio se presentaba como una tediosa velada de etiqueta, se tornó en expectativa fulgurante cuando Shaveson supo que Susan estaría allí. De nuevo los rayos de sol trajeron extrañas promesas que difícilmente llegarían a cumplirse.

Y el tiempo pasó, sin más, hasta que se vieron en la gran fiesta, celebrada en los jardines del ayuntamiento, al aire libre, aprovechando las magníficas

condiciones climatológicas que les deparaba aquel verano anticipado. Michael Rothmos y Shaveson se codearon con lo más selecto del panorama de Sugar Lake City. El evento no estaba demasiado masificado, pero en aquella fiesta que empezó con un cóctel de bienvenida al caer la tarde, había muchos personajes reconocibles. Matty Ray se movía como pez en el agua, parecía conocer a casi todos los asistentes, y desde el primer momento les fue indicando por qué aguas tenían que moverse dependiendo de cuáles fueran sus intereses.

Todo transcurría con una exótica languidez que hacía que los momentos goteasen; salían de las numerosas fuentes y se estrellaban contra la superficie del agua, descomponiéndose en finísimas partículas de luz.

—Eh —dijo Mike—. ¿Estás bien?

Shave estaba ausente. Tenía la cabeza en otra parte.

—Sí. Es sólo que...—Iba a señalar la fuente más cercana, pero a mitad de camino renunció al gesto—. Estoy con la cabeza en otra parte.

—Pues ve poniéndola en su sitio, colega —dijo antes de dar un trago a su copa de champán y señalarle con disimulo un punto situado a su espalda.

Cuando Shave se giró, algo se removió en su columna vertebral. Era Susan, que venía directa hacia él, con paso sugerente, lento. Mike le dijo que se iba para que pudiesen hablar a solas y se fue con Matty Ray a charlar con un grupo de empresarios de la industria farmacéutica.

—Hola, Shavy.

—Hola, Susan.

Se dieron dos besos. Ella estaba impresionante. Traía un vestido de noche de un color rojo sangre con algunas transparencias, un modelo muy elegante y a la vez con una gran carga de sensualidad. Shave se lo hizo saber, y ella agradeció el cumplido, aunque sabía de sobra cómo iba.

Hablaron, pero a él le dio la sensación de que una distancia inabarcable había anidado entre ellos y no iba a hacer otra cosa sino crecer. Había algo en sus gestos, en la cadencia de su conversación, tal vez en los silencios que quedaban entre las palabras, que le indicaban que aquello no estaba resultando como él esperaba, y maldijo al sol por haberle prometido tantas cosas con sus horribles rayos.

Shave seguía la conversación de forma un tanto difusa, con respuestas y comentarios que parecían automatizados. Después de unos minutos en esa dinámica extraña, todo alrededor empezó a perder importancia. *Eres un encanto, Shavy*, decía ella, *pero pertenecemos a mundos diferentes. Yo vivo para la empresa*, comentaba poco después, *no concibo tomar otra decisión, no hay otra forma de vida para mí*. A lo que Shave respondía con frases o palabras del tipo: *claro que sí, o sí, claro*, pero sin que su gesto se inmutase, ni siquiera cuando

ella sugirió que él había sido un mero peón en un plan maestro trazado por su padre y en el que ella se había visto en la obligación moral de participar. Le dijo que todos habían salido ganando, pues él se había librado de un peligroso enemigo, y su padre podría por fin llevar Heart and Sons a su manera, sin preocuparse de tapar una y otra vez la ruina que había sembrado a su paso en los últimos años el viejo Pocket Phone. Ante aquello, Shaveson sólo hizo un leve movimiento con la cabeza, asintiendo, y luego tomó la mano de Susan y le dijo:

—Ha sido un placer volver a verte. —Y le dio un beso en la mejilla antes de añadir—: te deseo mucha suerte en todo lo que te propongas.

Y Shaveson se dio la vuelta y se largó. No pudo verlo, pero Susan O'Hara sonreía a su espalda y se quedó unos segundos observándole antes de iniciar su propio camino dentro de la fiesta. Volvieron a cruzarse un par de veces esa noche, pero no se dirigieron la palabra.

Shave volvió a reunirse con Mike y Matty, y poco después se sirvió la cena. Llamaba la atención que el alcalde, el ilustre Wacko Schlomo, mostrase sin tapujos los síntomas de un estado de embriaguez bastante acentuado. Bown Texas, su mujer, vociferó en varias ocasiones, decía que a aquella comilona invitaban *los pobres*, en clara referencia a los contribuyentes. La broma, que a Shave no le hacía especial gracia, pareció tener una amplia aceptación entre los asistentes, que reían y aplaudían, alzando sus copas para brindar al grito de *¡por los pobres!*

Matty, que también participaba de aquel ritual, se acercó y le dijo al oído a Shave:

—Ya te acostumbrarás, amigo. —Y justo después se puso en pie para volver a gritar.

Aquello no iba con Shaveson.

Desde que su cabeza volvió a tomar conciencia de la realidad, después del cataclismo en que se vio inmerso a raíz de su renuncia a Heart and Sons, había buscado una paz interior que se le había resistido de todas las formas imaginables. Tal vez se había equivocado en la manera de enfocarlo, pero conforme se daba cuenta de las cosas de las que quería alejarse, de algún modo sentía que se acercaba cada vez más a lo que en el fondo anhelaba, aunque fuese por eliminación.

Trató de evitar aquel estado de ausencia que le embargaba. Pero apenas terminada la cena, cuando tomaron el café y empezaron a sucederse de nuevo las copas, Mike Rothmos no pudo evitar preguntarle qué le ocurría.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

Shaveson le explicó que no se encontraba cómodo rodeado de aquella gente, que tal vez no fuese el momento, o que a su estado de ánimo le estaban

pasando factura los acontecimientos que habían azotado su vida en los últimos tiempos. El caso es que le dijo que se marchaba de la fiesta porque necesitaba descansar y verlo todo con otra perspectiva. Se despidieron con un fuerte apretón de manos, y luego Shave hizo lo mismo con Matty Ray y con otros ilustres invitados a los que había conocido esa misma noche. No vio a Susan O'Hara, aunque tampoco es que la buscase.

Y se marchó.

Dejó atrás el bullicio creciente de las gargantas cada vez más alcoholizadas e impregnadas de cocaína y otras drogas de elaborada factura. Él mismo llevaba algunas copas de más, y comprobó que estaba mareado de camino al coche, conforme sus oídos se liberaban de la presión de la música y de las conversaciones subidas de tono y volumen.

Se montó en el coche y se encendió un porro de marihuana que se le había quedado a medias esa misma tarde. Puso en marcha el motor y le dio un par de profundas caladas al canuto. A su cabeza vinieron imágenes de Tresno, de las impresionantes fumadas que se pegaba Leena mientras su vida se iba a la deriva. Sonrió al pensar que la había ayudado a salir de aquel túnel extraño y sin salida aparente en el que se había metido al casarse con Lucas. Se preguntó cómo les irían las cosas a ella y al pequeño Henry.

Condujo sin saber muy bien a dónde se dirigía. Desde luego no estaba yendo a casa. Llevaba las ventanillas bajadas y el aire le refrescaba la cara mientras el petardo de maría le enturbiaba la mente, lo que provocaba que se hundiese más y más en el asiento. Sus manos sentían el volante de una manera diferente, y comenzó a notar con claridad cómo los neumáticos se adaptaban al asfalto.

Y entonces ocurrió.

La carretera comenzó a expandirse y contraerse ante sus ojos. Sacudió la cabeza, pensando que se trataba del mareo provocado por el alcohol y el medio porro que se había fumado, pero el efecto continuó. Shave subió un poco las luces delanteras para tratar de abarcar una mayor distancia y tener mejor visión, y se sorprendió al volver a sentir el tacto del volante, pues ahora lo que notaba era un trote familiar. Ya no parecían ser ruedas lo que había bajo el coche, sino unas patas desmesuradas que amortiguaban sus pisadas mediante unas almohadillas naturales.

En ese momento en su cabeza se produjo un cambio de punto de vista. Entendió que era la hora de dejarse llevar, porque la felicidad podía estar allí arriba, en el camino que iniciaban las patas del felino en que se estaba transformando el coche, y que comenzaba a levantarse del asfalto, mientras vibraba como un avión barato a punto de despegar. Shave abrió poco a poco los

dedos, que parecían anquilosados, reticentes, hasta que pudo separar las manos del volante. Así, se dejó guiar por la sensación, y contempló cómo las estrellas caían del cielo para besarle, transformadas en violentas y sonrientes bolas de fuego que emitían unos destellos azules, metálicos.

Se agarró con fuerza al pelaje del lomo del enorme gato, que ya corría a toda velocidad hacia la negrura del espacio exterior, sorteando aquella lluvia de esferas incandescentes. Shaveson levantó la vista y comprendió maravillado cuál era su destino:

—¡Llévame más allá de las estrellas! —gritó, libre.

AGRADECIMIENTOS

A mis chicas, a mi chico.

A mi camarada Luis Martínez Vallés y sus Luces en el Horizonte, por su ayuda, su impulso y su amistad.

Al doctor Luis Are Pez, por sus monstruos.

Al *Master* por excelencia, padre de centauros, Juan Luis Gomar.

A Pablo Uría, por unirse a la aventura a pesar de que el tiempo es limitado y alberga horrores.

Al CEO de CEOS, Julio César Beltrán, por tantos años de viaje compartido.

A Teresa y Valerio.

A Tito, Leia, Maggie y Chispa.

A mis lectores cero y a los “bajo cero” (Alicia, Sil, Tere, Guti, Laura, tito Athman, David Moreno, Abelisco, JC, Putlova, Yush, Ana Esono y algunos más).

A todos los que contribuyeron con buenas y malas intenciones.

A aquellos a los que olvido agradecer.

Y a los que se hayan acercado a esta obra pagando.

A todos, gracias.

ACERCA DEL AUTOR

De Juan Antonio Vallejo Narváez cuentan que nació en tierras del sur de España en la segunda mitad del siglo XX, aunque no hay datos fidedignos sobre el momento ni el lugar exactos de su llegada al mundo. Algunas voces sugieren que apareció dentro de una canastilla, flotando en el río Palmones, pero también han llegado a decir que cayó con un rayo durante una tormenta en la serranía de Ronda, o que surgió del vientre de una leona en una reserva privada situada en territorio malagueño o granadino.

Sobre su relación con las letras y con el mundo en general, el autor afirma: No puedo confirmar ni desmentir las barbaridades que se dicen sobre mí. He vivido siempre al margen de todo eso, ya que las fuerzas que se encargarán de juzgar mi presencia aquí no están al alcance de nuestra comprensión. Mi pasión por las palabras va más allá de las personas y sus opiniones. Hace tiempo que dejé de considerarme especial para saberme único.